HÉRÉTIQUES

ET

RÉVOLUTIONNAIRES

A MON EXCELLENT AMI

ANATOLE DE LA FORGE

AUGUSTE DIDE

TABLE

Préface 7
Les devanciers de Luther 13
Clément Marot. 23
Le cinquième livre de Rabelais 37
La Révocation de l'Édit de Nantes 49
Les mémoires de Jean Marteilhe 73
Denis Papin 96
Littérateurs et penseurs hérétiques 113
La Révolution 141
Le procès de la Révolution 173
Les orateurs de l'Assemblée Constituante. 193
Les Mirabeau 229
Les manuscrits de Mirabeau. 243
Mirabeau bibliophile 265
Fouquier-Tinville. 277
Littérateurs et penseurs pendant la Révolution 289
Le xviii Brumaire 331

Paris. — Imprimerie G. Rougier et Cie, rue Cassette 1.

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

A. CHELEN ROJAS

Tip. El Anuario.—Diputación, 344.—F. Granada y C.ª
(*Compuesto con máquina* linotype)

5(966-32) BBD5414
5(1055-38)

Biblioteca Contemporánea

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

POR

Augusto Dide

PRIMERA VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

Jacinto Barriel

ISIDORO VAZQUEZ

Este libro fue donado a la Biblioteca Nacional de Chile por el parlamentario y escritor ALEJANDRO CHELÉN ROJAS

Este libro fue donado a la Biblioteca Nacional de Chile por el parlamentario y escritor ALEJANDRO CHELÉN ROJAS

F. GRANADA Y C.ª, EDITORES

344, DIPUTACIÓN, 344 | MESONERO ROMANOS, 10
BARCELONA | MADRID

14595

ÍNDICE

Caps.		Págs.
I.	—La revolución	7
II.	—El proceso de la revolución	35
III.	—Los oradores de la Asamblea Constituyente	45
IV.	—Los Mirabeau	81
V.	—Los manuscritos de Mirabeau	95
VI.	—Mirabeau bibliófilo	117
VII.	—Fouquier-Tinville	127
VIII.	—Literatos y pensadores durante la revolución	155
IX.	—El 18 brumario	182

La revolución y los revolucionarios

I

LA REVOLUCIÓN

No hay tema más hermoso ni más sugestivo para un historiador patriota, que la Revolución francesa. De este gran acontecimiento nacional dimanan, como es ya sabido, los orígenes de la Francia contemporánea. Los escritores más elocuentes y los hombres de talento más elevado están contestes en ello. Monsieur Thiers ha consagrado á la Revolución francesa algunos volúmenes que necesitan ser completados y rectificados en varios puntos; pero que contienen admirables capítulos. M. Mignet nos ha transmitido uno de los mejores resúmenes acerca de esta época tan tumultuosa y tan intrincada. Michelet ha narrado la Revolución francesa con un lirismo, un estilo y una pasión tan esplendorosos, que de sus páginas parece desprenderse una continuidad de relámpagos. Lamartine ha rodeado con los fulgores de su poesía la historia de los Girondinos. Luis Blanc

ha empleado su renombrado talento de escritor, su fértil retórica en la glorificación de los hombres y de las cosas del 1789 y, sobre todo, del 1792 al 93. Sin embargo, ha padecido el error de trocar, muy á menudo, la vasta diócesis de la Revolución en una capilla dedicada al culto de Maximiliano Robespierre. Edgardo Quinet, en una obra sutil al par que apasionada—una obra digna de un Montesquieu romántico,—ha señalado y condenado algunas de las tendencias revolucionarias. Podríamos citar todavía muchos otros escritores: Tocqueville, tan bien informado y tan original en su *Antiguo régimen y la Revolución;* Lanfrey, tan comedido y tan clarividente en sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa;* los hermanos Goncourt, cuyas espirituales comadrerías están llenas de erudición—pero de una erudición que es preciso comprobar;—M. Taine, que se ha creído imparcial porque ha compuesto una requisitoria basada en hechos diversos, cuidadosamente escogidos, algunas veces auténticos, y casi siempre lúgubres y crueles.

Lo que ha faltado á la mayor parte de los historiadores de la Revolución francesa, no ha sido por cierto ni el saber, ni el talento; ha sido el espíritu crítico y la medida. Los unos, inspirándose en Bonald y en el conde de Maistre, sólo han visto en la Revolución un acontecimiento «diabólico» y en los revolucionarios unos «insignes malvados». La expresión es de M. de Montalembert. Los otros han mirado á la Revolución como una revelación de los

tiempos modernos, como una religión moderna, la
religión por excelencia. Por lo tanto, la religión lin-
da con la leyenda, con la ortodoxia fanática é into-
lerante y con las aberraciones de toda especie. Al-
rededor de la cuna del cristianismo, vense surgir
las sectas más extravagantes: unas rinden culto á
la serpiente, que tentó á Eva en el paraíso terrenal;
otras reconocen como jefes á Judas ó á Caín. Pues
bien, ¡la Revolución francesa ha tenido *sus cainis-*
tas! Se han escrito muchos libros para glorificar á
Hébert ó á Marat. El espíritu del hombre es tan pro-
penso á las supersticiones que constantemente está
ocupado en crearse ídolos. ¡Cuántos hay que se
figuran ser espíritus libres porque han cambiado de
fanatismo! Aquellos que se complacen en destrozar
las estatuas de los dioses, gozan á menudo buscando
en los riachuelos objetos á quienes puedan adorar.

¿Es preciso consignar que el concienzudo Enrique
Martín, uno de los más modernos historiadores de la
Revolución, ha sabido preservarse de todo exceso y
de toda temeridad? Los volúmenes que ha publicado,
y que narran los acontecimientos que tuvieron lugar
desde 1789 al Consulado, son la obra de un sabio.
Este libro excelente, que tiene su lugar reservado
en todas las bibliotecas populares, inmejorable pa-
ra ser leído en las reuniones nocturnas de la clase
obrera, será consultado con provecho por los hombres
mejor conformados de nuestra historia revoluciona-
ria. En efecto, Enrique Martín no ha desatendido
ninguna información por nimia que fuese. Acerca de

Mirabeau, Luis XVI y María Antonieta, acerca Dantón y madame Roland, la *Marsellesa* y Rouget de l'Isle, los Montañeses y la Gironda, sabe casi todo lo que es posible saber en la actualidad. En su obra no encontraréis ni intentos de apología, ni preocupación de infamar; todo está claro, conciso, sólido. Lo que más podría reprochársele, es de abusar de esta virtud tan laudable que se denomina sobriedad. Si encuentra en su camino alguna de aquellas antiguas tradiciones realistas, tan sobadas y tan explotadas, como por ejemplo, la anécdota del vaso de sangre de madame Sombreuil, las aparta desdeñosamente ó las refuta con una frase rápida y decisiva.

Una historia de la Revolución francesa debe contener forzosamente una galería de retratos. ¡Temible escollo para el escritor que llega después de autores tan ilustres, de pintores tan exquisitos ó potentes! ¿Qué podemos decir de la elocuencia del gran orador de la Constituyente después del estudio, tan extraordinariamente matizado, que Víctor Hugo publicó acerca de Mirabeau? ¿Qué podemos añadir á aquella admirable frase de Edgardo Quinet: «Mirabeau, apenas levantado, ya apareció rodeado con la aureola de la inmortalidad?» ¿Cómo podemos atrevernos á hacer el retrato de Dantón, ó el de madame Roland después de Sainte-Beuve, después de haberlos tan admirablemente descrito Michelet y el doctor Robinet? Sin embargo, Enrique Martín ha sabido encontrar, para caracterizar los personajes célebres

de la Revolución, aquellas frases tan afortunadas que impiden que el estilo se convierta en monotonía y que consiguen quedar grabadas en la memoria. Voy á citar algunas al azar: «Marat, dice nuestro historiador nacional, tenía rasgos de furor, pero carecía de ideas.» ¿Quién era Robespierre en sus comienzos? «Un joven que no tenía ni las cualidades ni los defectos de la juventud, pero quien, según la expresión de Mirabeau, debía ir lejos, porque creía todo lo que decía.» ¿Y Brissot? «Una naturaleza generosa y buena, á quien el exceso de su actividad le daba las apariencias de intriga». ¿Y Dantón? Un tribuno que, bajo la forma de un revolucionario brutal, ocultaba pensamientos de orden social y de unión entre los patriotas».

El carácter especial de Dantón retuvo durante largo tiempo la atención de Enrique Martín. Interrogó á diversos y numerosos testigos y resumió su definitiva impresión en una página que es preciso citar. Es una contestación digna á los alegatos de M. Taine que en su última obra representa á Dantón «como un abogado de segundo orden, salido de un casucho de Champaña, quien tuvo que pedir prestado para pagar su destino y el que hubiera podido apenas mantener su familia si no hubiese sido por el luís que semanalmente le entregaba su suegro, dueño de una botillería.»

Dantón no era ni un demagogo famélico, ni un ambicioso devorado por la impaciencia de trastornarlo todo con tal de llegar á la consideración y á la

fortuna. «Se le atribuyeron en aquella época, escribe Enrique Martín, los mismos vicios que á Mirabeau y las mismas connivencias con la corte que en Mirabeau se confirmaron. Vivía, según se decía, en todos los desórdenes. Los hombres más honrados, los más verídicos, La Fayette, madame Roland, le han acusado, en sus *memorias*, de haber cobrado cien mil francos del gobierno para pago de un oficio que valía sólo diez mil, después de haber recibido, en varias ocasiones, cuantiosas sumas del ministro Montmorín.

»Todo el mundo, salvo raras excepciones, dió fe durante mucho tiempo á estas acusaciones.

»La vida privada de Dantón no ha sido analizada con detención sino durante estos últimos años. Del resultado del análisis han aparecido cosas muy distintas de las que se le atribuían. La honrada familia burguesa en el seno de la cual había sido educado Dantón, sencilla, unida y regular, ofrecía un perfecto contraste con la familia feudal de Mirabeau, tan desordenada, tan desmoralizada y tan horriblemente dividida. Dantón, hijo abnegado, hermano desinteresado, marido afectuoso, á pesar de sus fogosas pasiones, no fué nunca aquel joven ignorante, perezoso, desordenado, aquel «desgraciado abogado» sin pleitos que se nos ha descrito. Suficientemente ilustrado, cuando tomó posesión, á los veintiocho años, en 1787, del cargo de abogado en los consejos del rey (consejo de Estado), Tribunal Supremo, etcétera), pronunció, siguiendo la costumbre, un dis-

curso en latín. Fué en la época en que tuvo lugar la primera asamblea de notables. Declaró que presentía una revolución terrible, se lamentó que no pudiera diferirse hasta dentro treinta años, para que la misma se hiciera á fuerza de progresos y terminó profiriendo esta exclamación profética:

»¡Ay de aquellos que provoquen las revoluciones! ¡ay de aquellos que las hagan!

»En 1788, rehusó un empleo de importancia en el Ministerio de Gracia y Justicia.

»Cuando el cargo de abogado en el consejo del rey fué suprimido por la Constituyente, mediante indemnización, Dantón no cobró cien mil francos por lo que sólo valía diez mil: de acuerdo con lo que le pertenecía de derecho, le fué reembolsada una suma de 69,000 francos por un cargo que le había costado 78,000. Lo que había hecho incurrir en un error á La Fayette, es que el valor del cargo era solamente de 10,000 francos y el resto era el precio del bufete adherente al mismo.

»En cuanto á las sumas recibidas del ministro Montmorin, no hay ningún documento que lo justifique. La afirmación de Montmorin tiene escaso valor, desde que se conoce la correspondencia por la que este antiguo ministro traicionaba á La Fayette y se ponía de acuerdo con los generales austríacos en contra del mismo, en el preciso momento en que La Fayette se perdía para tratar de salvar al rey y á la reina.

»Aparte de esto, la corte era engañada, mejor di-

cho, robada muy á menudo, por los intermediarios encargados del soborno de los jefes revolucionarios. Se había prometido al rey de comprar al mismo Petion, cuyo desinterés era notorio. Luis XVI se convenció que le habían chasqueado.

»Así, pues, no subsiste la menor prueba de la venalidad de Dantón—de aquel hombre que, bajo la capa de un ser extravagante y horroroso, ocultaba «un alma magnánima», como dijo un filósofo de gran autoridad, poco sospechoso por cierto de simpatizar con las ideas revolucionarias,—Royer Collard».

Si Enrique Martín, como acabamos de ver por estas cortas líneas, es un juez perspicaz y autorizado cuando se trata de los hombres, es también un narrador interesante cuando se trata de los acontecimientos. Su estilo, de una gravedad algo uniforme y á veces pesado, se anima, se enardece y se colorea al reflejo de las grandes escenas de la Revolución francesa. No es por cierto la indignación la que constituye su mejor prosa; es el patriotismo. Dignas son de notar, en primer término, acerca del particular, las hermosas páginas que consagra á la primera fiesta de la Federación.

Y, sin embargo, á pesar de todas las cualidades que acabo de enumerar, el libro de Enrique Martín merecía algunas reservas y graves críticas. Estas críticas, de todas maneras, se aplicaban á casi todos los historiadores de la Revolución francesa. Parece que reconstituyendo los hechos, tan pronto terribles

como sublimes, acaecidos desde 1789 á 1794, los historiadores no han insistido bastante sobre el estado de espíritu en que se hallaba la Francia en los comienzos de aquel gran suceso que debía modificar tan sensiblemente nuestros destinos nacionales. Hubo, desde 1787 á 1789, un movimiento, una agitación de las inteligencias, una fiebre de esperanzas y de aprensiones verdaderamente inusitadas. Una nube de libelos, folletos y pasquines, cayó sobre París y provincias. Se presentaron, estudiaron y comentaron, toda clase de reformas y proposiciones de varias especies, políticas y hacendistas. Mucho se ha hablado de las publicaciones democráticas y liberales que aparecieron en aquella *época*, pero han dejado de mencionarse, dejándolas en la penumbra, aquellas publicaciones escritas en un estilo completamente antagónico. Sin embargo, ¿quién deja de comprender lo preciso que es el conocerlas? Ellas han contribuído, y no en pequeña escala, á crear el estado mental de la Francia de la Revolución. Estos folletos, de tono agresivo, insolente y amenazador, glorificaban los antiguos abusos, los viejos prejuicios y reclamaban la vuelta de las intolerancias peores y de las más violentas iniquidades. En nombre del clero católico se pedía el poner nuevamente en vigor todas aquellas medidas que sucedieron á la revocación del edicto de Nantes. La pluralidad de los cultos en el «reino» era denunciada «como una abominación y una plaga» á esta pregunta: *¿Tienen derecho los protestantes de votar y de formar parte de los Esta-*

dos generales? los publicistas católicos respondían sin vacilar: ¡No! Acerca de esta exclusión dábase la curiosa explicación que transcribimos: «La enseñanza pública pertenece á los obispos de las diócesis; los reglamentos que la afectan prescriben ciertas prácticas religiosas cuya ejecución no conviene confiar á los no-católicos. Por consiguiente, aquél que está privado de enseñar á los niños no sabría usar del permiso de legislar para los hombres.» La libertad de la prensa no era tratada mejor que la libertad de cultos. Añadid á estas acusaciones preñadas de amenazas, las diatribas sin cuento, los ultrajes cínicos é infames contra aquellos que reclamaban nuevas ideas y que las defendían con un talento envidiable. Aconsejo á los pusilánimes que se quejan de la violencia de las polémicas contemporáneas, que se aprecien de cierta biografía de Mirabeau «de venta en las comunidades de Marsella.» Es la hez de los detritus, el delirio del odio.

Estas excitaciones, estas provocaciones, estas injurias exasperaban los espíritus más fríos y mejor templados. Creaban, en toda la Francia, una corriente de desconfianza y de furor. De ahí esta costumbre de la discusión brutal, de las hipérboles feroces, de las incesantes invectivas, de esta irritación que debía convertirse en llama abrasadora, en incendio formidable.

Andrés Chenier, quien, pronto tendremos ocasión de verlo, tampoco había sabido moderar sus ímpetus, sin embargo, denunciaba elocuentemente en el sé-

mero 13 de las *Memorias de la sociedad de 1789*, —«aquella numerosa y aterradora raza de libelistas sin pudor», que, por sus rabiosas violencias, sus continuas llamadas á la envidia ó al miedo, sus mentiras y sus calumnias, transformaban los ciudadanos de distintos partidos «en cuadrillas de furiosos, armados de puñales, encerrados conjuntamente en la noche más obscura, corriendo, al azar, los unos tras los otros, dando y recibiendo ciegamente la muerte». —

Pocos han sido, por cierto, aquellos que han observado que, durante los primeros años de la Revolución, aquellos políticos más prudentes, aquellas inteligencias más equilibradas, aquellos hombres que debían descollar entre todos por su sangre fría y por su circunspección, fueron los que profirieron las diatribas más horrorosas. No es de Marat ni de Hébert, sino de Barnave, esta frase emitida cuando el asesinato de Foulon y de Bertier: «¿Es, pues, tan pura la sangre que corre, que debamos lamentar su derramamiento?...» No es el organizador de las matanzas de septiembre, no es el alguacil Maillard, sino Mirabeau, quien decía tranquilamente, en 23 de Julio de 1789: «Todavía se habría derramado más sangre, si hubieran sido nuestros enemigos los vencedores.» Fué él también quien escribió al conde de Lamarck: «Vos exageráis demasiado los inconvenientes de la Revolución para la presente generación. Hasta ahora no ha habido ejemplo, en los fastos del mundo, de parecidos trastornos, ni aún de agitaciones políticas tan violentas, obtenidas á tan *bajo precio;* y si se

quisiera entrar en razón y sobre todo, gobernar, la Revolución tendría solamente como verdaderos sub- tires, un número insignificante de sátrapas escanda- losamente repletos de goces exactores y opresivos...»

Eran los amigos de Malouet, quienes decían en ocasión de la toma de la Bastilla: «Era preciso inti- midar á los partidarios del antiguo régimen é impo- sibilitarles de levantar cabeza».

Por otra parte, los amigos de la corte gozaban ha- blando de ametrallamientos, horcas y de la necesidad de poner en manos del verdugo á los defensores de la Revolución. Hojead el *Almanaque de los aristó- cratas*, publicado en Roma el año III de la *barnavo- cracia*, y hallaréis en todas las páginas epigramas del género que transcribimos á continuación:

«A las virtudes la desgracia, á los crímenes la suerte:—Barnave ha herido á Cazalès...—Gran mise- rable pilluelo,—Barnave, seguro de su éxito,—se cuelga al cuello de Bordgibaud—esperando la otra horca.»

No son solamente los pequeños aventureros del periodismo, los «viles folletinistas» quienes se inspi- ran en estos odios feroces, quienes se expresan en este lenguaje soez. Poco á poco, llegó á imponerse á las más nobles inteligencias, al escritor más castizo, más agradable y más ático del siglo XVIII, al mismo Andrés Chenier, al poeta patriota á quien la toma de la Bastilla había inspirado este ditirambo:

«Trastornado en sus entrañas,—El infierno de la Bastilla, echado á todos los vientos—Vuela, resto infame y ceniza inanimada—Y de esas grandes tumbas la hermosa libertad, altiva, rutilante, armada,—Sale.»

Sí, día llegará en que este delicado, suave y delicioso genio, requemado por la atmósfera en que vive, indignado, adolorido, exasperado, escribirá estos versos cuya inspiración no es digna siquiera ni de Marat, ni del Padre Duchène:

«Consuélate, muchacho, tú salvarás la Francia.—Por tus brazos la Montaña aun—Alimenta muchos héroes en sus nobles guaridas.—Legendre, discípulo de Catón,—el gran Collet d'Herbais, fiero cabo de galeras,—Más de un Robespierre y Dantón,—Thuriot y Chabot, en fin, toda la banda;—Schebe, municipio, tribunal...—Pero ¿quién puede contarlos? Te los recomiendo—Harás el llamamiento nominal.»

Andrés Chenier es un poeta, un lírico, fácilmente sujeto á las indignaciones, un Alceo, enredado en los furores revolucionarios, pero he aquí á su amigo, al sabio caballero de Pange, al pensador que inspiró á Rœderer esta apreciación: «De Pange sólo decía cosas dignas de ser escritas; sólo escribía cosas dignas de ser ejecutadas.» ¿Sabrá preservarse este filósofo de las violencias del pensamiento y de las apreciaciones cruelmente implacables? Sí, pero de una manera tan exigua que perseguirá con sus invectivas y sus injurias á los Girondinos y de una manera es-

pecial, á su corifeo, Brissot. Le acusará de ser un mercader de ideas, un hombre de partido, capaz de inmolar á su ambición, las creencias de la víspera y de vender al populacho, para obtener algunos aplausos, sus amistades, su conciencia y su fe. Solicitará (en 1.º de Agosto de 1792) la disolución de aquella sociedad de los Jacobinos, donde se encuentra sólo «la fecunda inmoralidad de algunos hombres, que, cada día, saben ofrecer á nuestra admiración un nuevo vicio y llevar la impudencia á alturas inesperadas.» ¿Qué empresa hay más cívica, exclamará, que la de «destruir un hogar venenoso antes que la atmósfera se halle inficionada por completo?»

Así se expresará este moderado por excelencia, este moralista «tranquilo en medio de la refriega ardiente». Y añadirá, en una página llena de altanero desprecio y de altiva provocación: «En estos desgraciados tiempos, en que se concede indulgencia al asesinato y trofeos al latrocinio, en que el escenario del mundo está ocupado por sucesos que estremecen y por hombres dignos de estos acontecimientos, el ciudadano honrado sabe que su lugar no está en este horrible teatro; se avergonzaría de permanecer en él ni un solo instante, si, viviendo entre sus autores, no experimentara la necesidad de señalar su desprecio y su aversión para con ellos. Prefiere ser su víctima que pasar por ser quien les apruebe; busca la ocasión para ofrecerse á su animosidad y le sostiene y consuela el pensar que la merecen».

Después de los escritos provocadores y de los li-

belos difamatorios hay que citar los periódicos bajos y calumniadores. Su acción fué considerable. Enrique Martín aja con viva indignación y profundo disgusto, las hojas de delación y de cólera de Hebert y de Marat. Hubiera podido hacer, hubiera debido hacer observar que esos depravadores de espíritu público habían tenido, en el partido realista, precursores y modelos. No se sabe bastante ó se afecta demasiado el olvidarlo: la prensa realista de 1789 tiene delante de la historia, la responsabilidad de las primeras polémicas escandalosas, cínicas y violentas. Nada puede compararse por la crudeza de los detalles, la sinonimia de los pensamientos y del estilo, á los *Actos de los Apóstoles*, al *Diario general de la Corte y de la ciudad*, al *Journal des Halles*, al *Journal de Sulcau*, al primer *Pere-Duchene*, que tuvo por redactor al constitucional Lemaire.

Esas hojas no respetaban ni la edad, ni el sexo, ni las virtudes, ni el talento, ni la desgracia.

Las hojas del Tercer estado pronto se acostumbraron á hablar ese lenguaje y á reproducir sus violencias. Camilo Desmoulins, que estaba lejos de ser cruel, y que murió por haber levantado la voz en favor de la humanidad, gustaba de bromear en la famosa *Linterna*, el reverbero de la Casa Ayuntamiento al cual se arrimaban los soportes de la tiranía. Y era aprobado, felicitado por su *Discurso de la Linterna á los parisienses* por los hombres menos sanguinarios de la Asamblea nacional, los Mirabeau,

los Target, los Sieyes, los Montmorency y los Castillone.

Pronto, en medio de esas exageraciones abominables, de esas polémicas sin freno, han perdido lo que es más necesario al éxito duradero de un partido: la sangre fría, la habilidad, el espíritu político.

Acostumbrados desde un principio á no respetar nada, á sospechar de las intenciones, á denunciar, exagerándolos y desfigurándolos, los hechos más sencillos, los hombres de la Revolución se hicieron de la sospecha un hábito y de la intolerancia una regla. Cuando hubieron desaparecido los primeros adversarios, cuando ya no quedaban los enemigos encarnizados del orden nuevo, se encontraron frente á frente los compañeros de las antiguas luchas. ¿Qué iban á hacer? ¿Renunciarían á aquellos procedimientos de recriminación que habían empleado frecuentemente contra los redactores de los periódicos de la Corte? Por desgracia se había dado el tono, la fiebre estaba en la sangre. Se usaron entre hermanos de armas polémicas empleadas en otro tiempo contra adversarios sin escrúpulos, contra mortales enemigos.

Marat, en su hoja *Publicista*, acusa al virtuoso Roland, llamado por sobrenombre el pequeño Necker, de querer provocar el hambre y la guerra civil para quitar á Capet y restablecer la realeza. Habla de los «soldados de la libertad, desnudos, hambrientos y muriendo de miseria, impulsados á la insurrección por generales *para tener un pretexto de degollarlos*.» Hebert arrastra por el lodo de su diario

á Dantón, Fabre de Eglantine, Legendre, Lacroix, los trata «de conspiradores de ser guillotinados por sus opiniones», y se atrae esta sangrienta réplica de Camilo Desmoulins en su *Vieux Cordelière:* «Hebert, ese hombre borrado de la lista de mozo de teatro por robo, hace borrar de la lista de los jacobinos, por sus opiniones, á diputados fundadores inmortales de la República. Ese escritor carnicero, será el regulador de la opinión. No se tema desesperarme por los terrores y los rumores de mi detención que se esparcen á mi alrededor. ¡Oh, colegas, os diré como Bruto á Cicerón: Tememos demasiado á la muerte, al destierro, á la pobreza, *nimium timemus mortem, et exilium et pavpertatem*... Ocupémonos, colegas, no en defender nuestra vida, como enfermos, sino en defender la libertad y los principios como los republicanos, y, cosa imposible aun cuando la calumnia y el crimen pudieran tener sobre la virtud un momento de triunfo, créase que, aunque estuviese sobre el cadalso, no quisiera cambiar mi suplicio con la fortuna de ese miserable Hebert, que en su hoja impulsa hacia la desesperación veinte clases de ciudadanos y más de tres millones de franceses, á los cuales anatematiza y envuelve en masa en una proscripción común; pues para ahogar sus remordimientos y sus calumnias, tiene necesidad de procurarse una embriaguez más fuerte que la del vino, y lamer sin cesar la sangre al pie de la guillotina. ¿Qué es pues el cadalso para un patriota, sino el pedestal de Sidney y de Juan de Witt? ¿Qué significa ello en un

momento de guerra en que mis dos hermanos han sido mutilados por la libertad? ¿Qué es la guillotina sino un sablazo, el más glorioso de todos?»

Sólo un hombre en medio de este desencadenamiento de vanidades, de personalismos, de ambiciones sectarias, conservaba alguna sangre fría, era Dantón. Con frecuencia intentó interponerse entre los hermanos enemigos y reconciliarlos. Les mostraba la patria. Estemos unidos, decíales: «No sin miedo sabrán los austríacos, que estamos unidos en santa armonía. Entonces, os juro que nuestros enemigos estarán muertos».

Para llegar á esta armonía, que llamaba tan afectuosamente «la santa armonía», Dantón, era favorable á todos. Desaprobaba á Marat, pero compadeciéndole, defendía la diputación de París, mientras declaraba que la hegemonía política pertenecía á toda la Francia. Tendía la mano á los girondinos, dirigía elogios á Robespierre. A todos los que intentaban establecer la supremacía exclusiva de una opinión, y constituir una ortodoxia revolucionaria, repetía «que las revoluciones, lo mismo que las religiones, comienzan por apóstoles, se pierden y acaban por sacerdotes»; y á los que voluntariamente denunciaban á sus adversarios como enemigos de la patria y del pueblo, les recordaba las palabras tan justas y tan profundas de Montesquieu: «Bajo pretexto de la venganza de la República, hay que cuidar de no establecer la tiranía de los vengadores.» Delante de la multitud, en el club, usaba esa diplomacia oratoria

que consiste en hacer aceptar la moderación de las ideas por medio de la énfasis ó de la violencia de las expresiones. «Convenzámonos, repetía, de que casi todos, de que todos queremos la salud pública. Que las desconfianzas particulares no nos detengan en nuestro camino, pues todos tenemos un fin común. En cuanto á mí, jamás calumniaré á nadie; no tengo bilis, no por virtud, sino por temperamento. El odio es extraño á mi carácter; no tengo necesidad de él; por eso no puedo ser sospechoso, ni siquiera á los que se dedican al oficio de odiarme. Os remito á la infinidad de vuestros deberes». Añadía «que hay que amarse y estar apretados como en un haz para ser fuertes, que la unión en el patriotismo sería igual á la atracción en el mundo físico».

Admirables y conmovedoras excitaciones que, desgraciadamente, no fueron oídas. La Gironda correcta, elegante, dominada por el genio femenino de madame Roland, no perdonaba á Dantón la franqueza de su actitud y la extremada familiaridad de su lenguaje. A las palabras de Dantón, el girondino Roland contestaba con una frase amarga: «Desconfío del civismo de quien es acusado de falta de moralidad». Guadet, en su discurso literariamente admirable y políticamente de los más equivocados, acusó á Dantón de ser cómplice de Dumouriez:—«En todos los espectáculos de París, ¿quién estuvo sin cesar al lado de Dumouriez? Vuestro Dantón...» Dantón brincó al oír el ultraje:—«¡Ah! ¡Me acusas, tú! ¡No conoces mi fuerza!...» Las recriminaciones más raras y más

absurdas se produjeron é impidieron la armonía tan necesaria para la existencia de un Estado libre. ¡Dantón *fué* sospechoso de aspirar á la dictadura y aun á la realeza! Por otra parte, ¿no se decía que tenía manchadas las manos de sangre de septiembre? Louvet reclamó la acusación de Marat, de Robespierre y de algunos otros». Una noche los confederados del partido de la Gironda corrieron por las calles de París gritando: ¡Abajo Marat! ¡A la guillotina Robespierre y Dantón!

Esta división fatal y suicida fué la causa de los males que luego siguieron. Si la Gironda y Dantón se unían, todo podía salvarse. Este suceso no se realizó. El llamamiento á la fraternidad que Dantón había dirigido á sus colegas no fué oído como tampoco el dirigido al olvido y al trabajo pronunciado por Vergniaud. «Pensaba, había declarado noblemente el orador de la Gironda, que en lugar de perdernos unos á otros, mejor sería ocuparnos en salvar á la patria. ¿Por qué fatalidad se preparan fuera peticiones que vienen á nuestro seno á fomentar el odio y las divisiones? ¿Por qué fatalidad ciertos representantes del pueblo no cesan de hacer de la Convención nacional, el hogar de sus calumnias y de sus pasiones? Ya sabéis cuánto he devorado en silencio las amarguras que me rodean hace seis meses; cómo he sacrificado á mi patria los más justos resentimientos. Y sabéis también que bajo pena de cobardía, de confesarse culpable, de comprometer el poco bien que aun me está permitido esperar hacer, he podido

excusarme de revelar por completo las imposturas y la maldad de Robespierre. ¡Ojalá fuera ésta la última jornada que perdamos en debates escandalosos!»

¡Ah! no fué la última; los debates escandalosos continuaron; se convirtieron de día en día (como todas las polémicas que se prolongan) en más injustos y más atroces, llegando, como término final á la cárcel, á los tribunales de excepción, al hacha del verdugo. Se cumplía la lúgubre frase de Vergniaud: «La Revolución, como Saturno, devora á sus hijos.»

Los girondinos subieron al cadalso. Al conocer su condena, Camilo Desmoulins exclamó llorando: «¡Ah, desgraciado; soy yo quien los ha matado con mi *Brissotin dévoilé* y mis periódicos!» Un poco más tarde, Camilo y Dantón sucumbían á su vez. La víspera de aquel día, Desmoulins escribía á su esposa, la bella y heroica Lucila: «¡Si fueran Pitt y Cobourb los que me trataran tan duramente! ¡Pero mis colegas! ¡La República, después de todo lo que he hecho! ¡Ese es el precio que recibo por tantas virtudes y tantos sacrificios!... Con nosotros nos llevamos el testimonio de que perecemos los últimos republicanos... Y, por su parte, Dantón, subiendo las gradas del tablado fatal, podrá decir: «Arrastro á Robespierre, Robespierre me sigue...»

Después de haber registrado esos desvíos criminales, y deplorado esas desgracias, hay que añadir que sólo se trata de uno de los capítulos de la historia de la Revolución. Hay otros, de los más gloriosos, en

los que conviene detenerse con altivez patriótica. La política de matadero, de asesinatos de septiembre y del cadalso permanente no es toda la Revolución francesa. El feudalismo abolido, los derechos del hombre proclamados, la propiedad puesta en manos de los trabajadores, la enseñanza pública organizada, eso es también la Revolución. Es también la Revolución el incomparable arrojo nacional que llevó al pueblo á las fronteras y salvó á la patria en peligro.

El movimiento patriótico que entonces conmovió todo el país permanece aún incomparable. Provocó la dominación no solamente de los extraños, sino también de los enemigos. En aquellos momentos se produjo un fenómeno que el historiador debe registrar. Mientras la Revolución era comprometida entre nosotros por las divisiones y los odios de los partidos, mientras se encaminaba hacia el 9 Termidor, el Directorio y el Consulado aparecía á los ojos del mundo como la gran emancipadora. De hecho francés, se convertía en hecho humano. De lejos no se oían ni las voces de los facciosos, ni los gritos de un Marat, ni las denuncias de un Robespierre, ni el tumulto de las disputas miserables. No se veía más que la augusta libertadora que había denunciado á la tiranía, ajado las viejas iniquidades, demolido la Bastilla, proclamado la igualdad política, llamado á los pueblos al ejercicio de su soberanía, afirmado los derechos del pensamiento y de la conciencia, dado por base y por fin al mundo la justicia y el trabajo. Un

ilustre poeta, un alemán, Goethe, expresaba en estos términos la emoción que se había apoderado de los hombres enfrente de la Revolución triunfante. «¿Quién podría negar que al primer rayo del nuevo sol que aparece en el horizonte, cuando se oyó hablar de los derechos comunes á todos los hombres, de la libertad vivificante, de la igualdad querida, quién podría negar que no ha sentido su corazón elevarse y ascender á su región más alta? Entonces todos aguardaban gozar de su existencia; las cadenas que sujetaban tantos países y que tenía asida la mano de la holgazanería y del interés, parecían romperse. ¿No dirigían todos los pueblos oprimidos sus miradas hacia la capital del mundo? Glorioso título que hacía tiempo llevaba París con justicia y que nunca había merecido tanto como entonces. Los nombres de los hombres que proclamaron la libertad antes que nadie, ¿no fueron iguales á los nombres más célebres, elevados hasta los astros? Todos sintieron renacer en sí el valor, el ánimo y la esperanza. Y nosotros, que éramos vecinos, fuímos los primeros animados por esa llama viva. La guerra comenzó, y los franceses se acercaron formados en batallones armados, se acercaron; pero parecieron traer el don de la amistad. El efecto respondió al momento á esta apariencia; todos tenían el ánimo elevado. Plantaron alegremente los risueños árboles de la libertad prometiéndonos no invadir nuestras posesiones. Nuestra juventud hizo estallar los transportes de su alegría:

la alegría animó la edad avanzada, y los bailes y el regocijo comenzaron á formarse alrededor de los nuevos estandartes» (*Hermann y Doroteo*).

En Inglaterra, los creadores del romanticismo, los tres *cabistas* Santhey, Coderitge y Wordsworth, se declararon amigos apasionados del ideal político y social que nuestro país acababa de revelar al mundo. Nuestra Revolución les parecía «grandiosa é inmortal.» Wordsworth refiere en su poema *El preludio ó el desarrollo de un poeta* (*The Prelude or Growth of Poet's mind*), las circunstancias en medio de las cuales hizo su primer viaje á Francia. Era en 1790. «Un estremecimiento de alegría corría entonces á través de Europa. Francia estaba en el apogeo de las horas doradas, y la naturaleza humana parecía nacer á una nueva vida».

El poeta inglés fué testigo de las alegrías que acompañaron á la fiesta de la federación. «A través de ciudades y pueblos se ven arcos de triunfo de flores; el extranjero es acogido con confianza, se le prodigan palabras de amistad que son como el perfume de una primavera ideal. Wordsworth desciende el Ródano con una alegre banda de federados, «que vuelven de los grandes desposorios nuevamente celebrados en la capital, á la faz del cielo.» Era un tiempo glorioso, exclama, «un tiempo feliz aquel: miradas triunfantes, eran el lenguaje ordinario de todos los ojos, como si, al despertar del sueño, las naciones saludaran su gran espera. ¡Oh, era una her-

dición vivir en aquella aurora, y ser joven era el mismo cielo!...»

Aquella alegría fué indudablemente de corta duración. El relámpago no se convirtió en día completo. El ideal se realiza por etapas y no se improvisa en algunas semanas. Pero bastó para la gloria y el honor de una nación el haberlo visto, y el haberlo mostrado á la humanidad: es claro que hubiera sido preferible que los excesos sangrientos justamente reprochados á la revolución francesa, no se hubieran producido. Pero entre los destrozos que produjo, ¡había tantas cosas que merecían ser destrozadas y aniquiladas!

Protestantes y judíos eran considerados como parias. El edicto de 1787 en favor de los reformados, aquel edicto tan ardientemente solicitado por Condorcet, Rabaut-Saint-Etienne y La Fayette, tan deseado por Malesherbes que había acabado por arrancar á la corte, no era más que un edicto de tolerancia. No colocaba á los protestantes bajo el régimen de la igualdad civil y política, sino que les libraba únicamente de algunos de los efectos de la persecución religiosa. Según los términos del edicto, los herejes debían ser *privados de toda influencia sobre el orden establecido en el Estado;* eran «reconocidos de antemano y por siempre incapaces de formar corporación dentro del reino», y en posesión de las únicas prerrogativas «que el derecho natural no permitía rehusarles.» En cuanto á los judíos, asimilados, lo mis-

mo que los comediantes, á una casta impura é infame, eran proclamados incapaces «de ser jamás moralmente estimables y políticamente útiles».

A pesar de los estímulos que Enrique IV y Colbert habían tenido por la industria, pesaban sobre el trabajo múltiples reglamentos. Corporaciones privilegiadas sometían á su despotismo (al que nada podía substraerse) obreros de todos los oficios, y mataban así la iniciativa particular. Lo que no se ha observado bastante, dice justamente Eugenio Bersier, es el inmenso provecho que el clero sacaba de tal estado de cosas. Cada corporación tenía su santo, sus días de fiesta, sus misas oficiales. Fuera de ella, no existía el obrero independiente. ¿Qué podía el hereje, el librepensador? Su ausencia en la menor ceremonia era notada, y se les denunciaba, entregaba y perdía. Nada escapaba á las espesas mallas de aquella red inquisitorial.

En cuanto al comercio, era tenido por envilecedor. «He visto en 1789, en Poitiers, declara el vizconde de Montalembert, en sus memorias inéditas, ser acogidos con desdén los nobles que se habían dedicado á los tráficos de negociantes». Era corriente en la nobleza que un gentil-hombre aunque estuviera arruinado, no se dedicara á ninguna empresa mercantil, ni siquiera para rehacer la fortuna de su familia. ¿Lo hacía? Pues estaba obligado en los países del Estado, á extender su declaración y á entregar su espada. A esto se llamaba hacer dormir su nobleza. Terminado el comercio, se hacía nueva declaración y se tomaba

otra vez la espada y el rango. Lo mismo acontecía si el gentil-hombre había usado artes mecánicas ó si se había *mecanizado*.

La Revolución vino á cambiar todo eso. Del Tercer Estado, que «no era nada», hizo un pueblo—el pueblo francés. De los parias del antiguo régimen, hizo ciudadanos.

II

EL PROCESO DE LA REVOLUCIÓN

Si la Revolución ha encontrado panegiristas, ha encuntrado también detractores. En 1790, el célebre orador y publicista inglés, Edmundo Burke, publicó con el título: *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, un escrito en el que proclamó que «la simple idea de crear de nuevo un gobierno basta para inspirar el disgusto y el horror.» Algunos años más tarde, en 1797, José de Maistre, en sus *Consideraciones sobre Francia*, afirma que «la monarquía ha sido derribada por monstruos», que, para realizar «esa obra satánica», debieron cometer «todos los crímenes.» En 1853, un alemán, M. de Sybel, intenta probar que la Revolución francesa no ha tenido originalidad ni dignidad; que ha «aniquilado el poder gubernamental» y puesto «el robo de las propiedades en lugar de la libertad económica.» Esas son palabras duras y acusaciones apasionadas é injustas; pero nos estaba reservado oirlas más ásperas y denigrantes aun. Uno de los pensadores considerables de nuestra época, el historiador justamente admirado de la literatura inglesa, el crítico atrevido que ha escrito ese libro tan

independiente: *Los filósofos franceses en el siglo XIX*, M. Taine, debió en nuestros días sostener la tesis de que la Revolución francesa no ha sido, en cuanto á sus actos, más que una serie de horrores y, en cuanto á sus ideas, una serie de extravagancias.

Desde las primeras páginas de su libro sobre la Revolución francesa, M. Taine relata los crímenes cometidos en París y en sus provincias de 1789 á 1791. Asesinatos, incendios, crímenes, pillajes, robos, nada es olvidado. No se le escapa ningún detalle horrible... Sabe las víctimas que ha habido y las circunstancias en que han sucumbido. Contar los heridos, mostrar las llagas, registrar los gritos de terror, indicar la extensión de las manchas de barro y el grueso de las manchas de sangre, no le basta: se dedica á describir minuciosamente la forma y el color de los instrumentos de muerte. Ningún relato de sucesos capaces de alegrar la conciencia ó de sosegar la atención, interrumpe la lúgubre enumeración de las atrocidades y de las matanzas. No hay ni un punto azul en aquel negro horizonte.

Pero ¿á qué viene eso? ¿Es que hubo de 1789 á 1791, un eclipse total de humanidad? ¿Es que la historia de la Revolución se compone exclusivamente de actos de demencia y de bandidaje? ¿O es que M. Taine se parece á quien queriendo escribir la historia de París en nuestra época, se contentara con referir los sucesos sangrientos y odiosos relatados por los diarios?

Por otra parte, ¿nuestro escritor es en sus narra-

ciones de una exactitud inatacable y de una imparcialidad escrupulosa? Es visible en todas las páginas de su libro, que se preocupa mucho más de exagerar el efecto de sus relatos que de atenuar el horror de los mismos. Recurre á las impresiones más realistas, á las metáforas más violentas. Diríase que es un novelista sensacional que se esfuerza por obrar sobre los nervios de sus lectores, ó un dramaturgo que quiere impresionar á la multitud, un hombre espantado que cuenta los peligros que acaba de correr y á los que no está seguro de haber escapado por completo. Por dos veces compara la Francia de 1789 á un hombre «embriagado por veinte bebidas ardientes.» Para describir el pueblo y la libertad, «esos dos poderes nuevos», los colores de su retórica son muy sombríos; cree tener que copiar de Milton sus imágenes más terribles: «La una parecía una mujer hasta medio cuerpo y hermosa, pero acababa horriblemente por repliegues escamosos—voluminosa y gran serpiente armada,—de mortal opresión. En su cintura, una traílla de perros infernales, ladraban eternamente, etcétera.»

¿Habla del asesinato del mayor Belzunce, cometido en Caen durante una insurrección? Pues M. Taine no se contenta con escribir que la víctima «ha sido despedazada como Pérouse, en las islas Fidjin, sino que afirma que una mujer «se le comió el corazón». ¿Cuenta que el alcalde de Troyes, Huez, fué muerto al salir del tribunal? Pues no sólo enumera los puntapiés, los puñetazos, los golpes dados con

zuecos, tijeras, etc., que recibió, sino que nos refiere las torturas que se ha querido que se le infligieran, y que no hubo tiempo de hacerle sufrir. El princip[al] culpable habría confesado, según M. Taine, aqu[ello que] había hecho sufrir á Huez que, sin embargo, se que-ría hacer sufrir más dándole á cada esquina de calle una cuchillada, y reservándose la facultad de dar las que se quisieran mientras vivieran».

Los hechos relatados por M. Taine, son mucha[s] veces inexactos ó exagerados; puede además decirse que su acumulación constituye una especie de tra[i]ción de la verdad histórica. Da del estado de Fra[n]cia de 1789 á 1791, una idea falsa é injusta. En s[u] libro sobre la *Revolución*, el reino aparece como u[na] caverna poblada de bestias feroces, como un tea[tro] por donde pasan rugiendo las pasiones desenca[de]nadas y furiosas. No es esta la impresión de los ex[tranjeros], los menos sospechosos de fanatismo re[vo]lucionario, que habitaban en Francia en aquella ép[o]ca. Entre esos extranjeros hay uno á quien M. Tai[ne] cita con frecuencia, cuya sangre fría y sagacida[d] admira, cuyo testimonio invoca, y cuyas apreciacio[nes] le satisfacen: es el inglés Arturo Young. Es[e] sabio, de espíritu metódico y sosegado, ese testig[o] inteligente que ve desfilar ante su vista en París [y] en provincias, los principales acontecimientos de [la] Revolución francesa, habla con la mayor frecuenci[a] con admiración de los hechos que se realizan. «[El] espectáculo de los representantes de veinticinco mi[llones] de hombres, exclama, que acaban de libertars[e]

de las cadenas de varios siglos de servidumbre, para elevarse á la felicidad de una constitución más libre, era propio para excitar las emociones de un corazón generoso. Olvidaba, pues, todo lo que podía recordarme que ese pueblo había sido enemigo de mi patria, y me limitaba al pensamiento glorioso de la felicidad que se preparaba para una gran nación y para millones de seres que aun no habían nacido.» En tres momentos distintos, en 1789 y en 1790, Arturo Young, que acaba de recorrer la Francia, expresa la alegría que tendría de vivir en ella y lamenta «ser demasiado viejo para hacerlo».

Es indudable que registra desórdenes, rebeliones, violencias, pero lejos de atribuirlas á la Revolución, se duele de que las provincias estén tan poco al corriente de lo que ocurre en París y de que en ellas sean tan raros los periódicos. En Islets, en Mas-La-tour, encuentra á una campesina. «Preténdese, díjole ella, que ciertos grandes personajes van á hacer algo por los pobres»; pero no sabía quién ni cómo. «¡Que Dios nos envíe tiempos mejores, pues los impuestos y los derechos nos aplastan!» Y Young añade: «Esa mujer parecía á pocos pasos tener setenta años, tan arrugada y encorvada estaba, pero en realidad, no tenía más que veintiocho, según me dijo. Un inglés que no ha viajado, no podría imaginar la figura de la mayoría de los campesinos de Francia: anuncian la miseria y la angustia. ¿A qué debe atribuirse la diferencia de usos y costumbres que existe en las clases bajas de ambos reinos? *Al gobierno*».

Este gobierno era el antiguo régimen y podría decirse que al antiguo régimen y no á la Revolución corresponde la responsabilidad del mal que se produjo. En todo caso hay flagrante injusticia en acusar al espíritu revolucionario con motivo de las odiosas escenas que ocurrieron en varios puntos. Ocurrió desgraciadamente que la convocación de los Estados generales coincidió con un año de hambre. En tales circunstancias, vióse aparecer la legión de calamidades que, en Francia, se habían mostrado durante las grandes carestías. El pillaje recorrió los campos como en los tristes años de 1660, 1690, 1709. Entonces hubo, al igual que en los días nefastos que acabamos de recordar, castillos quemados, crímenes, asesinatos, robos en camino real. ¿Es que no se habían visto en pleno París, á fines de 1692, ocho soldados atacar espada en mano á la mujer de un panadero de Vaugirard, que conducía una carreta de pan?

En 1789, el hambre era espantosa, la tercera parte de los habitantes de Francia estaba reducida á la mendicidad. El pan faltaba casi en todas partes. Dichosos eran los que podían encontrar para alimentarse, no sé qué mezcolanza malsana de avena y cebada mojada. En tales angustias estallaron rebeliones por todas las partes donde la autoridad quiso reclamar el pago de los impuestos. Hubo actos de bandolerismo; se produjeron atrocidades que exhumaron el recuerdo de lo que había ocurrido en 1676, durante las terribles revueltas de Bretaña, acerca de las cua-

les madame de Sévigné escribía: «Nuestros soldados se divierten robando; el otro día asaron á una criatura.» ¿Es equitativo, en vista de las monstruosidades de ese género, hablar de la «influencia del contrato social», de la «acción de las novedades políticas?» ¿No hay abuso de metáfora al escribir: «Todos los artículos de la Declaración de los derechos del hombre son puñales dirigidos contra la sociedad humana, y no hay más que apretar la empuñadura para que penetre la hoja?

¡La Declaración de los derechos del hombre! No estaba aún redactada cuando los campesinos, alocados por la miseria, transformados en bestias feroces, recorrían como criminales é incendiarios el Franco-Condado y la Normandía. Hay más: precisamente para terminar con las matanzas, para poner término á los incendios, la Asamblea nacional tomó la resolución de proclamar los derechos del hombre y del ciudadano. Montmorency, Mirabeau, de Lally, Target, Meunier, Virieu, Castellane, insistieron en la necesidad de esa declaración. Nos permitirá, decían, apaciguar los espíritus. Y añadían: ¿Es que los crímenes de que somos testigos no son resultado de ochocientos años de vejaciones públicas y particulares? ¿Acaso no es una ley constante de la naturaleza esa serie eterna de reacciones entre todos los seres? ¿No demuestra la historia que las faltas de los enemigos de la humanidad recaen sobre sus cabezas y las de sus hijos, y que los opresores de los hombres siembran para su posteridad una semilla

de calamidades y de desdichas? Es, pues, preciso en interés de todos, mostrar á la nación en qué consisten sus derechos y su libertad; es preciso que por una declaración compuesta de máximas sencillas y claras se haga vulgar el conocimiento de las verdades sociales, y formar el espíritu público substituyendo por el imperio de la razón el de la fuerza y el de la violencia.

M. Taine no se contenta en su requisitoria con desglosar las responsabilidades; presenta los acontecimientos bajo una apariencia engañosa; se equivoca y nos informa mal sobre los hombres de la Revolución, su papel y su autoridad. Creeríase, leyendo su libro, que de 1789 á 1791 la influencia política, la dirección de los espíritus pertenecía á Marat, á Dantón, á Brissot, á quienes M. Taine llama «los frutos verdes y los frutos secos de la literatura y del foro.» El sistema adoptado por el enemigo de la Revolución, exige que así sea. Es preciso que la «multitud en delirio» sea conducida por «quien delira más aún».

¿Es cierto, por otra parte, que la vocación de Francia, que la naturaleza de su espíritu fué transformar en ideas graves los hechos políticos y sociales? Si es cierto como proclama Michelet en su elocuente y místico lenguaje, «que el alma de Francia lejos de estrecharse debió abrazar el mundo entero,» ¿la Revolución de 1789, tal como se realizó, no fué la más completa manifestación de nuestro genio particular al mismo tiempo que un hecho humano de los más

considerables? La proclamación de los derechos del hombre, que tan pronto irrita como hace reir á M. Taine, tiene dos ventajas: señalaba el límite más allá del cual no podía volverse: aquí acaba el antiguo régimen, aquí comienza la Francia moderna. Proclamaba con una autoridad delante de la cual debía inclinarse Europa entera, las verdades políticas y sociales que, cada vez más tomarán posesión de la conciencia de la humanidad, y serán la ley del porvenir. Más justo ó más clarividente que M. Taine, Guillermo de Humboldt había reconocido esta verdad. Después de haber visto que una nación jamás está bastante madura para una constitución fundada únicamente en principios racionales, el ilustre sabio añadía: «pero al menos, las ideas que invoca la declaración de los derechos del hombre brillarán con nuevos resplandores, su imperio ganará y pronto se difundirá más allá de las fronteras de Francia.» Por eso en medio de nuestras tristezas y de nuestros desastres permanece en pie esa declaración como el signo de nuestra grandeza, como esperanza de nuestra conquista del espíritu de los pueblos. Por eso se han acordado de ella tantos extranjeros célebres, los Priestley, los Mac-Kintosch, los Goethe, los Tomás Paine, los Fichte, quienes han proclamado que nuestro país era digno entre todos del reconocimiento y de la admiración del mundo. Gracias á ello, Francia, lleva la corona que no le será quitada, porque está al abrigo de todos los caprichos de la fuerza y de todas las vicisitudes del acaso: la corona de las ideas.

III

LOS ORADORES DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Los oradores de la Asamblea Constituyente se llaman Mirabeau, Cazalés, Maury, Lally-Tolendal, Thouret, Sieyes, el abate Grégoire, Rabaut-Saint-Etienne, La Fayette, Barnave, Robespierre y Buzot. He omitido algunos y no de los más ínfimos: Alexandre, De Lamth, Petion, Bergase, Bailly. Esos hombres, grandes por el patriotismo, el saber, la abnegación á su causa ó la elocuencia, merecen algo más que el olvido que pesa sobre muchos de ellos. Y, sin embargo, nadie ha emprendido aún estudiar, con método, la elocuencia parlamentaria durante la primera parte de la Revolución.

Charles Nodier habló de ello sin malevolencia, pero con superficialidad, como novelista amable más que como historiador escrupuloso. M. Eugène Marón, en su *Historia literaria de la Revolución*, ha consagrado á los constituyentes, páginas sensatas, pero demasiado rápidas; Géruzez, tan capaz de juzgarlos, ha dado de ellos sólo indicaciones; M. Taine, los ha tratado recientemente «de comediantes» y de «pedantes de embriaguez malsana y grotesca».

Había pues que hacer un libro sobre la Asamblea Constituyente; gracias á M. Aulard, antiguo profesor de literatura francesa, en la facultad de letras de Poitiers, encargado hoy del curso de historia de la Revolución francesa en la Sorbonne, este libro está terminado.

Por fin, ya es tiempo, ha dicho M. Aulard, de exhumar y de hacer revivir no á Mirabeau, cuya gloria literaria no ha palidecido nunca, sino á Barnave, á Cazalés, esperando á Robespierre, Vergniaud, Dantón y Saint-Just: Son nuestros Demóstenes y nuestros Cicerones, ó, si choca esta comparación, son nuestros Pitts, nuestros Shéridoms y nuestros Fox. Los maestros de nuestra tribuna política merecen un lugar al lado de los maestros del púlpito cristiano, que por cierto no tendrá que sonrojarse de esa vecindad.

¿No vale Barnave tanto como Massillón? ¿Es Vergniaud inferior á Bourdalone?... En este pensamiento de justicia literaria y de reconocimiento democrático, ha escrito M. Aulard toda una serie de estudios literarios y políticos sobre los hombres más ilustres de la Asamblea Constituyente.

Su libro, tan informado y tan notable en tantas consideraciones, sería perfecto si le precediera un capítulo sobre las tendencias políticas de la primera de nuestras Asambleas parlamentarias. ¿Cuál era el espíritu general de la Constituyente?

¿Obedecía á un método particular? ¿Sufría el capricho de los acontecimientos ó tenía un fin de

terminado? Cuando se ha encontrado una respuesta á estas preguntas, se es ó más indulgente ó más severo para los oradores de la asamblea ilustre. Si esta respuesta no ha lugar, parece juzgarse un poco al azar y tener excesivos rigores ó benevolencias poco justificadas.

Sí, la Constituyente tenía, desde sus principios, una concepción general de la política, un método y un fin preciso. Sobre la cuestión de la forma de gobierno, era unánime: pretendía guardar la monarquía. Los unos querían regenerar el poder monárquico cambiando la persona del monarca: era el partido de los Orleáns; los otros, conservando el trono y al que le ocupaba, deseaban renovar todas las partes del edificio, tomándolo, como quien dice bajo obra y poniéndolos al abrigo del trono existente, que continuaría siendo la pieza principal, el fundamento y la clave de bóveda. En cuanto á la República, nadie pensaba en ella, salvo Camille Desmoulins y dos ó tres individualidades sin mandato. Aún hay más, la palabra República, era sospechosa y parecía peligrosa. En el primer número del *Defensor de la Constitución*, censuraba Robespierre á Condorcet y á Brissot de haber «echado la división en medio de los patriotas y dado á los enemigos de la libertad el pretexto que buscaban» pronunciando demasiado pronto, en 1790, la palabra República.

En la cuestión de las reformas que cumplir, era la Constituyente en su mayoría, muy unida y muy firme, decidida á combatir las desigualdades politi-

cas y destruir los privilegios. En ese sentido, Mirabeau (menos en dos ó tres circunstancias), ha sido y sigue siendo ante la historia, una imagen fiel de las doctrinas, de las tendencias, de las voluntades de la Asamblea Constituyente. Manifestaba el sentimiento de la casi unanimidad de sus colegas de la izquierda, cuando repetía: «No se saldrá de ahí, sin un gobierno como en Inglaterra.» Y sin embargo, esta afirmación no significaba que fuera preciso copiar servilmente la Gran Bretaña. Mirabeau y los constituyentes tenían cuenta de las diferencias de los dos países. Su concepción general de la política estaba sacada á la vez del parlamentarismo inglés y del sistema de Richelieu. Consistía en fortificar la dignidad real en provecho de las libertades de la nación y á costa de la nobleza y del clero. «Así, pues, ¿no es nada, escribía Mirabeau, estar sin parlamento, sin país de Estado, sin cuerpo de clero, de privilegios, de nobleza?

»La idea de no formar más que una clase de ciudadanos, hubiera complacido á Richelieu. Si esta superficie igual conviene á la libertad, facilita el ejercicio del poder, *el punto importante sería no desplegar la fuerza pública más que para la nación, pero no para individuos* y que el partido nacional fuera el del rey».

En ese sistema la dignidad real no era ya un principio eterno, un dogma, sino un simple hecho necesario á la buena administración de un gran país. Se le conservaba porque estaba ahí, porque parecía

vil, y también por desconfianza y temor á lo desconocido.

En los primeros días de su reunión, la Asamblea Constituyente, se encontró muy embarazada para dirigirse y poner orden en sus debates. El régimen parlamentario acababa de nacer en Francia. Los nuevos elegidos pecaban por inexperiencia, ignorancia, exceso de celo. Cada uno se creía, de buena fe, obligado á recitar una parte de los cuadernos de sus comitentes, y obligado por honor á explicar su mandato en la tribuna. De ahí, en las circunstancias graves, montones de análogas mociones y tendiendo al mismo fin, que llenaban la mesa del presidente. A veces los proyectos de arrestar eran tan numerosos, que los secretarios no bastaban para darles lectura. Además, cada orador inscrito, queriendo hacerse oir, traía á la tribuna, sobre una cuestión tratada ya diez veces, machacada á saciedad, un discurso escrito que quería leer hasta el fin. Muy pocos oradores eran entonces capaces de improvisar y la Asamblea no tenía, como se tiene hoy, horror al manuscrito. Además, después de ese silencio de tantos siglos, la Francia estaba ansiosa de la palabra humana. Sin embargo, pareció á algunos, y en particular á un representante que respondía al nombre de Bouche, que era preciso encontrar un remedio á las lentitudes parlamentarias. M. Bouche hizo, pues, esta proposición: «El señor presidente tendrá en su mesa un reloj de arena de cinco minutos únicamente: cuando hayan pasado los cinco minutos, el señor presi-

dente avisará al orador que su tiempo ha terminado». Esta moción del tal Bouche, fué acogida con entusiasmo por los mudos de la Asamblea; M. de Clermont-Jonnerre la hizo rechazar probando con talento que necesitaba más de cinco minutos para refutarla.

Poco á poco el orden y la disciplina se establecieron, los partidos se agruparon y se dieron jefes. El más ilustre de ellos fué Mirabeau. Era, dice un contemporáneo, el conde de la Marck, «un hombre de corpulencia y de mirada velada, pero cuyos ojos estaban llenos de fuego. Queriendo mostrarse cumplido, exageraba sus reverencias; sus primeras palabras eran cumplimientos pretenciosos y bastante vulgares. En una palabra, no tenía ni las formas ni el lenguaje de la sociedad en la cual se encontraba, y aunque por su nacimiento fuera á la par con los que le recibían, se veía, sin embargo, en seguida en sus maneras que le faltaba la soltura que da la costumbre del mundo».

Si le faltaba la cortesía del mundo aristocrático, Mirabeau tenía en cambio el don extraordinario de dominar los hombres, de crear alrededor de su persona una atmósfera de amistad y de entusiasmo, de mantener cerca de él las afecciones adictas y ardientes. Los más escépticos, como Chamfort, estaban seducidos y quedaban bajo el encanto; los más ligeros, como Camille Desmoulins, aceptaban el yugo y lo sufrían mucho tiempo; los más austeros, como Rabaut-Saint-Etienne y Reybaz, llevaban con alegría sus pensamientos y su trabajo al dominador; los más altivos, como el

conde de la Mark mismo, no hablaban más que con admiración conmovida del que se encontraba «el pensamiento más elevado y el corazón más atractivo.» Y sin embargo, á pesar de esos dones incomparables de elocuencia, á pesar de su arte de gran seductor, Mirabeau fué mal acogido en Versalles por un número considerable de constituyentes. Semejantes naturalezas, al mismo tiempo que provocan simpatías apasionadas, inspiran desconfianzas, animosidades, verdaderos furores. Para la corte, Mirabeau era «el monstruo». María Antonieta decía, en medio de los mayores peligros de la monarquía: «No creo que seamos tan desgraciados para vernos reducidos á la penosa necesidad de recurrir á Mirabeau». Para la nobleza era un tránsfuga. Para el clero, era «un objeto de horror». Esta expresión es del arzobispo de Toulouse. Para varios de los miembros del estado llano, era el hombre de una leyenda deshonrosa y un mal hijo, un mal esposo, un mal padre, un escritor licencioso, venal, siempre vendido, siempre por vender, «capaz de todo por dinero—hasta de una buena acción», según el epigrama de Rivarol.—Su padre, que había obtenido contra él hasta diez y siete mandamientos de prisión, había dejado publicar, cuando el proceso de Aix, una colección de cartas íntimas en que decía de su hijo Mirabeau todo lo que podía inspirar la cólera y el odio.

No era todo falso en esa leyenda: había habido bastantes impurezas y escándalos en la juventud de Mirabeau. Sus adversarios las recordaban sin cesar

y varios de sus amigos políticos, para deshacerse de una penosa solidaridad, ó para satisfacer sentimientos inconfesos de envidia, no permitían que se olvidasen. El, á su vez, los recordaba con trágica tristeza. En vano se repetía que «el tiempo había llegado donde es preciso estimar á los hombres con arreglo á lo que llevan en ese pequeño espacio, bajo la frente, entre las dos cejas»; el recuerdo de su juventud le atormentaba. En ciertos momentos, escribe Etienne Dumont, hubiese consentido pasar sobre llamas para purificar el nombre de Mirabeau. «Medio sofocado de dolor, lloraba, diciendo con amargura: *expío bien cruelmente los errores de mi juventud*.»

El conde de la Marck le da el mismo testimonio: «Le he visto, dice, verter lágrimas como un niño y expresar sin bajezas su arrepentimiento con una sinceridad sobre la cual no era posible engañarse.» Le he oído gritar con acento penetrante: «¡Ah! qué perjuicio hace la inmoralidad de mi juventud á «la cosa pública.»

El 28 de Abril de 1790, Mirabeau escribía á Lafayette: «Estoy sin cesar devorado por gusanos roedores que echan tan cruel veneno en mi vida, que me hacen el menor éxito, el menor favor popular mil veces más difícil de conseguir que cualquier otro». Mas para conseguir este favor popular que ambicionaba y esos éxitos que le eran tan suaves, no contaba nada á Mirabeau orador. Había hecho de su arte el estudio más minucioso y mejor profundizado. Nunca subía á la tribuna sin haber preparado lo que

él llamaba el *rasgo*, es decir, un giro picante y singular que aguzaba su pensamiento y producían aplausos. Tenemos este detalle de Etienne Dumont, su secretario. Lector de una ciencia consumada (Mirabeau leía más veces que improvisaba), el ilustre tribuno se preocupaba mucho de los descansos, de los puntos de parada en los períodos de sus discursos.

Su estilo (pues tenía un estilo bien suyo), poseía el *no sé qué* del orador: el brillo fulgurante, la novedad, la extrañeza de las palabras, la acumulación hábil de los incidentes, la majestad del período. Cuando se leen los discursos de Mirabeau, involuntariamente la voz se eleva y sin querer se declama. Sin duda, á los ojos de los jueces delicados, de los amigos exclusivos de la literatura escrita, reflexiva, castigada, de la literatura que, por amor á la medida y esmero de la precisión, economiza las palabras y no escoge más que las más expresivas, hay, en la fraseología pesada, incorrecta y redundante de Mirabeau, un artificio literario de mal gusto, un sistema cuyo exceso cansa y trae la monotonía. Pero la tribuna no es el libro; reclama una solemnidad, un aparato escénico de retórica que son para el orador, lo que el traje y el afeite son para el actor.

Mirabeau practicaba también con un propósito perfecto y una habilidad sorprendente el arte de apoderarse de las ideas y de las frases ajenas. He aquí, referente á un contemporáneo, un ejemplo de ese don que Mirabeau había tomado de Molière: Un día que Barnave, que estaba muy orgulloso de su pres

teza en hablar, acababa de contestar de improviso á un discurso preparado, Chamfort, que hablaba con Mirabeau en las escaleras de la tribuna, decía que la facilidad era un hermoso talento, á condición de no usarlo. Mirabeau aprovechó esta expresión para exordio y debutó así: *He dicho hace tiempo que la facilidad era uno de los más hermosos dones de la naturaleza, pero á condición de no usarlo; lo que acabo de oír no me ha hecho cambiar de parecer.*

La acción oratoria de Mirabeau no era ni mucho menos lo que se imagina comúnmente. Víctor Hugo y Lamartine han escrito sobre este asunto renglones muy brillantes, pero que son el contrario de la verdad histórica. En la tribuna, dice el gran poeta de los *Chatiments*, Mirabeau era como un león furioso.

«Ahí ya no hay mesa, ni papel, ni tintero, ni plumas, ni gabinete solitario, ni silencio, ya no hay meditación; sino un mármol que se puede golpear, una escalera que se puede subir corriendo; una tribuna, especie de jaula de fiera, donde se puede ir y venir, andar, pararse, soplar, jadear, cruzar los brazos, crispar los puños, pintar su palabra con su gesto é iluminar una idea con una ojeada.» Mirabeau no se parecía al agitado sublime, soñado por Víctor Hugo. En la tribuna, estaba inmóvil. Los que le han visto, cuenta Etienne Dumont, cuyos dichos están confirmados por los testimonios de Dulaure, de Arnault y de todos los contemporáneos, saben que las olas ruedan á su alrededor sin conmoverle, y que hasta queda dueño de sus pasiones, en medio de

das las injurias. En los momentos más impetuosos, el sentimiento que le hacía apoyar sobre las palabras, para expresar la fuerza, le impedían ser rápido. Tenía un gran desprecio para la volubilidad francesa. Nunca perdió la gravedad de un senador, y su defecto era, quizá, un poco de aparato, y de pretensión en su principio. Su costumbre ordinaria era un poco monótona. Empezaba con algún embarazo, vacilaba á veces, pero de manera que excitaba el interés. Se le veía, como quien dice, buscar la expresión más conveniente, apartar, escoger, pesar los términos, hasta que se había animado y que los fuelles de la fragua estuvieran en función.»

Su voz, grave y vibrante, era faltada á veces de soltura, de matiz, de armonía. Madame Roland, en sus *Memorias particulares*, ha señalado ese ligero defecto. «La belleza del órgano, muy diferente de la fuerza, escribe, no son más comunes en los oradores que hacen profesión de ejercerla, que en la muchedumbre que compone la sociedad. La he buscado en nuestras tres asambleas nacionales, no la he encontrado perfecta en nadie. Mirabeau mismo, con la magia imponente de una noble elocuencia, no tenía un timbre de voz halagador ni la más agradable pronunciación». No hay que atribuir esta apreciación á un sentimiento de animosidad, de severidad contra Mirabeau. Madame Roland, tan exigente para los hombres de su propio partido, tan difícil de contentar, hasta tan dura y tan injusta cuando se trata, por ejemplo, de Dantón, había sido literalmente seducida y subyu-

gada por el talento oratorio de Mirabeau. «Llegada á París el 20 de Febrero de 1791, ha contado, acudí á las sesiones, vi al poderoso Mirabeau, el único hombre de la revolución, el genio del cual puede dirigir los hombres é imponer á una asamblea. Grande en sus facultades, pequeño por sus vicios, pero siempre superior al vulgo é infaliblemente su maestro en cuanto quisiera tomarse el trabajo de mandarle.» Cuando murió Mirabeau, madame Roland escribió á Bancal de los Issarts que, encontrando que el gran orador desaparecía á propósito para su gloria, «aborrecía la muerte por haberse apoderado tan pronto de esta gran presa.» Era en las filas del extremo derecho que había que buscar los oradores violentos hasta rabiar, llevados hasta la brutalidad. Mirabeau y sus amigos defendían ideas, sostenían tesis, defendían una causa que creían noble y grande. Amaban la razón por ella misma y se detenían voluntariamente en los razonamientos.

En el extremo derecho, se preocupaban de proteger intereses, de salvar privilegios. Se obraba sin plan, sin método, sin fin, sin otro fin, por lo menos, que de desconsiderar la Asamblea por el alboroto, las injurias, las escenas tumultuosas. Uno de los miembros del partido realista, el marqués de Ferrières, ha caracterizado claramente la conducta impolítica de los nobles y de los obispos, que residían en la Asamblea Constituyente: «Como no procuraban, dice, más que disolver la Asamblea, echar disfavor en sus operaciones, lejos de oponerse á los malos decre-

tos, eran en un todo indiferentes á esta consideración. Salían de la sala cuando el presidente hacía la pregunta, invitando á los diputados de su partido á seguirlos; ó bien, si se quedaban, les gritaban que no deliberaran. Los obispos y los nobles, creyendo firmemente que el nuevo orden de cosas no subsistiría, apresuraban con impaciencia (en la esperanza de adelantar la caída), la ruina de la monarquía y su propia ruina. A esta insensata conducta, juntaban una indiferencia insultante para la Asamblea y para el pueblo que asistía á las sesiones. No escuchaban, reían, hablaban alto, confirmando así al pueblo en la opinión poco favorable que había tenido de ellos, y en vez de trabajar para volver á su confianza y su estimación, no trabajaban más que para conseguir el odio y el desprecio.

El motivo secreto de una conducta tan indigna y tan ininteligible era particularmente odioso; Ferrières, juez poco sospechoso, lo indica en estos términos: «Esta conducta de los nobles y de los obispos, escribe, sería inexplicable si no se remontara al principio de todos sus errores. Se les hablaba sin cesar de las fuerzas de las potencias extranjeras, de una invasión próxima en Francia. Se añadía que los guardias nacionales huirían al primer choque; las tropas de línea, sin jefes, se dispersarían; los pocos que permanecieran bajo las banderas, no sostendrían la proximidad de los alemanes y de los prusianos. Según ellos, todo el que no había nacido noble no podía tener valor.

»A qué entonces, discutir seriamente con esos cobardes, con esos patanes, que muy pronto las armas extranjeras pondrían en razón? La impertinencia, las burlas, las violencias de lenguaje bastaban, esperando la llegada de las fuerzas alemanas. Así es que el extremo derecho concedía sus sonrisas y sus aplausos á los publicistas más desvergonzados y á los oradores más listos en la injuria, á la difamación y á las invectivas. Mirabeau-Tonneau y el abate Maury, eran esos habladores de predilección.»

Mirabeau-Tonneau, hermano menor del gran orador, se apreciaba así él mismo: «En otra familia yo pasaría por un mal sujeto y un hombre de talento; en la mía, soy un tonto y un hombre honrado.» No era tan tonto como se complacía en decir; tenía, al contrario, ingenio, valor y alegría, pero un ingenio de zarzuela, un valor de aventurero, una alegría atolondrada.

Encontrándose un día abordado en las Tullerías por una tropa de jacobinos, que hacían resonar en sus oídos el grito terrible: *¡A la linterna!* Mirabeau-Tonneau se volvió, saludó alegremente á sus agresores y se puso á cantar esos dos versos de la ópera de *Iphigenie:*

> ¡Qué me gusta ver los homenajes halagadores
> que aquí se apresuran á hacerme!

Este chiste desarmó á la multitud, que pasó sin transición de la cólera á las risas y á los aplausos.

Un día que estaba completamente ebrio (lo que le

acontecía á menudo), fué á colocarse en el balcón del restaurant Beauvilliers, en el Palais-Royal, y, desde allí, se puso á insultar á la multitud. Subieron para echarlo á la calle; se arrimó á una pared y se mantuvo firme, espada en mano, hasta que una ronda vino á librarle.

Su hermano, que había acudido, le riñe, le sermonea por su embriaguez.—«¡Eh! ¿de qué os quejáis? responde.—De todos los vicios de la familia, no me habéis dejado más que éste».

Esta clase de ingenio, lo llevaba Mirabeau-Tonneau á la tribuna. Pero la tribuna no quedaba muy satisfecha.

Lo que es divertido en una comida de amigos, lo que parece valeroso y caballeresco frente una muchedumbre excitada, llega á ser de mal gusto y de mal tono ante una asamblea apacible y grave. Mirabeau-Tonneau se creía divertido é incisivo, y no era, en realidad, más que vulgar y ridículo cuando refutaba en estas palabras el artículo de la Declaración de los derechos relativos á la libertad de los cultos.

«Si establecéis la libertad de las opiniones religiosas, la religión turca será la de los jóvenes; la religión judía, la de los usureros, la religión de Brahma, la de las mujeres.»

¿Qué se dirá de las escenas de provocación, de niñería y de pugilato á las cuales se dejó llevar Mirabeau-Tonneau, sostenido por el extremo derecho?

Las hojas realistas encontraban esas jocosidades encantadoras: la reina los alentaba y los papanatas que *las habían* aplaudido, gritaban que ya se había acabado la Revolución.

El abate Maury, más elocuente, no era de mejor conducta. Este defensor del antiguo régimen, nacido en Valréas, en el Comtat-Venaissin, pero nacido de una familia del Dauphiné, antes protestante y reducido á la más extrema miseria por las persecuciones y las expoliaciones del gran rey, tenía en él la savia plebeya y la inspiración populachera. Antes de la Revolución se había hecho notar por sus composiciones literarias de cierto valor y sermones de un género especial. Predicando un día de cuaresma ante el rey, habló largamente de hacienda, de administración, de la filosofía y de la política. «Es lástima, decía Luis XVI, saliendo de la Iglesia; si el abate Maury hubiese hablado un poco de religión, nos hubiera hablado de todo».

En la Asamblea nacional el abate tomó vigorosamente partido contra la Revolución y por el antiguo régimen. Es él que, á fin de prohibir la admisibilidad de los comediantes y de los judíos en los derechos de ciudadanos, los comparó y los asimiló al «ejecutor de la alta justicia».

No tenía mucho más respeto para sus colegas y les prodigaba los apóstrofes más groseros. Un día que uno de los miembros de la nobleza, el marqués de Gouy de Arsy, un momento extraviado en los bancos de la izquierda, manifestaba el deseo de volver á

sentarse á la derecha, y decía bastante humildemente al abate Maury: «Ya no nos queda más que echarnos entre vuestros brazos», respondió brutalmente el abate: «Queréis decir á nuestros pies».

El 22 de Enero de 1790, en una discusión borrascosa sobre las haciendas, el mismo Maury exclamó: «Y pregunto á los de esta asamblea á quien la naturaleza ha rehusado todo otro valor fuera de la vergüenza, lo que podrán contestar!» Se ve que el abate no se distinguía precisamente por la dulzura evangélica y que la unción no era del todo su cualidad maestra.

Algún tiempo después, el abate adoptó de los mozos de cordel de Aviñón, sus compatriotas, un medio oratorio de un género muy original. Hizo como si rompiera el mobiliario de la Asamblea para echar los fragmentos á la cabeza de sus colegas. Un testigo ocular, M. de Montlosier, ha contado con alegría este rasgo de la elocuencia de Maury: «Un miembro de la izquierda, dice, quiere colocarse al lado del abate y hablar en su lugar. El abate le coge por el hombro, le hace dar dos piruetas y le echa á rodar en la sala; un ujier acude para recogerlo. Otro orador se presenta, y tiene la misma suerte. Al fin, he aquí todo el lado izquierdo que se emociona y parece querer avanzar hacia el abate. Maury entra en furor, coge la tribuna como si quisiera lanzarla. Oí crujir la tribuna; estaba sujeta con dos fuertes espigas de hierro, sin eso hubiera caído á pedazos. El

presidente llama á los ujieres para librar la tribuna, los miembros se vuelven á sus asientos».

No había más que un medio de desconcertar á este abate tan violento y poner su furor en derrota: escuchar sin decir palabra. La asamblea hizo, en varias circunstancias, la feliz experiencia de este medio.

El 27 de Noviembre de 1790 en particular trató la cólera del abate Maury por el silencio y al abate le pareció muy mal. La escena fué de las más divertidas. Se discutía, ese día, la protestación de los obispos contra la constitución civil del clero. Maury, encargado de sostener la protestación, había preparado un discurso agresivo. Contaba mucho sobre el efecto de sus provocaciones. Desgraciadamente para él, la izquierda resignada á oír todo sin murmurar, guardó el más obstinado silencio. En vano procuró el abate hacerse interrumpir, se interrumpió él mismo, se lamentó que no querían escucharle, abandonando y volviendo á tomar el motivo principal de su discurso, se perdió en las digresiones más extrañas, interpeló personalmente á Mirabeau y le echó veinte veces el guante de la palabra. Al menor movimiento de impaciencia que se elevaba en la Asamblea: «Espere usted, señor abate, decía con una sangre fría desesperante Alexandre Lameth, que presidía; os he prometido la palabra, os la mantendré.» Se la mantuvo tan bien que el abate furioso, desconcertado, no sabiendo ya ni lo que decía, ni lo que hacía, exasperado

do y aturdido por el silencio de la Asamblea, dejó la tribuna hasta sin pensar en tomar conclusiones.

El abate no era siempre tan torpe; se conoce su réplica á Mirabeau que le decía: «¡Os voy á encerrar en un círculo vicioso!

—¡Pues qué!—exclamó el abate,—¿es que queréis abrazarme?»

Las colecciones de anécdotas han hecho populares algunas otras palabras del fogoso abate. Una noche en que viéndole pasar la muchedumbre, gritaron: *¡A la linterna!*—«Eh, señores—dijo Maury,—cuando me hayan puesto en la linterna, ¿verán ustedes mejor?»

Vale más citar de él esta muy literaria refutación de la doctrina muy antigua, que de nuestro tiempo, ha sido resumida en esta famosa frase: «la fuerza prima el derecho.» «Se ha hablado, dice el abate, contestando á uno de sus colegas, de una teoría que consiste en el uso bien empleado de la fuerza. Un hombre de este siglo lo ha puesto en práctica; tenía una gran ambición, quería apropiarse grandes riquezas: la confianza que inspiraba su destreza y su talento le hicieron numerosos partidarios; tenía por primer principio de no atacar nunca á más fuertes que él; por segundo que á igualdad de fuerza, era imprudente comprometerse, pero pensaba que se podría despojar y exterminar á todos los que eran más débiles que él: este hombre se llamaba Pierre Mandrín».

El abate Maury era uno de los raros improvisadores de la Constituyente. No estaba nunca más á gusto y

no se mostraba nunca más temible que cuando hacía de alguna manera irrupción en los debates de la Asamblea.

Sus amigos, que le conocían esta singular fuerza, gustaban echarle, de improviso, en la corriente de la discusión. Si llegaba retrasado á la Cámara, cuando los debates estaban empeñados en un asunto inesperado: «¡Eh! abate, venid, le gritaban sus colegas de la derecha, ¡ved ahí lo que quieren hacer pasar!» Él, levantando su sotana, subía los peldaños de la tribuna, se instalaba con actitudes de hermano Juan... y conseguía á veces éxitos reales.

Muy por encima de Mirabeau-Tonneau y del abate Maury, hay que poner el único hombre verdaderamente elocuente que ha poseído la derecha de la Constituyente, Cazalés, que madame Roland llama bastante extrañamente «el asombroso Cazalés».

Nacido en el Mediodía, en Toulouse, de una familia pobre y de pequeña nobleza, Cazalés era capitán del regimiento de dragones de los Deux-Ponts, cuando sobrevino la Revolución de 1789. Mandado á Versalles por el bailiaje de Rivière-Verdun, se hizo notar desde los primeros días, por su talento de palabra. Soñaba una monarquía intermediaria entre el sistema absoluto y el sistema parlamentario;—concepción rara que le atrajo las críticas del lado derecho y le impidió conseguir las simpatías del lado izquierdo.

Pero si Cazalés no es un pensador eminente, es un orador de raza, un improvisador fogoso y patético. Hace pensar en Vauvenargues. Si no tiene como

Mirabeau, los anchos golpes de ala, los acentos inspirados y proféticos, si no posee como el incomparable tribuno el genio terrible de la familiaridad, tiene en parte el don encantador de la sencillez, de la expresión justa y penetrante, de la frase enternecedora, elevada y poética.

Este hombre de talento, era un hombre de corazón. Se le estimaba tanto como se le admiraba. Hay que citar, para demostrar todo lo que había en esa naturaleza de espíritu caballeresco, la historia de su desafío con Barnave. Este relato, compuesto con arreglo á las notas de Alexandre de Lamethe, caracteriza bien las costumbres de esa época casi heroica. «Cazalés y Barnave, estaban en la Asamblea en completa oposición. En la sesión del 10 de Agosto 1790, Cazalés dirigió al lado izquierdo de la Asamblea, en el cual presidía Barnave, algunas palabras muy vivas, que este pudo tomar por él y á las cuales contestó con política, pero con firmeza. Al terminar la sesión, Cazalés se acercó á Barnave y le dijo: «En el fondo no hay nada; los dos hemos hecho nuestras pruebas; si queréis, no pasaremos de aquí.» La respuesta fué: «Me alegro de vuestro juicio, era el mío.» Sin embargo, el asunto no había terminado. Al día siguiente, muy de mañana, Cazalés, acompañado del duque de Saint-Simón, llegó á casa de Lameth, donde vivía Barnave.

«—Me contraría mucho — repuso Cazalés, — ¿pero cuando?, ¿dónde? y ¿qué armas escogéis? — Dentro

una hora, en el bosque de Bolonia, la pistola»—fué la respuesta de Barnave.

«Fueron sobre el terreno. Alexandre de Lameth asistía á Barnave; su hermano Théodor, había ido á buscar al célebre cirujano del Fouarre, y le había colocado, aislado, á poca distancia del combate.—Á vos que habéis sido provocado os toca tirar el primero—dijo Cazalés.—No ha habido ofensa de intención—contestó Barnave;—lo creo de vuestra parte, lo afirmo de la mía; echaremos pues, la suerte». Al mismo tiempo, Alexandre de Lameth, presenta su mano cerrada á Cazalés, diciendo: «*Pares ó nones*». Después de alguna resistencia, Cazalés pronunció «Impar», y viendo que se había equivocado, añadió: Sabéis que soy jugador, y habéis pensado que diría eso.

«A trece pasos, tiró Barnave, pero no hizo blanco; Cazalés tiró á su vez; su arma falló dos veces.—¡Dios mío! exclamó, os ruego me dispenséis.—Estoy aquí para esperar, dijo Barnave. A la tercera prueba salió el tiro, pero aún sin resultado.—Se debiera dar por terminado. Alejandro de Lameth lo deseaba vivamente; pero cuidadoso hasta el extremo de la reputación de su amigo, y viendo al duque de Saint-Simón, de más edad que él, guardar silencio, creyó deber imitarle.

»Se volvió á cargar las armas; las balas, según la costumbre de entonces, estaban rodeadas de cintas para fijarlas más exactamente. Cazalés lo hizo mala-

con inocente malignidad, diciendo:—Somos galantes con vos, caballero, es del tricolor.

»Durante esta triste operación, los dos adversarios se paseaban amigablemente. Cazalés dijo á Barnave: «Estaría inconsolable de mataros, más nos molestáis mucho: quisiera sólo poneros fuera de la tribuna por algún tiempo.—El temor que os ocupa, repuso Barnave, me atormenta respecto á vos desde esta mañana; pero soy más generoso que vos deseando apenas alcanzaros, pues sois el hombre omnipotente de vuestro partido, poco rico en oradores, mientras que en el mío apenas se darían cuenta de mi ausencia.

»El duque de Saint-Simón hizo seña de que se podía avanzar; la suerte fué consultada de nuevo; esta vez falló; Cazalés cayó herido en la frente. Su primer grito fué: ¡Y bien! Para eso estoy aquí.

»Un sombrero de la forma de aquel tiempo había felizmente impedido á la bala de penetrar mucho, pero el seno frontal estaba roto. Acudió Du Fouarre, examinó la herida y exclamó: «*¡No será nada!*» Cazalés repitió la exclamación; pero temiendo haber demostrado demasiado interés para él, añadió en seguida: «Es la bestia que habla.» Luego, viendo que M. Teodore de Lameth se había quedado retirado en el bosque, dijo á Alexandre: «¿Por qué no se acerca vuestro hermano?—Porque, contestó éste, no tenéis más que un testigo, Barnave no puede tener dos.—Es que, replicó vivamente Cazalés, ¿gente como nosotros tiene necesidad de testigos, como no

sea para recogerlos? ¿no lo son de un lado como del otro?

»El coche de Alexandre de Lameth, mayor que el suyo, le fué ofrecido; primero lo rehusó, luego dijo vivamente:

»Sí, lo acepto, es preciso que así sea.

»Su benévolo pensamiento fué comprendido y apreciado al momento.

»Desde esa época, conservando sus opiniones, Barnave y Cazalés, mantuvieron estrecha amistad.»

Ingenio, corazón, generosidad encantadora, inspiración y favor, todo se encuentra en este relato del desafío. Parece leerse una página de una novela de caballería.

El adversario de Cazalés, Barnave, era uno de los hombres más distinguidos de la Asamblea Constituyente. Hijo de un abogado de Grenoble, jurisconsulto apreciado y respetado, y de una madre que pertenecía á la nobleza del país, Barnave fué educado en la religión protestante. Muy joven, tuvo á la vista la austeridad del hogar doméstico y el espectáculo de las injusticias sociales.

Un día en que su madre le había llevado al teatro y, ocupaba con él, el único palco que había vacío, se vieron obligados, por la fuerza armada, á abandonar sus sitios bajo pretexto que el palco en que se hallaban, estaba destinado á uno de los familiares del duque del Tonnerre, gobernador del Dauphiné.

Esa humillación pública hecha á su madre, fué vivamente sentida por el joven Barnave: hizo jura-

mento de realzar «la casta á la cual pertenecía, del estado de inferioridad é injusticia al cual parecía condenada.

Hijo abnegado y de una exquisita sensibilidad, Barnave, se muestra humano, lleno de generosidad y de valentía. A los diez y seis años, se bate por su hermano menor, á quien habían insultado; fué herido cerca del corazón. Abogado á los diez y nueve años, se distingue y se hace notar por la elegante gravedad de su palabra, su argumentación metódica, su amor á las letras y su altanera independencia de espíritu. En 1788, casi á la edad de veintiséis años, toma sin vacilar partido por la insurrección del Dauphiné, le anima con sus escritos y con su palabra, y merece ser mandado á los Estados generales.

Diputado á los veintisiete años, se coloca, de golpe, al primer rango de los oradores por su maravillosa facilidad de improvisar y la elegancia de sus improvisaciones. Su talento principal era la dialéctica; intervenía voluntariamente al fin del debate y poseía el arte de ilustrarlo resumiéndolo. Muchas veces luchó contra Mirabeau, á quien gustaban oponerle, y sobrevino, más de una vez, que el combate no pareció muy desigual.

Mirabeau, demasiado grande para estar celoso, apreciaba á su adversario con cortesía y benevolencia: «Este árbol, joven, profetizaba, llegará á ser un palo de navío». Decía aún: «Su juventud no hace más que aumentar mi estimación por sus talentos.» Pero en medio de los cumplimientos sabía deslizar

la palabra de crítica, la restricción necesaria, la frase incidente que juzga y que pinta: «Nadie, decía, no habla tan de prisa y tan bien como Barnave, pero la divinidad está ausente».

En efecto, lo que faltaba al orador de Grenoble, era la llama viva y persistente. Madame Roland no le llamaba más que el «acompasado Barnave, el pequeño Barnave, de pequeña voz, pequeñas razones, frío como una calabaza frita en la nieve», para servirme de la expresión de una mujer del otro siglo. Madame Roland indica muy exactamente el defecto, pero lo subraya demasiado, y lo caracteriza en términos excesivos.

¿Qué diferencia hay entre este modo de apreciar y la chismografía denigrante?

Barnave, al principio de la Revolución, defendió con vigor el partido popular. Es él que, en ocasión de la muerte de Bertier y de Foulón, dijo la palabra tan célebre: «¿Es, pues, tan pura la sangre que corre?» ¡Frase desgraciada y que pesó sobre la vida entera del que la había pronunciado! Barnave sostuvo contra Mirabeau, la tesis de la subordinación del poder ejecutivo al poder legislativo. Quería que el derecho de declarar la guerra perteneciera no á los ministros del rey, sino á los diputados de la nación. Y como su temible antagonista insistía y ponía por delante la responsabilidad ministerial, Barnave replicaba:

«Es para salvar su responsabilidad, que los gobiernos hacen la guerra. Périclès emprendió la guerra

del Péloponèse cuando se vió en la imposibilidad de rendir sus cuentas. ¡He ahí la responsabilidad!»

Desde la huída del rey á Varennes, el ardor democrático de Barnave se aplacó. Probó de levantar á los ojos de la Asamblea nacional y del país, el ideal tan comprometido en adelante, de la monarquía constitucional. Habló elocuentemente en favor de la inviolabilidad real y contestó á los que insistían sobre las faltas del monarca. A los que se exaltan con tal furor contra el individuo que ha pecado, dice: «¿Estaríais pues á sus pies, si estuvieseis contentos de él?»

Para explicar el cambio de actitud de Barnave, se ha alegado que estaba enamorado de María Antonieta. Esta explicación romántica no se apoya en ninguna prueba. Michelet ha hablado más equitativamente, cuando dice: «Viendo durante la vuelta de Varennes á París, el dolor de una mujer, que tenía orden de acompañar, creyó Barnave que la Revolución iba demasiado lejos y quiso refrenar». Pero las revoluciones no obedecen á consideraciones sentimentales. Barnave vió la popularidad alejarse de él, se sintió cada vez menos apoyado por el partido moderado del cual había tomado los intereses.

Más tarde, en 1792, mientras estaba prisionero en Grenoble, trazó de ese partido un retrato poco lisonjero, pero muy parecido. «El partido moderado, escribe, que, sea por el número, sea por la composición, podría ser mirado como la nación misma, es casi nulo por la influencia; á la verdad, se echa, para hacer peso, en el lado que busca entorpecer el

movimiento, pero apenas se atreve á explicar públicamente su voto. Cuando los acontecimientos que más ha temido están consumados, se suscribe, abandona sus antiguos jefes y sus antiguos principios, y busca únicamente, en la nueva marcha, formar ala la retaguardia y retardar la marcha de la columna revolucionaria, á continuación de la cual se arrastra de mala gana».

Barnave y sus amigos Alexandre y Charles de Lameth, poco apoyados por los moderados, sospechosos al pueblo, cayeron rápidamente en el descrédito. Detenido en Grenoble, donde se había refugiado, encerrado como conspirador durante más de un año en las prisiones del Dauphiné, Barnave fué transferido á París en septiembre de 1793. Condenado á muerte, murió en el patíbulo el 22 de Octubre del mismo año. Tenía treinta y dos años.

Entre los miembros de la Constituyente, hay que citar aún á Malouet que respondió tan poco á lo que se esperaba de su gran reputación, se mostró disertante, frío y penoso, y no se distinguió más que en el género fastidioso; Petion, derecho y torpe, preocupado por parecer virtuoso, y no alcanzando en las circunstancias delicadas más que en mostrarse personal y suficiente; De Esprèmènil, hombre pequeño, atareado, agitado, infatuado, que se erguía y se alzaba sin cesar, pareciendo aun más minúsculo; los dos Lameth, seductores y caballerescos; Bailly, grave y suave; Chapelier, metódico y claro y Sieyes, espíritu más complicado que profundo y que tuvo el

arte de hacer pasar por genio el dogmatismo político; Duport, un sabio cuyo reloj se retrasó muy pronto y que continuó diciendo: ¡Reformas! cuando todo el mundo había ya dicho ¡Revolución! La Fayette, el «Gilles-César» de Mirabeau, á quien se decía agradablemente que no le faltaba más para ser orador que saber hablar; el abate Gregoire, que juntó, con una serenidad siempre igual, las exageraciones del estilo eclesiástico á las hipérboles del lenguaje revolucionario; Lally-Tolendal, el «más gordo de los hombres sensibles», curiosa mezcla de golosina insaciable é inagotable melancolía, gimiendo siempre, llorando siempre, declamando siempre y que atravesó la Revolución con un pañuelo en la mano; Rivarol, cuya charla endiablada no respetaba nada, ni siquiera sus amigos, queriendo pintar ese lloroso sempiterno, glotón y buen tipo, había imaginado un monólogo de Lally cenando, contando los horrores de la Revolución:—¡Sí, señores, he visto correr la sangre!—¿Queréis echarme un vaso de vino de Borgoña?—Sí, señores, ¡he visto caer esa cabeza!—¿Queréis pasarme esa ala de pollo? Nombremos también á Bergane, pretencioso é hinchado, que no encontró en la tribuna el éxito que había tenido luchando contra Beaumarchais; Mounier, honrado y limitado, que no se daba cuenta de que había habido una revolución y quería reconstruir el edificio herido por el rayo, con materiales pulverizados; Clermont-Tonnerre, «el más hermoso órgano de la Asamblea»; Rabaut-Saint-Etienne, que modificando en la tribuna la palabra admirable

de Vauvenargues: «La servidumbre rebaja al hombre hasta hacerse amar de él», decía tan justamente. «La servidumbre es un contagio que se propaga con rapidez»; Thouret, espíritu grande, vasto saber, que encontró contra los bienes de mano muerta y las propiedades eclesiásticas ese argumento que ha quedado irrefutado é irrefutable: «He sostenido que la nación tenía el derecho de decretar que la propiedad de los bienes del clero pertenecían al Estado, que era útil que constara ese decreto. ¿Qué se ha dicho contra ese derecho? Que la nación no tiene derecho de violar la propiedad: esto es imponente, pero esto no es más que un sofisma. Se ha pretendido que no me he pronunciado positivamente contra la propiedad del clero; me he explicado y me explico claramente; el cuerpo del clero no es propietario. He distinguido el cuerpo y los individuos; eso es lo que M. Maury llama metafísica; pero los cuerpos morales, que no tienen más que una existencia ideal, no pueden ser definidos por otras palabras que las que le son propias. Esos cuerpos no existen por ellos, sino por la ley, y la ley debe medir la extensión en la cual les dará la comunicación de los derechos del individuo. No son todos los cuerpos instrumentos fabricados por la ley para hacer el mayor bien posible. ¿Qué hace el obrero cuando su instrumento no le conviene ya? lo rompe ó lo modifica».

Buzot y Robespierre, figuran igualmente entre los oradores de la Constituyente. Se ha retenido esa palabra tan edificante y tan noble que dirigió Buzot

á sus colegas el 21 de Mayo de 1791: «Estáis en la aurora del patriotismo.» Robespierre no brilló en seguida con vivo esplendor en la tribuna de la Asamblea nacional. Parecía raquítico, torpe y provinciano. Su palabra, fría y pretenciosa, su aire afectado, su tono agrio impacientaron, no gustaron y fueron ridiculizados. Los bufones de los *Actos de los Apóstoles* y los escritores del *Amigo del rey*, se imaginaron que podían fácilmente hacerse dueños del «hombre de Arras» con algunos epigramas. Sátiras, chistes, retruécanos, coplas de zarzuela, cayeron sobre él como granizo. Se burlaron de su «traje verde», de su pronunciación chillona, de su estilo de académico de provincia, de sus pretensiones de hombre de Estado. El, sin dejarse abatir y sin desanimarse, irritado, sin embargo, por las burlas, y el amor propio ensangrentado, continuó creyendo en él mismo, á afirmarse en su ambición, á proclamar la excelencia de sus doctrinas. Tomaba éstas de un filósofo, cuyas obras leía sin cesar: el filósofo, ciudadano de Géneva. Iba, todos los días, con el *Contrato social* en el bolsillo, como un sacerdote con su breviario, á sentarse en los bancos de la Asamblea nacional. Ese sacerdote de Rousseau, después de haber hecho sonreír, se hizo fastidioso. Pero cuando se le vió siempre fiel á él mismo, inmutable en sus teorías, hacerse en la tribuna de la Constituyente el intérprete incansable de las aspiraciones populares, cuando se vió que á fuerza de trabajo y de obstinación, acabó por coger de su maestro Rousseau alguna cosa que se pa-

recía á estilo y que podía parecer elocuente, entonces las risas hicieron lugar á una extrañeza casi respetuosa. Conquistó poco á poco, en medio de sus colegas, una situación original y fuerte.

Fué el hombre de la lógica inflexible y del ideal democrático. «Testigo fiel de los principios, dice Michelet, y protestando siempre por ellos, se explicó raramente sobre la aplicación, no se aventuró mucho en el terreno escabroso de las vías y medios. Dijo lo *que debían* hacer, raramente, muy raramente, *como se podía* hacer». Fué el intransigente de la Constituyente.

Mirabeau, que le había adivinado, había puesto sobre él este juicio: «Este hombre irá lejos, cree todo lo que dice».

Mientras la fama de Robespierre se establecía lentamente en la Asamblea, hacía rápidos progresos en los departamentos y entre el pueblo de París. Madame Roland escribía desde Lyón para preguntar lo que pensaba y decía «el vigoroso Robespierre».

En cuanto llegó á París, acudió para oirle en los Jacobinos y comprobar, con alegría, que había conseguido un grandísimo éxito. «Robespierre subió á la tribuna, ha hablado con la energía propia de su carácter; se sentía que su corazón, oprimido por la molicie de la asamblea, venía á explayarse en una sociedad antes célebre y que las circunstancias recordarían quizá la pureza de su origen; fué cubierto de aplausos; eran bien merecidos.» La popularidad— una popularidad restringida pero profunda,—no tar-

dó en recompensar la tenacidad de Robespierre. Es lo que comprueba Barnave en ese curioso cuadro de los caprichos del favor público durante la duración de la Constituyente: «Necker es el primero que, en nuestro tiempo, en Francia, haya gozado lo que se llama popularidad. Se agregó después á La Fayette, cuando la creación de la guardia nacional. Pronto, después, Mirabeau la compartió con él; pero la de Mirabeau, como la de M. de Orleáns, fué siempre acompañada de mucha desconfianza. Charles Lameth y yo la hemos tenido después, un poco disminuída, sin embargo, por lo que La Fayette conservaba aún un gran número de partidarios. La perdimos en el asunto de las colonias; la recogió entonces Robespierre, pero tan menguada, que se puede decir que no ha recogido ni la cuarta parte de nuestros partidarios».

En fin, llegó un momento, el 16 de Mayo de 1791, donde en la misma Constituyente obtuvo un brillante triunfo. Fué cuando indujo á votar á sus colegas que no pudiesen ser inmediatamente reelegidos.

Singular y noble espectáculo, y que caracteriza á maravilla el incomparable desinterés de los hombres de la Constituyente: afirmó un diputado, levantando aplausos casi unánimes, que los legisladores no debían perpetuarse en sus funciones, que un mandato no era un oficio, y que el interés del país mandaba hacer lugar á recién llegados. «Hay un momento, exclamó Robespierre, en que el cansancio debilita necesariamente los resortes del alma y del pensamiento;

y cuando ha llegado ese momento, habría por lo menos imprudencia de encargarse aún dos años del peso de los destinos de una nación.

»Cuando la naturaleza misma nos ordena el descanso, para el interés público tanto como para el nuestro, la ambición ni el celo mismo tienen derecho de contradecirles. Atletas victoriosos, pero cansados, dejemos la carrera á sucesores frescos y vigorosos, que se apresurarán á andar sobre nuestras huellas, bajo los ojos de la nación atenta, y que nuestras solas miradas impedirán traicionar su gloria y la patria. Nosotros, fuera de la Asamblea legislativa, serviremos mejor á nuestro país que estando en su seno. Esparcidos en todas las partes de este imperio, alumbraremos á aquellos de nuestros ciudadanos que necesitan luz; propagaremos por todas partes el espíritu público, el amor de la paz, del orden, de las leyes y de la libertad».

El pensamiento es, aquí, generoso, elevado, y encuentra para manifestarse expresiones que no faltan ni de nobleza ni de grandeza.

Por la variedad, por el esplendor, por la potencia del talento y del saber, la Constituyente, de la cual Robespierre había pronunciado la oración fúnebre, es una de las mayores Asambleas que haya conocido la historia. No es menos notable en lo que respecta al valor, al desinterés y la probidad. En las filas apretadas del Estado Tercero, no hay un diputado que piense hacer su fortuna, conseguir un lugar para él, su hijo ó sus electores. Esos hombres, que podían

pretender á todo, ni quieren gobernar ellos mismos: se prohiben el ministerio, y acaban por renunciar á su elección.

A esta arrogancia moral añaden, como una gracia y una poesía, una juvenil confianza en los destinos de la Revolución.

Creen en la patria, en la verdad, en la omnipotencia de la idea; hacen burla y desprecian las amenazas de la fuerza y están siempre prontos á decir con un desdén alegre y una confianza sublime:

¿Si la razón es para nosotros, quién estará contra nosotros?

IV

LOS MIRABEAU

Las cuestiones que se relacionan á la doctrina de la herencia, han tomado en nuestros días, una importancia considerable. ¿Qué influencia particular ejerce sobre nosotros el centro, la raza, la familia? ¿En qué medida, al punto de vista de la organización mental, somos tributarios de nuestros ascendientes? ¿Es verdadera la teoría que afirma que hay en cada familia, un poder de genio esparcido y difuso, destinado á concentrarse en una individualidad, ponerla fuera de par, y darle el relieve y el prestigio? Esta tesis, defendida en nuestros días por eminentes fisiologistas y novelistas ilustres, ha sido aplicada, en 1851, por Sainte-Beuve al más célebre de los oradores de la Constituyente.

«Las correspondencias del padre y del tío de un gran tribuno, escribía el crítico de los *Lunes*, han revelado una raza aparte, caracteres de una originalidad grandiosa y alta de donde nuestro Mirabeau no ha tenido más que bajar después para precipitarse como lo ha hecho y distribuirse á todos, de tal ma-

nera, que se puede decir que no ha sido más que el hijo perdido, el hijo pródigo y sublime de su raza.»

Es de esa raza que nos habla los dos tomos sobre los *Mirabeau* que han sido publicados por la librería Dentu. Las dos terceras partes de esos dos tomos habían sido publicados en el *Correspondant* de 1870 á 1874. Anteriormente, M. de Loménie, había hecho, en el colegio de Francia, un curso sobre los Mirabeau, que había durado varios años.

Algún tiempo antes de su muerte, nuestro historiador había visto transformar completas, las notas de su curso y los artículos del *Correspondant*. Se había servido para todos esos trabajos, de los documentos que le eran suministrados, diferentes veces, por el hijo adoptivo de Mirabeau, M. Lucas-Montigny. El trabajo de M. Loménie se presenta, pues, á nosotros, como un resumen de *Memorias* á menudo inéditas de piezas y de correspondencias mal conocidas é incompletamente publicadas. Ese es su precioso é incomparable mérito. En cuanto á sus defectos, son de los más visibles: M. de Loménie no supo defenderse ni del partido tomado ni del tono del partido tomado. Se preocupa demasiado de rehabilitar al padre del gran tribuno, de pleitear su causa, de hacerle valer. De ahí digresiones que alargan y entorpecen esos dos tomos, de ahí también á veces un estilo declamatorio y amenazador, como cuando, por ejemplo, nuestro autor escribe á propósito de la boda del *Amigo de los hombres* y de mademoiselle de Vassan: «Si yo tuviera el gusto de cier-

su barniz romántico, del cual tantos escritores de nuestros días gustan impregnar sus trabajos, afectando, sin embargo, grandes pretensiones á la importancia histórica ó filosófica, lo que les permite conciliar el amor más ó menos sincero de la verdad y de la ciencia con la pretensión muy viva de gran despacho de la mercancía, yo encontraría aquí una hermosa ocasión de escribir una novela muy coloreada, que tendría las apariencias de la historia.» ¡Qué pretenciosa pesadez! Esas faltas de estilo y de gusto no deben, sin embargo, hacernos desdeñosos respecto de un libro que, en resumen, es la colección más interesante que existe, para quien quiera, siguiendo la expresión de M. de Loménie mismo, «analizar y explicar, tanto como sea posible, al hombre inexplicable que se llama Mirabeau».

¿Son los Mirabeau de origen italiano? ¿Pertenecen á la gran nobleza? Se han complacido en ciertas publicaciones, á encontrar en el ilustre agitador de 1789, la sangre de esos poetas facciosos de la edad media, inmortalizados por el Dante, la sangre de algún compañero de Farinata Segli Uberti. Esta hipótesis, seductora para la imaginación, no se apoya desgraciadamente, en ninguna prueba. Sale de los documentos producidos por M. de Loménie que los Riquet, Riquety ó Riqueti (pues se les da esos tres nombres que no son más que el diminutivo de Enrique), son originarios de Digne.

Su notoriedad no empieza más que en el siglo diez y seis, y esta notoriedad es una notoriedad comer-

cial. Nostradamus, habla, en efecto, de un señor Mirabeau de la familia de los Riquet, y le llama «uno de los más ricos traficantes de Marsella.» El padre de ese traficante había sido maestro de escuela en Digne. Se había casado en Marsella con la hija de un sastre.

Habiendo enriquecido, no tardaron los Riquet en tener pretensiones de alta nobleza. Se hacen fabricar mediante dinero, por genealogistas oficiosos, orígenes ilustres. Uno de esos fabricantes de antepasados proclama (1661), que los Riquet «descienden de Pierre Ariquet (sic), que la ambición del partido gibelino le obligó á desertar de su patria.» Desde entonces, los antepasados de Mirabeau, no pasan el más pequeño contrato sin intitularse *muy alto y muy poderoso señor*, *señores*, etc. La verdad es que no fué más que desde 1685 que los Riquet cambiaron el modesto título de escudero por el de marqués.

Pero si eran plebeyos por el nacimiento, los Mirabeau eran por los sentimientos, por las ideas, por la manera de ser, de tradición feudal y guerrera. Tenían el semblante arrogante, el propósito altanero, la bravura á toda prueba. Es á un tío segundo que hay que atribuir un rasgo muy conocido de independencia y de franqueza militar. Ese tío segundo, Bruno de Riqueti, capitán en los guardias franceses, volvía de la ceremonia cortesanesca, organizada por el duque de la Feullade, en la plaza de las Victorias, alrededor de la estatua de Luis XIV, pasando con su compañía delante del Pont-Neuf, dijo á sus sol-

dados enseñándoles la estatua de Enrique IV: «¡Amigos míos, saludemos éste! ¡vale tanto como otro!»

Ese espíritu vivo, ese don de réplica se vuelven á encontrar unidos al más heroico valor, en el abuelo de Mirabeau, el marqués Juan Antonio. Se citan de él veinte rasgos de independencia, de autoridad, de imaginación y audacia. En 1705, encargado de arrestar á los imperiales al pasar un puente, y, siguiendo su costumbre, teniendo sus soldados en el suelo boca abajo, mientras él solo permanecía de pie, ofreciendo al enemigo su cuerpo colosal, recibe primero un tiro que le rompe el brazo derecho. Se hace un cabestrillo con su pañuelo, coge un hacha con la mano derecha y rechaza un primer ataque. Un segundo tiro le atraviesa la garganta, le corta la yugular y los nervios del cuello, y cae sobre el puente, su regimiento se desanima, huye; Juan-Antonio queda abandonado en el campo de batalla. Como llevaba aquel día según su costumbre en los días de combate, un traje muy bueno, eso le hizo notar entre los muertos. Uno de los suyos, prisionero, le reconoció; daba alguna señal de vida. El príncipe Eugenio le hizo llevar al campo del duque de Vendôme. El célebre cirujano intentó salvarle, por más que su cuerpo era una llaga, y que tenía la cabeza casi separada de los hombros. Tuvo éxito. Hablando de ese horrible día, Juan-Antonio, tenía costumbre de decir: «Es el asunto en donde fuí muerto».

Tres años después, se vió á Juan-Antonio, á la edad de cuarenta y dos años, acribillado de heridas,

el brazo derecho roto y envuelto en un cabestrillo negro, la cabeza sostenida por un collar de plata tapado debajo de su corbata, casarse con una joven y hermosa señorita, mademoiselle de Castellane Norantes, que dichosa y orgullosa, prefería un guerrero imponente y mutilado á un joven chisgarabís intacto.

He ahí, ciertamente, una familia heroica y de antepasados verdaderamente nobles. El indomable marqués era también un hablador lleno de vivacidad y de fuego. Durante su vejez, retirado en Aix, recibía, por la noche, cierto número de personas escogidas. Sus noches, dice el marqués de Mirabeau, su hijo, eran un verdadero liceo de honor, de elocuencia y de dignidad. El tono más noble y más serio dominaba en él, pero tenía igualmente en parte todas las gracias de la dicción. Mademoiselle de Castellane, su mujer, que, al testimonio del barón de Gleichen, conservó, hasta la edad de ochenta y dos años, «una penetración, un acierto, una fuerza de espíritu extrañas», acabó, sin embargo, por caer en la devoción más exagerada y en la locura. Notemos, de paso, que ese caso de locura no es único en la familia de los Mirabeau. Uno de los tres hijos de Juan-Antonio, el conde Luis-Antonio, que vivió mucho tiempo en Alemania y fué empleado por el rey de Prusia, durante la guerra de los Siete Años, en las negociaciones secretas con el gabinete de Versalles, murió de un acceso de furor después de haber cumplido, durante su vida, actos de demencia.

Tenía por hermano al marqués Víctor, el futuro

amigo de los hombres, el padre del gran tribuno, y el caballero de Malta ó el bailío. Este último es la figura amable y simpática de la familia. Es incontestablemente el más bello producto moral que haya salido de la raza impetuosa, desenfrenada y rabiosa de los Mirabeau. Corazón ardiente y generoso, espíritu derecho y lleno de elevación, es el mejor de los hermanos, el amigo más seguro, el administrador más celoso y el jefe más humano. Gobernador de la Guadalupe á los treinta y seis años, se aplica á no dejar reinar á su alrededor más que la justicia y la beneficencia. Las cartas que escribe á su hermano sobre la esclavitud y sobre los negros de nuestras colonias, harían honor á un hombre de Estado y á un escritor. «El esclavo, escribe en 1755, por más que sea esclavo, debe ser considerado como un hombre, y creo deber considerarlo también como un hermano.» El honrado bailío tenía—eso es del carácter de los Mirabeau—la inteligencia prodigiosamente activa y capaz de abarcar los asuntos más diversos. Se conserva de él tres tomos en 4.° de memorias sobre la marina, el comercio, los asuntos militares, la defensa de las costas francesas, América, etc. Una vez, en 1757, fué cuestión de llamarle al ministerio de Marina. Ese proyecto fracasó. Algunos años más tarde, el bailío recibió el mando de las galeras de Malta. Se distinguió en ese nuevo servicio por su capacidad, su probidad y su bravura. Herido por dos veces, enfermo, hastiado de la ambición, obtuvo, en 1767, volver á Francia y fué á vivir en la intimidad de su herma-

no mayor, el marqués de Mirabeau, á quien amaba tiernamente y admiraba mucho; á quien decía en su pintoresco lenguaje: «*Yo no soy más que la camisa, tú eres la piel*».

La admiración del bailío por su hermano mayor parece de las más legítimas cuando se miran las tentativas intelectuales del padre del orador. El marqués de Mirabeau fué, efectivamente, uno de los más activos movedores de ideas del siglo XVIII. Desde 1750, publica, pero sin decir su nombre, un *Tratado sobre la utilidad de los Estados provinciales* que M. de Lavergne considera como el más esencial de sus escritos económicos y políticos. Es en ese tratado que el marqués, precediendo á Turgot y Necker, pleitea la causa de la igualdad de los cargos, del gobierno municipal, y afirma la necesidad de crear en las provincias la vida política. «Yo creo, dice, que nunca se acostumbrarían bastante los principales de una provincia á ser ciudadanos, á no desdeñar los menores detalles que pueden servir á la utilidad de su patria, á instruirse en las leyes civiles y municipales, aprender á tratar con los hombres, á atraerlos á su parecer, á saber ceder cuando es preciso, en fin, á saber hacerse cargo de los asuntos».

En otro de sus trabajos, titulado *El amigo de los hombres* (libro cuyo éxito fué enorme), el marqués de Mirabeau amontona, sin elección ni regla, las paradojas más estériles y las verdades más atrevidas, critica los empréstitos públicos, proclama que el comercio debe ser libre de todo estorbo al interior y al

exterior, se alza, con la misma vivacidad, contra la guerra á cañonazos y contra la guerra á golpe de tarifas. «El proyecto de fraternidad, dice, entre los pueblos comerciantes, lejos de ser imaginario, es el único que puede poner la avaricia en su sitio y asegurar á la humanidad el fausto de sus trabajos y de los conocimientos modernos.» Afirma igualmente que «la Europa no sabría estar tranquila si no se trabaja á *fraternizarnos* en el nuevo mundo tanto como en el antiguo...» Seis años antes de la publicación del *Emile* de Rousseau, predica á todas las madres el deber de amamantar sus hijos. También habla, y no sin agrado y sin fuerzas de la necesidad política de aprender á leer y á escribir los campesinos y el pueblo bajo.

Se mostró más innovador y más temerario aun en el libro sobre el impuesto que publicó en 1760, y que le valió estar arrestado, puesto en la cárcel y desterrado en una de sus tierras: al Bignon. En este libro: *Teoría del Impuesto*, el marqués, hecho repentinamente discípulo de Quesnay, adelanta esas tesis atrevidas: «El soberano no tiene el derecho de imponerse á sus sujetos sin su concurso y su consentimiento.—El impuesto más natural, el más justo, el más ventajoso, sería el que llevara exclusivamente sobre el producto limpio del suelo, es decir, sobre la renta raíz, todo gasto de cultura deducida.—Hay urgencia de abolir todo sistema de arrendamiento adoptado para la percepción de la mitad de los impuestos.» En todos los libros del marqués, se encuen-

tra esta curiosidad de espíritu, ese ardor inquieto que hacen los reformadores y los utopistas. Ideas, proyectos, planes, el marqués traduce todo en su lenguaje exuberante donde la charla se mezcla con la elocuencia. Su estilo incorrecto y difuso, tiene encuentros de expresión que hacen pensar á Montluc, á D'Aubigné ó á Saint-Simón. La exclamación, la prosopopeya, el apóstrofe le son familiar. La frase del marqués tiene el acento oratorio. Se ve ya (para volver á la expresión de Sainte-Beuve), que el gran Mirabeau no tuvo necesidad de añadir mucho á lo que le han legado sus antepasados para ser lo que ha sido. Ha encontrado en su familia, en los que le eran más próximos, la preocupación no solamente de las ideas políticas, sino de las reformas políticas. Ha recibido de sus ascendientes un modo de decir y de escribir, cortado, violento, pero original, fuerte, atrevido y que podía elevarse fácilmente hasta el esplendor y á lo grandioso. También, á pesar de las oposiciones de las cuales vamos á decir una palabra, á pesar de las intermitencias de odio salvaje, el marqués de Mirabeau y su ilustre hijo (tan estrecha era su parentela intelectual), acabaron por reconciliarse, amarse y admirarse. Cuando el tribuno de 1789 hizo su aparición, el viejo marqués, leyendo la relación de los triunfos de su hijo, exclamó: «¡Esto es gloria, verdadera gloria!» Y hacia el mismo tiempo (22 de Enero de 1789), escribió á su hermano el bailío: De mucho tiempo, no habrán visto tal cabeza en Provenza. El calús que no hacía más que bronce sonando

con fogosidad está roto. He comprobado por mí mismo, en algunas conversaciones y comunicaciones. He percibido genio verdaderamente». Mirabeau, por su parte, pidió, á la hora de la muerte, estar enterrado en Argenteuil entre su abuelo y su padre...

Y sin embargo, el padre y el hijo habían estado, en ciertos momentos, separados por torrentes de injurias y de barro. Habían cambiado las acusaciones más infames y empleado el uno contra el otro los procederes más odiosos. Tocamos aquí á uno de los lados más tristes de esta familia de los Mirabeau.

El padre del tribuno, que traía en los asuntos privados su espíritu orgulloso, quimérico y turbulento, que, creyéndose infalible, se lanzaba aturdidamente en las más fastidiosas aventuras, cometió, en particular, la falta de casarse á la ligera. Se casó con mademoiselle de Vassan, que creía rica y que no lo era, pero que en cambio, era desordenada, brutal, impúdica. El bailío decía de ella: «Es la mujer que reune al más alto punto todos los vicios y todos los defectos de los dos sexos.» El marqués la pintaba bajo los rasgos de una furia espantosa y comparaba los años que había pasado á su lado «á años de cólicos nefríticos».

Lo que debía ser semejante matrimonio se puede adivinar. Los hijos del marqués (tuvo once), vivieron en un infierno de disputas, de chismes, de violencias y de inmoralidad. *El amigo de los hombres* no fué ciertamente el modelo de los esposos; su mujer cayó en la peor de las degradaciones. Hasta

llegó un día en un acceso de embriaguez física, á dar á un oficial de los guardias franceses el más extraño certificado. Habiendo llegado á ser imposible la cohabitación entre los dos esposos, tuvo lugar una separación; fué acompañada de interminables y escandalosos procesos que M. de Loménie cuenta muy largamente. El futuro tribuno tomó el partido ora por su madre ora por su padre. Probó una vez ser neutro y hablar de conciliación. Eso no le resultó. «Mi madre, escribe Mirabeau el 18 de Noviembre de 1779, ha descargado sobre mí una pistola, furiosa de una palabra de conciliación que le decía hace ocho años». Cinco años después, esa misma madre, descontenta de su hijo, le hacía provocar en desafío por M. de Saint-O... y buscaba «hacerle cortar el cuello».

El marqués empleó otros medios para vengarse de su hijo cuyas deudas, los escándalos, los libelos, los malos propósitos, le habían ofendido; pero esos medios no son, tampoco, ni paternales ni humanos. Le hizo encerrar por mandato de prisión en el castillo de If, en el fuerte de Re, en el castillo de Joux, en el castillo de Dijón, en el castillo de Vicennes. En vano probaron apaciguar su cólera y calmar su furor. Contestaba que era para él un deber de conciencia impedir á su hijo «de ir sembrando crímenes como paja». Y añadía: «Lo peor, para tal hombre, sería volverse hombre honrado; se ahorcaría él mismo de vergüenza».

M. de Loménie ha pensado que de la publicación

de los documentos que ofrecía al público, resultaría una apreciación más equitativa para el padre de Mirabeau que la que había tenido curso hasta aquí. Dudo que ese resultado haya alcanzado, pero ¿qué importa? Las piezas publicadas ó analizadas por M. de Loménie tienen una importancia de las más considerables para la crítica y para la historia: permiten establecer que si, en el punto de vista intelectual, Mirabeau debe mucho á su familia, en el punto moral, le debe, ¡ay! demasiado.

V

LOS MANUSCRITOS DE MIRABEAU

No poseemos aún una edición completa de las obras de Mirabeau. No se ha reimprimido más que sus discursos, las cartas á Sofía y el *Ensayo sobre el despotismo*. No es ni la décima parte de los escritos del ilustre orador. Dotado de una memoria prodigiosa y de una imaginación brillante, encerrado mucho tiempo en las prisiones del Estado, atormentado por una curiosidad que interesaba á todo y á todos, Mirabeau había fecundado sus talentos naturales por un estudio asiduo. La literatura y especialmente el arte oratorio, la historia, la política, las bellas artes, las ciencias habían sido el objeto de sus trabajos.

Había traducido del inglés la *Historia de Inglaterra* de Mr. Macaulay, y la *Teoría de la dignidad real*, de Milton; había traducido del latín las *Elegías de Tibulle* y las había comentado mucho tiempo. Se tiene de él un tomo de Cagliostro y Lavater, un estudio detallado sobre la *Reforma de los judíos* y sobre *Moisés Mendelsohn;* un plano de organización de la francmasonería, libelos sobre la *Usura*, la

Caja de descuento, el *Banco de Saint-Charles*, la *Administración de Necker*, su compilación en siete tomos, titulados: *De la monarquía prusiana*, su *Historia secreta de la Corte de Berlín*, sus *Consejos á un joven príncipe que quiere rehacer su educación*, son bien conocidos y han sido citados muchas veces. Lo que está más ignorado, lo que es casi desconocido, son los opúsculos, notas, fragmentos, pensamientos, tratados diversos, que ha dejado en estado de manuscritos, y que fué, bajo la Restauración, propiedad de su hijo adoptivo, M. Lucas Montigny. Nunca fueron impresos. Recorriendo esas colecciones tan variadas y tan notables, se siente uno apoderado de una nueva admiración para el incansable trabajador Mirabeau.

Se le mira entonces como una especie de benedictino de la política que se ha preparado por una labor inmensa al gran papel que debía representar, y se dice uno que la improvisación oratoria no es solamente una facultad espontánea é impetuosa, sino que es sobre todo—para adaptar á la economía política una de sus expresiones más felices,—consecuencia del trabajo acumulado.

Mirabeau, pobre, perseguido, proscrito, obligado á trabajar para vivir y para mantener su querida, la marquesa de Monnier, se puso, varias veces, á sueldo de los libreros. Le pidieron escritos licenciosos y novelas cínicas: él les dió la *Erótica Biblión*, y fué acusado de haber escrito el *Libertino de cualidad*; en 1777, publicó un in octavo de 95 páginas sobre

la música instrumental. Un día preocupado de la instrucción de la hija de madame Monnier, escribió, á su intención, un *Compendio de la gramática francesa* que ha quedado inédito. He aquí la carta por la cual anuncia su pequeña obra á la marquesa:

«Mi querida Sofía, te acordarás que tu madre me escribió una vez para rogarme te enseñara la ortografía. No sé como he descuidado tan grave recomendación, cuando aparentemente teníamos alguna cosa de más prisa que estudiar. ¡Ay! nos es forzoso hoy suspender nuestros estudios de entonces; volvamos pues á la ortografía (para complacer á tu honrada madre); pero no conozco más que un medio de escribir correctamente, es el de poseer el idioma por principio.

»He emprendido darte en veinticinco páginas todas las reglas esenciales del idioma francés, de explicarte todas las dificultades, de enunciarte las excepciones principales de una manera tan correcta como concisa, y creo haber acertado. Una pequeña memoria del abate Valart, hábil gramático, me ha dado la idea y me ha servido. Pero no se encuentra en su compendio ni los principios de la declinación de los participios (es uno de los artículos capitales y de los más embarazosos de nuestra gramática), ni la conjugación entera de los verbos irregulares, ni la sintaxis de sus regímenes, ni ninguna observación detallada sobre la *pronunciación*, la ortografía, la puntuación, la *cantidad* ni las excepciones á las re-

gias generales. Mi tratado, que no tiene cuatro páginas de más, contiene todo eso. Espero que lo encontrarás muy claro, y hasta al alcance de las personas menos ilustradas; pero piensa que no me sé hacer oir más que á los espíritus atentos.

»Esa memoria es más que suficiente para ponerte en estado de enseñar tú misma el francés á tu hija. Las gramáticas no dan el estilo, pero si Gabrielle Sophie tiene tu alma, encontrará fácilmente un Gabriel. Se amarán como nos amamos, y te respondo escribirá bien. Es para ella que he hecho esa pequeña obra que me ha costado tiempo y trabajo; es para ella, digo, pues para tí no me consolaría nunca si fueras á consultar la gramática sobre una frase que me destinaras ó me dirigieras. ¡Ah! lo que sabe decir tu corazón, el arte y el espíritu no lo encontrarían nunca.

»Gabriel»

No se hacía Mirabeau maestro de escuela únicamente para el interés de su hija; se transformaba también en médico y dirigía á su querida Sofía un tratado en favor de la *inoculación*. «Te mando, mi tierna amiga, una memoria bastante completa sobre la inoculación. He procurado no omitir nada esencial de lo que concierne á esta operación saludable. Estoy seguro que te fías de mí sobre la exactitud de las averiguaciones en un asunto que interesa para siempre tu tranquilidad y la vida de mi hija. Sin embargo, te voy á indicar los textos que he tomado...»

Y Mirabeau enumera las numerosas obras que ha leído sobre la inoculación. «Ya ves, añade, que este pequeño tratado no está hecho ligeramente. Pero no hay más que una autoridad irrecusable, es la verdad; no hay más que una prueba sin réplica sobre las cuestiones de hecho, es una larga experiencia. Encontrarás aquí resultados sin número y auténticos, juzgados sin precipitación, sin prevención, favorable ó desfavorable; pues mi opinión es siempre demasiado seductora para mi tierna amiga; y quiero, en un caso tan importante, la convicción de tu espíritu, como el asentimiento de tu corazón. He procurado no omitir una sola dificultad real, y dar á cada una, una respuesta satisfactoria al último grado. Si te queda la menor duda, escribe; creo estar seguro de disiparla.» ¡Qué noble y conmovedora ternura en esas líneas! Después de haber trabajado así para su hija, y para la mujer que amaba, Mirabeau, que tuvo pronto el presentimiento de su glorioso destino, se consagró á los estudios más arduos de la política. Leía siempre con la pluma en la mano, consignaba en cuadernos ó cuartillas sea sus reflexiones, sea extractos ó copias de los pasajes que le habían chocado y de los cuales quería guardar el recuerdo. Nombraba á sus notas *piedras de espera*. Los manuscritos que poseía M. Lucas Montigny, no encerraban menos de seis mil páginas, escritas, anotadas ó corregidas de mano de Mirabeau. Eran apreciaciones, indicaciones, teorías ó comentarios sobre el estado militar de las principales potencias de la Europa, sobre el comercio y

la economía política, las haciendas y los préstamos, la agricultura y la industria, las ganancias y los gastos, la religión y la instrucción pública. Pero ¿qué es lo que escapaba á las preocupaciones de Mirabeau? Se encuentra en sus manuscritos ensayos sobre la literatura de los antiguos y de los modernos, consideraciones sobre la química, diálogos entre él y el marqués de Monnier, fragmentos sobre la geometría y capítulos sobre el arte de mejorar los jardines públicos.

Esta poderosa variedad de conocimientos permitió á Mirabeau, cuando vino la Revolución apoderarse de la dirección de los espíritus. Los subyugaba por su elocuencia, y los retenía cerca de él por la extensión de su saber y la generosidad de sus procederes. Los que han vivido á su lado, Chamfort, Volney, Camille Desmoulins, el pastor Marrón, Clavière, han hablado en sus cartas, con igual admiración, del orador, del hombre de Estado, del hombre de saber que estaba en Mirabeau.

Se ha repetido demasiado en estos últimos tiempos que el ilustre tribuno de la Constituyente debía lo mejor de su gloria literaria á sus numerosos secretarios, al genovés Dumont, á Pellenc, á Duroveray, á Comp, ó bien á colaboradores como Lamourette, Clavière y Reybaz. Esta acusación ya se había producido en 1790, en los libelos y las diatribas realistas. El célebre autor había sido denunciado como un émulo de ese abate Roquette que un epigrama ha hecho famoso:

Se dice que el abate Roquette
Predica los sermones ajenos;
Yo que sé que los compra,
Sostengo que son suyos.

Rivarol había sido uno de los más activos buhoneros de esta acusación.

«La cabeza de Mirabeau, decía un día al poeta Chênedollé el espiritual y denigrante realista de Bagnols, no era más que una gruesa esponja siempre hinchada de las ideas ajenas. No ha tenido alguna reputación más que porque ha escrito siempre sobre materias palpitantes del interés del momento.

»Sus folletos son brulotes cobardes en medio de una flota: le ponen fuego, pero se consumen. Después de todo es un bárbaro espantoso en materia de estilo; es el Atila de la elocuencia, y si hay, en sus gruesos libros, algunas frases bien hechas, son de Chamfort, de Cerutti ó míos.» Hay bastante ligereza y jactancia en estos malos propósitos de Rivarol. El discurso *á la nación provincial* no es de un Atila y el *Ensayo sobre el despotismo*, en donde se encuentran soberbias páginas, no debe nada á nadie—ni siquiera á Rivarol.—Sainte-Beuve ha notado con justicia que se habían mostrado demasiado severos para el estilo de Mirabeau. Ciertamente está lejos de ser irreprochable y en sus libros y en sus cartas Mirabeau parece estar demasiado en la tribuna.

«Todo eso está hecho para ser dicho de pie, la frente alta, el gesto animado, la fisonomía expresiva. En Mirabeau escritor, veo á cada momento al orador

medio inclinado, hacia adelante y encima de la frase.» Pero esta frase misma tiene esplendor, grandeza, y, á veces, poesía. Es bien de un escritor de talento, esta imagen donde Mirabeau evoca los dolores de su juventud: «Los sufrimientos de mi alma se han extendido hasta mi cuerpo. Mis primeros años, como años muy pródigos, habían ya, en alguna manera, desheredado los siguientes, y disipado una parte de mis *fuerzas*». ¿Y no hay un verdadero soplo poético en esta frase sobre su padre: «Ha emperado por *querer avasallarme*, y no pudiendo lograrlo, ha preferido *romperme* que dejarme crecer cerca de él, por temor que yo levantase mi cabeza, mientras él bajaba la *suya*»?

Sin duda aceptó Mirabeau muchas veces importantes comunicaciones. Gustaba rodearse de consejeros y de colaboradores y los escogía voluntariamente en los suizos y en los protestantes. ¿Quién no conoce, en medio de éstos, al financiero Clavière, el publicista Dumont, los pastores Reybaz y Marrón? Reybaz le mandó numerosas y abundantes notas é indicaciones para sus discursos, y á veces hasta discursos enteramente redactados que Mirabeau leyó en la tribuna sin hacerles ningún cambio. Los discursos sobre el matrimonio de los sacerdotes, sobre los asignados, sobre la igualdad de las sucesiones son enteramente de Reybaz. Es á Reybaz que pedía Mirabeau un discurso sobre la educación y un método de enseñanza nacional en estos términos digno de ser retenido: «¿Qué os diré que no sepáis mejor que yo sobre la

importancia de semejante trabajo, complemento de todos nuestros demás trabajos, áncora de la Revolución, si puedo hablar así, y, después de la libertad de la prensa, el único *palladium* de la libertad pública?»

La colaboración del pastor Marrón en la obra de Mirabeau, es menos conocida. Ahí está una carta inédita, que me es complacientemente comunicada por el sabio historiador de la Revolución francesa en el Gard, M. François Rouvière, y que muestra con alguna brusquedad amable, sobre qué tono de tiranía bonachona el gran orador escribía á los amigos de los cuales había hecho sus auxiliares:

«Señor Marrón, calle Saint-Roch, 3.—Querido mío, ¿cómo diablos queréis que la imprenta se pase de la segunda hoja del texto que me guardáis?

»Os ruego que me la volváis á mandar, y nada de *optimista* esta noche, pues tendréis dos nuevas hojas.

»Vale y me ama.

»No me indicáis el sitio para Rappin Thoiras; en cuanto á lo demás, eso es demasiado conocido, y lo he traído ya en otro viaje».

Esos empréstitos, altamente declarados y conocidos de todos, no ocupaban más que un muy pequeño lugar en el conjunto de la obra de Mirabeau. Para convencerse de ello basta recorrer sus manuscritos y mirar lo que se ha podido reunir hasta ahora de su voluminosa correspondencia.

Tengo ante los ojos cartas donde el gran orador, á quien todo el mundo dirigía planes de reforma,

proyectos de administración, ideas de discursos, se queja de estar sobrecargado, agobiado por los importunos, y reconoce, sin embargo, que hay, á veces, en el fárrago de los envíos diarios, cosas excelentes de las cuales no vacila en apoderarse. Mirabeau hacía así lo que hacen los hombres de Estado colocados en una situación excepcional. Las acusaciones de préstamo no disminuyen más su gloria que han disminuído la gloria de Molière. Era el parecer de Goethe, en sus conversaciones con Eckermann:

«En fin, le decía; Mirabeau, el asombroso Mirabeau se vuelve un personaje del todo natural, sin que este hombre prodigioso pierda la menor parte de su grandeza. Los que dicen lo contrario, olvidan que el Hércules mismo de los antiguos es un ser colectivo, una personificación de actos que son de él y de otros».

Entre los manuscritos de Mirabeau figuran las cartas que ha escrito y que están esparcidas un poco por todas partes. Para conocerlas hay que recorrer las bibliotecas públicas, las colecciones particulares de autógrafos. Señalo algunas muy interesantes en Clermont-Ferrand y en La Haye, en la rica colección del príncipe de Orange. ¿Por qué no se procura juntar esos documentos y publicarlos? ¿Por qué no se hace para los constituyentes y los convencionales ilustres, para los fundadores de la libertad política, para los creadores de la Francia moderna, lo que se ha hecho para Napoleón I?

Algunas cartas del tribuno de la Revolución son de un interés conmovedor. Cuentan, con una elo-

cuencia tan pronto arrebatada y tan pronto amarga, sus tribulaciones, sus angustias, sus resoluciones desesperadas. En 1785, escribía á uno de sus amigos: «Amigo mío, estoy perdido: no tengo más recurso que la muerte».

En 1786, el 26 de Enero, comunica al rey de Prusia que muy mal recompensado de los verdaderos y grandes servicios que ha rendido, en Francia, en el departamento de los erarios, comprometido en su seguridad y casi en su reputación por el ministerio, porque quiso ocuparse del último empréstito, se cree obligado á buscar, hasta la muerte de su padre, el empleo de su actividad en el extranjero. Rusia le atrae: quisiera trabajar en civilizar esa comarca salvaje.

Ya en ocasión de la guerra de América, había pensado marchar para el Nuevo Mundo en calidad de soldado. La profesión de las armas le había seducido desde muy joven. «Educado, ha escrito, en el prejuicio del servicio, ardiente de ambición, ávido de gloria, robusto, audaz, ardiente, y sin embargo, muy flemático, como lo he experimentado en todos los peligros donde me he encontrado, habiendo recibido de la naturaleza un golpe de vista excelente y rápido, me debía creer hecho para el servicio. Todas mis miras se habían, pues, vuelto de ese lado». Su padre haciéndole retener prisionero en la torre de Vicennes, se opuso á su marcha á América. En vano solicitó Mirabeau su libertad; en vano suplicó al que se llamaba el amigo de los hombres, de «de-

jarle ver el sol», de permitirle «respirar con más anchura y de mirar los humanos»; en vano escribió al teniente de policía Lenoir que no estaba hecho para quedar eternamente en presencia «de las severidades mudas y terribles» de la cárcel, en vano le recordó, «en nombre de no sé qué presentimiento que es á veces la voz del alma», que había nacido para «ser útil.» La «jaula» quedó cerrada para «ese pájaro uraño.» No fué ni en Rusia, ni en América, sino en Francia que pudo desplegar sus anchas alas.

Desde 1788 el lenguaje de Mirabeau cambia enteramente.

No más desfallecimientos en sus cartas; no más desespero sobre todo; el ex prisionero de la torre de Vicennes anuncia y profetiza la convocación de los Estados generales. Sus cartas, inspiradas por el optimismo más patriótico, se elevan á veces hasta el entusiasmo. Escribe al pastor Marrón: «El día de las grandes reparaciones se va á levantar.»

A. M. Levrault de Strasbourg anuncia en estos términos notables la reunión de los Estados generales:

«No es posible dudar que los Estados generales tendrán lugar. ¿Quién pagará el primero de Mayo de 1787, os pregunto? Ha sucedido al gobierno lo que le he predicho: Si no los queréis á pie, vendrán á caballo. Se apresura la época hasta la precipitación, y, ciertamente, se verá. ¿Qué harán? Verdaderamente muchas tonterías, ¡pero qué importa!

Las naciones tienen, como los niños, sus retortijones, sus dolores de muelas, sus rugidos; se forman de la misma manera.

»Los primeros Estados generales serán tumultuarios; irán quizás, demasiado lejos.

»Los segundos asegurarán su marcha; los terceros acabarán la constitución. No defendemos la necesidad de crear una toda entera; que hoy todo sea justo, mañana todo será legal. Sobre todo guardémonos de la erudición, desdeñemos lo que se ha hecho, busquemos lo que hay que hacer, y no emprendamos demasiado. Consentimiento al impuesto y á los empréstitos, libertad civil, asamblea periódica, he ahí los tres puntos capitales que deben descansar sobre una declaración precisa de los derechos nacionales.

»Lo demás vendrá bastante pronto.

»En cuanto á mis miras particulares, os lo diré claramente, pero á vos solamente: *la guerra á los privilegiados y á los privilegios;* esa es mi divisa. Los privilegios son útiles contra los reyes, pero son detestables contra las naciones, y la nuestra no tendrá nunca espíritu público mientras no se vea libertada. Por eso debemos permanecer y por eso seré yo personalmente, muy monárquico. ¿Eh, de buena fe, que será una República compuesta de todas las aristocracias que nos roen? El hogar de la más activa tiranía. Lo aprenderéis bastante de la guerra intestina que devorará los Estados generales, sobre todo si se obstina el gobierno en no quererlos

numerosos. Ochocientas personas (y menos de ese número, no hay representación decente de la nación francesa) se conducen más cómodamente que trescientas; cinco ó seis personas determinan siempre el rebaño, por numeroso que sea. Si es pequeño, pendencias particulares tendrán más influencias; si, numeroso, será el talento; y sin corromper (los que se pueden corromper no merecen nunca ser corrompidos) el gobierno puede y debe asegurarse esos cinco ó seis hombres.

»Es un punto de vista muy profundo y muy sano el de la diferencia característica de la Revolución que se prepara y la de las que la han precedido. Soy en esta consideración enteramente de vuestra opinión, y el desarrollo de esta verdad será el objeto del discurso preliminar que preparo para la traducción de la historia de Inglaterra de madame Macaulay. Se verá que sería alejar bárbaramente nuestra edad, recurrir á revoluciones violentas; que la instrucción, gracias á la imprenta, basta para operar todas las que necesitemos, todas las que la especie humana se debe, y que únicamente de este modo, las naciones no pierden nada con su adquisición.

»Vuestra carta es muy prudente y hasta bien fuerte desde ese punto de vista; demuestra que meditáis mucho; ahora bien, yo no conozco más que un punto de distancia verdadera entre los hombres; la aptitud para la meditación. Nada grande se hace sin esa aptitud».

Marchó Mirabeau para la Provence y llegó á Aix

el 13 de Enero de 1789. Rechazado por la nobleza, pronuncia el admirable discurso donde se encuentra ese pasaje que ha llegado á ser clásico: «En todos los países, en todas las edades, los grandes han perseguido implacablemente á los amigos del pueblo, y si, por no sé qué combinación de la fortuna, se ha elevado alguno en su seno, ese es el que, sobre todo, han herido, ansiosos que estaban de inspirar el terror por la elección de la víctima.

»Así pereció el último de los griegos á manos de los patricios, pero alcanzado del golpe mortal, lanzó polvo hacia el cielo, y de ese polvo nació Marius —Marius, menos grande por haber exterminado los Cimbres que por haber derribado en Roma la dominación de la nobleza».

Notemos, á propósito de ese elocuente pasaje, que acabamos de citar según el texto recibido y definitivamente adoptado, dos variantes suministradas por las diversas ediciones; después de las palabras «exterminado los Cimbres», se lee «y los Teutones»; en lugar de la «dominación de la nobleza» se encuentra «la dominación de la aristocracia.» Esos son detalles ínfimos, pero, cuando es preciso, de un trozo de elocuencia que es una obra de arte, nada debe ser descuidado. Añadamos que sería necesario volver á mirar con gran cuidado el texto de los discursos de Mirabeau. Así, no sabemos aún de un modo absolutamente exacto, cuáles fueron las palabras pronunciadas por el incomparable tribuno en su apóstrofe al marqués de Dreux-Brézé.

Esta incertidumbre es aún mayor cuando se trata de los discursos de Dantón que han llegado hasta nosotros resumidos, acortados con malevolencia, ó hasta falsificados y desnaturalizados. Basta para convencerse de esta verdad, comparar, como lo hizo M. Aulard, el texto de los discursos de Dantón en el *Moniteur* con el texto de esos mismos discursos dados por el *Logotachygraphe*. Para Mirabeau, para Dantón, y, en general, para los improvisadores de la Asamblea nacional, de la Legislación y de la Convención, una atenta revisión de los textos recibidos, es un primer trabajo indispensable que hacer.

Nombrado diputado del Estado llano (y sin que tuviese necesidad de recurrir al proceder charlatanesco, del todo contrario á sus pretensiones aristocráticas, del alquiler de una tienda con esta muestra MIRABEAU, COMERCIANTE DE PAÑOS), el elocuente elegido de la Provence se decidió, desde lo primero, por el partido resuelto de la monarquía constitucional.

Ni en su correspondencia, ni en sus escritos públicos, ni en sus manuscritos, se encuentran rasgos de opiniones republicanas. Lo que quiere es el establecimiento en Francia de una clase de democracia monárquica, ó de monarquía democrática. Para conseguirla, es preciso, desde el principio y con energía, hacer obra revolucionaria, destruir la influencia de todos los cuerpos y de todos los individuos privilegiados. «Siempre he hecho notar, escribe, que la anonadación del clero, de los parlamentos, de los países

de estado, de la feudalidad, de las capitulaciones de las provincias, de los privilegios de todo género; es una conquista común á la nación y al monarca. Es preciso después «enfrenar» los facciosos que quieren ir demasiado de prisa con riesgo de perderlo todo, traer á la razón «la Asamblea nacional tan mal combinada en su principio, compuesta de partes tan poco homogéneas y tan laboriosamente reunidas; arrastrada fuera de sus propios principios por la funesta irrevocabilidad que ha dado á sus primeros decretos.» Es preciso, sobre todo, entrar en lucha con París «que traga desde mucho tiempo todos los impuestos del reino, París, que es la residencia del régimen fiscal, aborrecido en las provincias; París, que ha creado la deuda; París, que por su funesto agiotaje, ha perdido el crédito público y comprometido el honor de la nación».

A fin de llegar á este resultado, no temió Mirabeau entrar en negociaciones con la Corte y se esforzó en desacreditar la Asamblea, de la cual era el orador más eminente. El rey pagó sus deudas hasta el total de 208,000 libras, le asignó una pensión de seis mil libras por mes y suscribió en su favor cuatro billetes de 250,000 francos cada uno,—que después de todo, no fueron pagados nunca — habiendo sobrevenido la muerte de Mirabeau antes del primer vencimiento.

M. de la Marck, que había recibido en depósito el manuscrito de las *Cartas de un tribuno á la corte*, ha probado de excusar honorablemente este compromiso, escribiendo: «Es verdad que Mirabeau recibió

dinero del rey, pero para salvar al mismo rey, y no como precio del sacrificio de sus opiniones. Era, al contrario, para estar en estado de darles más desarrollo y más fuerza, pues á través de todas las declaraciones democráticas de Mirabeau, el observador puede ver que en el fondo de su pensamiento, era más monárquico que los mismos ministros del rey».

Bien que Proudhon y el socialista Vermorel, que se hizo el editor de las obras de Mirabeau, haya adoptado y defendido el sentimiento de de la Marck, es imposible no sentir alguna tristeza ante esta actitud, ese doble juego disimulado de un hombre que sabe demasiado bien conciliar el amor de sus opiniones y el amor al dinero. Apresurémonos á añadir que Mirabeau no se libró nunca todo entero á la Corte. Todas las veces que el partido realista se pronunció abiertamente en el sentido de la contra-revolución, y atacó las conquistas del 89, el tribuno «tronó contra ese montón de estúpidos bribones.» Ciertamente escribía, «los señores del partido retrógrado me encontrarán siempre dispuesto á fulminarlos». Y añadia: «yo soy el hombre del restablecimiento del orden, y no de un restablecimiento del antiguo orden».

Ese antiguo orden le parecía destruído para siempre. «En efecto, escribía en una nota destinada á la Corte (Diciembre de 1790), guardo todos los resultados de la Revolución y todo lo que precisa conservarse de la Constitución, como de las conquistas tan irrevocables, que ningún trastorno, á menos que el imperio no fuera desmembrado, no podría destruir

los más. No acepto siquiera una contra-revolución armada; aunque el reino fuera reconquistado, sería menester aún que el vencedor compusiera con la opinión pública, que se asegurara de la benevolencia del pueblo, que consolidara la destrucción de los abusos, que admitiera el pueblo á la confección de la ley, que le dejara escoger sus administradores; es decir, que hasta después de una guerra civil, sería preciso aún volver al plan que es posible ejecutar sin sacudida».

Eso es lo que se puede llamar la fe en la Revolución. Por desgracia, ese doble papel de un tribuno del pueblo y de un servidor asalariado de la monarquía constitucional, exponía á Mirabeau á incesantes fastidios y le echaba en profundos cansancios. «Me acerco á la noche de la vida, se lee en una carta á su hermana; no estoy desanimado, pero estoy hastiado (tenía apenas cuarenta años). Las circunstancias me han aislado; aspiro al descanso más de lo que se cree y le abrazaré con alegría el día que pueda alcanzarle con seguridad. Entonces si me encuentro con bastante fortuna, procuraré ser feliz, aunque sea jugando á los bolos, y nada más...»

Algunos años más tarde, Dantón debía decir más poéticamente, pero con un acento no menos dolorido: «Valdría más ser un pobre pescador á la orilla del océano, que mezclarse en gobernar á los hombres».

Se explica fácilmente la melancolía de Mirabeau. Su actitud equívoca le atraía á la vez las cóleras de

los realistas y las desconfianzas de los hombres de vanguardia. Estos últimos le encontraban tímido y, desde 1789, se lo decían.

Un fragmento del *Viejo Cordelero*, que fué dado inédito hasta 1874, y cuyo manuscrito autógrafo pertenecía á M. Gerardot (de Bourges), nos muestra como Mirabeau y Camille se apreciaban recíprocamente:

«Vuelvo á encontrar, cuenta Desmoulins, un fragmento de una conversación con Mirabeau, que yo rimaba y ponía en escena, hace por lo menos cuatro años...»

He aquí el fragmento:

»CAMILLE

»Salud, san Mirabeau.

»MIRABEAU

»Buenos días, incendiario, sublevado.

»CAMILLE

»Di más bien *revolucionario*.

»MIRABEAU

»Sí, esa palabra pinta muy bien tu espíritu novador.
»De innumerables abusos, dichoso reformador;
»Pero que, buscando siempre un mejor imaginario
—»Mejor que el cielo rehusa al mundo sublimar,—
»No ve que ese mejor es el enemigo del bien.
»Y si no destruye todo, cree no haber destruído nada».

Los versos de Camille Desmoulins son muy media-

nos, pero señalan claramente la diferencia de los dos espíritus. El uno era un hombre de Estado que no creía más que en lo que le era posible, el otro era un teórico que creía sobre todo en lo que le parecía justo y deseable.

VI

MIRABEAU BIBLIÓFILO

Es verdaderamente prodigiosa la actividad de espíritu demostrada por Mirabeau desde 1789 á 1791. Pronunció más de ciento cincuenta discursos ó alocuciones, escribió ó inspiró los diez y siete volúmenes que forman la colección tan preciosa del diario *El Correo de Provenza*, compuso numerosos folletos, contestó á innumerables cartas, presidió la Asamblea nacional, tomó parte en los trabajos de casi todas las comisiones parlamentarias que se sucedieron durante aquellos años laboriosos. Y en el momento preciso en que Mirabeau aparecía grande hombre de Estado, eminente periodista y orador incomparable, una nueva pasión se apoderó de él; la pasión de los libros, de los buenos libros, y á ella se entregó con el ardor, el arrobamiento y aun la exageración de su naturaleza fogosa.

Esta exageración, extendióla Mirabeau á todas las cosas, hasta á la manera de vestir. Uno de los hombres que mejor le conoció y más le amó, el príncipe de Arenberg, ha hecho de él un retrato perfecto escribiendo: «Mirabeau era alto de estatura, cuadrado y

grueso. La cabeza, no de proporciones ordinarias, hacíala todavía más grande su enorme cabellera rizada y empolvada. Vestía un traje lugareño, cuyos botones, de piedra colorada, eran extremados, guardando la misma proporción las hebillas de sus zapatos. Observábase, en fin, en todo el arreglo de su persona, una exageración de modas, discordante en todo con el buen gusto de las gentes cortesanas».

En Julio de 1789, fué cuando al elocuente tribuno le ocurrió la idea de formarse una biblioteca; hasta entonces no había poseído más que unos cuantos miserables libros. Desde el mes indicado de aquel célebre año, vióssele siempre metido en todos los almacenes de libros y en las bibliotecas más ricas de París y de las provincias. Las naciones extranjeras no estaban tampoco al abrigo de sus pesquisas, y como dice el editor Belín, su ardor era inconcebible. En medio de esa Revolución, que cambiaba la faz de Europa y creaba la Francia moderna, Mirabeau, agobiado bajo el peso de los más graves negocios, no cesaba de trabajar en la formación de su querida biblioteca. Con frecuencia interrumpía la lectura ó la composición de una obra importante para consultar un nuevo catálogo ó para apuntar los libros que deseaba adquirir. La posesión de un volumen precioso, causábale verdaderos arrobamientos de gozo inexplicable; lo examinaba, lo admiraba y quería que todos participasen con él del mismo entusiasmo.

Al ardiente deseo de adquirir, Mirabeau juntó el más constante cuidado por la calidad perfecta de sus

libros; la mayor parte estaban encuadernados en marroquín y procedían de las más célebres bibliotecas. El gran orador buscaba las mejores y más hermosas ediciones de todas las buenas obras; prefería los ejemplares en papel superior y no descansaba hasta cotejarlos. No perdonaba medio alguno para enriquecer su biblioteca gastando sin llevar cuenta alguna.

¿De dónde sacaba el dinero necesario para tan costosas adquisiciones? Mirabeau, en 1789, era pobre, más que pobre, necesitado. Cierto día se presentó en casa de M. de La Marck, en ademán perplejo y díjole: «No sé adónde dirigirme, no tengo ni un escudo; présteme usted alguna cosa.» Otra vez, antes que Luis XVI se encargara de pagar sus deudas, Mirabeau dió la lista de ellas á su amigo y confidente La Marck.

«Entre ellas había, dice éste, algunas cuyo solo título era jocoso, y que por cierto demostraban las vicisitudes de una vida tristemente agitada; por ejemplo, veíase que sus vestidos de boda estaban todavía por pagar.» Sobre lo cual el conde de La Marck, hace la siguiente reflexión:

«Así es como yo me convencía de que este hombre, que todo el mundo representaba como venal, jamás había sacrificado principio alguno por el dinero. El había denunciado el agiotaje en los folletos que casi nada le producían, mientras que los agiotistas le ofrecían sumas considerables para lograr que escribiese en su favor ó á lo menos para comprar su si-

lencio. Y sin embargo, en el momento en que él rehusaba sus ofertas, enviaba al Monte de Piedad todo cuanto poseían.

El enviaba sus efectos al Monte de Piedad y corría en busca de un escudo, pero esto no le impedía el comprar preciosos libros. Eso sí, no los pagaba nunca. Mirabeau, que nunca supo hacer diferencia entre el deudor y el acreedor, que prodigaba á manos llenas cuando tenía dinero, y que tomaba de toda mano amiga, compraba al crédito los manuscritos y los libros. A fin del año 1789, la cifra de sus deudas se elevaba á más de doscientos mil francos. Este detalle explica que, á pesar de su pobreza real, pudo reunir en algunos meses, una colección espléndida y única de libros.

Todos los géneros de literatura le interesaban, todos debían entrar en la composición de su biblioteca. Dotado de una memoria prodigiosa, bastaba que se le indicara la fecha de un libro y se le hiciera ver la excelencia ó la rareza del mismo, para que se acordara mucho tiempo después y se aprovechara de la indicación. Si algún literato ó cualquier amigo le proporcionaban notas particulares sobre una obra, hacíalas copiar escrupulosamente. Era sobre todo ávido de informes y de detalles relativos ó referentes á la literatura oriental. La magnificencia de las expresiones, el brillo de las metáforas de los escritores orientales le arrebataban. Deseaba poner en su biblioteca todas las maravillas intelectuales del Oriente. Hasta había formado el proyecto de aumentar

por excelentes traducciones de los libros orientales, nuestras riquezas literarias. Para la realización de este proyecto, hubiera él gastado sumas considerables y aun solicitado el apoyo del Estado.

Porque, será preciso decirlo, Mirabeau no tenía nada del bibliómano egoísta que amontona libros por su placer exclusivo. Hasta en sus pasiones mostrábase generoso y hombre de Estado. Se proponía, luego que hubiera formado á su gusto la biblioteca, el abrirla á todos los sabios, á los literatos, á los aficionados, y el hacer de ella, por decirlo así, una nueva propiedad nacional.

El catálogo de la biblioteca de Mirabeau debía de ser también una obra de literatura y un manual bibliográfico; un sinnúmero de literatos habían de trabajar en ella; cada uno en el género y la especialidad en que sobresaliese. Mirabeau se había reservado el derecho de guiar á sus diferentes colaboradores, y establecer entre ellos cierta suerte de armonía. Los preparativos necesarios á esta liberal empresa estaban terminados.

Todo lo que el lujo tipográfico puede tener de magnífico, se hubiera empleado; los libelos y los extractos de los libros debían ser impresos con los caracteres originales de cada lengua; las notas, las observaciones históricas ó críticas hubieran sido abundantes. La muerte vino á impedir á Mirabeau el elevar á la literatura un monumento que prometía ser grandioso. Los herederos del elocuente tribuno, al fin del año 1791, hicieron confeccionar á toda prisa,

por los libreros Rozet y Belín, un catálogo, que es todo lo que nos ha quedado de la biblioteca de Mirabeau.

Los libros del antiguo presidente de la Asamblea nacional constituyente, fueron vendidos en el hotel Bullion, calle de Jean-Jacques Rousseau, el lunes nueve de Enero de 1792 y en los días siguientes, á las cuatro de la tarde. Ignoramos adonde fueron á parar los tesoros que contenía la colección formada por el grande orador. En los catálogos de ventas de libros es muy raro encontrar esta mención: «de la bibliothèque de Mirabeau».

En esta colección figuraban los libros que habían pertenecido al naturalista Buffón. Mirabeau había comprado en 1790, toda la biblioteca entera del ilustre autor de la Historia Natural. Esta biblioteca era preciosa, no sólo porque contenía muchos libros raros, sino porque la mayor parte de los volúmenes que la componían estaban cargados de una multitud de notas escritas por la mano de Buffón. Allí había un admirable volumen anotado de las obras de Bernardo Palissy, un ejemplar único de la historia natural del reino de Polonia por Gabriel Rzaczinski; la colección en parte inédita de los dibujos originales de Sève, para la Historia Natural de Buffón; el ensayo —que no se puede hallar,—de Horacio Walpole, sobre el *Arte de los jardines modernos*, muchas obras en magnífica encuadernación y que contenían dibujos de los maestros del siglo XVIII, enviadas á Buffón por reyes ó sabios extranjeros; un Linneo, comentado

por Buffon y Daubenton. Mirabeau estaba orgulloso de hallarse en posesión de los libros del gran naturalista francés. Les había reservado un departamento particular y aislado de su biblioteca, en uno de los principales cuartos de su casa. Se complacía en verlos y en tocarlos, y hasta los miraba con cierto respeto religioso. Considerando la biblioteca que había pertenecido á Buffón, dice el editor Belisa: «Mirabeau creía tener al sabio que la había poseído, y la llama en que se abrasaba su propio genio, parecía identificarse con la de aquel grande hombre que le parecía revivir todavía en este santuario».

El antiguo presidente de la Asamblea nacional estaba apasionado por los libros anotados por hombres ilustres. Había logrado adquirir una Odysea de Homero que pertenecía á Miguel de Montaigne y que éste había ilustrado con notas marginales. De Juan Jacobo Rousseau, cuya elocuencia tanto le agradaba, poseía el libro *Sur le gouvernement de Pologne*, aumentado con pasajes importantes é inéditos. Entre las curiosidades de la biblioteca de Mirabeau, el catálogo menciona el manuscrito de las *Philippiques* de Grange-Chancel, libelo rimado de los más violentos contra la persona de Felipe de Orleans. Este manuscrito contenía una estrofa virulenta que no había aparecido nunca en las *Philippiques* puestas en circulación y que estaba escrita por la mano del mismo Mirabeau.

Algunas de las obras del grande orador, con correcciones de su mano, figuraban en esta rica biblio-

teca. Allí también había un manuscrito bastante curioso, en lengua italiana, sobre la genealogía de los Mirabeau y los orígenes de muchas familias de la nobleza italiana. En el encabezamiento de este manuscrito cuyo título era: *Le prioriste ou livre des reformations*, había una nota del marqués de Mirabeau y firmada por él. En esta nota, el marqués, acordándose sin duda que sus antepasados habían sido comerciantes, sostenía esta tesis: que el hecho de haber sido comerciante ó de haber ejercido una profesión manual, no probaba que uno fuese plebeyo.

La redacción del marqués de Mirabeau merece ser reproducida. «El libro del Priorista es muy raro, escribía él, y muy difícil me ha sido el conseguirlo. No existe de él sino un manuscrito. No me apresuré á pedirlo sino porque lo vi citado en la Toscana francesa, con ocasión de nuestra genealogía, viéndome muy contento al contemplar los originales de todas estas citas que he logrado recoger. Sobre todo, es curiosa en un punto, á saber: que al principio de estas líneas se lee el origen de muchas casas célebres hoy en Italia y en Francia, y al lado los oficios que entonces profesaban sus padres y del cual no se avergonzaban en un estado popular. *Hasta era necesario á las familias nobles para ser recibidas en la ciudad y adquirir el título de ciudadanía, el hacerse inscribir en cualquier gremio ó arte ú oficio, como es hoy costumbre en varios cantones suizos*».

De todas las artes y oficios, el que parecía apreciar más el grande orador Mirabeau, y colocarlo á

mayor altura, era el arte de imprimir. Una colección única y de un precio inmenso, dedicada al progreso de esta arte, figuraba en el primer rango de las maravillas de la biblioteca Mirabeau. Era una *colección de calcos ó dibujos de los títulos y de las figuras de muchas obras muy antiguas, grabados en madera ó impresas en caracteres movibles desde el origen de la imprenta*, para servir á la historia de esta arte y á la comprobación de varias ediciones antiguas, raras y muy buscadas.

El proyecto del aficionado, que había hecho esta colección adquirida por Mirabeau, y que representaba veinte años de esfuerzos, de investigaciones y de enormes gastos, era sin duda el preparar materiales para una nueva historia de la imprenta, si tenemos en cuenta que juntó una gran serie de caracteres tipográficos empleados en los siglos XV y XVI. Los originales de muchos de estos calcos, no hallándose en París ó no siendo allí conocidos sino imperfectamente, se resolvió hacer sacar copias de ellos en los mismos lugares. No fué bastante el hacer calcar tres ó cuatro líneas; se tomaron muchas páginas, y sobre todo la primera y la última de cada obra, en las cuales se lee con más frecuencia la fecha de la edición y el nombre y la ciudad del impresor.

Calcáronse también las figuras que se hallaban en las ediciones antiguas y raras, de suerte que se veían á primera vista por medio de cuadros exactos y extensos, las impresiones antiguas, el punto de partida de la imprenta y los diversos progresos que ella ha-

bía alcanzado. Esta colección sin rival fué, según creemos, adquirida por un ruso, y al parecer hoy está en San Petersburgo. El bibliógrafo Brunet y su editor el muy erudito Fermín Didot, han realizado en parte por su última y admirable edición del *Manuel du libraire*, el proyecto de publicación de los calcos de las figuras y de los textos antiguos que Mirabeau había firmado.

¿Cuál era el libro preferido de Mirabeau?

Difícil es responder á esta pregunta. El catálogo de su biblioteca nos muestra, sin embargo, que había él puesto un cuidado especial en reunir todas las mejores ediciones de las obras de Rabelais y que poseía *el tercero y el cuarto libro de los hechos y dichos del buen Pantagruel*, ejemplar de la biblioteca del conde de Hoym. Esta procedencia es una indicación para los bibliófilos.

VII

FOUQUIER-TINVILLE
(Según documentos inéditos)

¿Me atreveré yo á decir que la historia de la Revolución francesa, á pesar de los grandes trabajos realizados por los señores Thiers, Michelet, Luis Blanc, Mignet y Enrique Martín, está todavía sin escribir? Para conocerla bien, falta juntar, clasificar y analizar millares de documentos inéditos sepultados en los archivos de nuestros municipios ó perdidos en las bibliotecas, públicas ó particulares. No poseemos ni siquiera un inventario de esas riquezas nacionales. ¿No debería el Estado sin demora alguna hacer un catálogo de todas ellas?

Una de las colecciones particulares que contienen curiosos datos sobre nuestra Revolución, pertenecía á un excelente hombre, bien conocido en el mundo de las letras y de las artes: el señor Walferdín. Este inteligente editor de Diderot, este coleccionador benemérito de los cuadros de Fragonard, tenía en sus carteras, entre otros documentos dignos de interés, toda una serie de datos y de cartas inéditas de Fouquier-Tinville y sobre Fouquier-Tinville. La perfec-

ta amabilidad de los herederos del señor Walferdin y de los señores Juette y Molut, nos ha permitido adquirir conocimiento de tales documentos y aun resumirlos.

Imposible sería añadir cosa alguna al mal que se ha dicho de Fouquier-Tinville. El célebre acusador público en el tribunal revolucionario de París ha sido el blanco de las imputaciones más atroces y se le han atribuído los más horribles crímenes. Se le ha representado como un tigre sanguinario, que en su furor de asesinar, condenaba á los inocentes, conociendo que eran irreprochables y hollaba bajo sus pies, para satisfacer sus instintos de hiena, no solamente los principios de la justicia, sino las prescripciones más elementales de la legalidad.

Dícese que era un malvado que vivía en el mayor libertinaje, que robaba y despojaba á las víctimas antes de enviarlas á la guillotina. Abrid, al acaso, cualquiera de los libros que tratan de la Revolución francesa, escrito por un partidario del antiguo régimen, y hallaréis en él (entre otras infamias imputadas á Fouquier) la historia de Luisa-Isabel Simón, que fué juzgada y condenada á muerte, y que después reconocióse no ser ella la que debía ser perseguida sino Perrine-Juana-Margarita Roux, viuda de Maillé. Veréis también en esos mismos libros, que Fouquier-Tinville envió al cadalso á Laizerolle padre, en vez de enviar á Laizerolle hijo, que era acusado. Estos dos hechos son creídos de una manera absoluta por muchas gentes, y forman parte

de lo que se ha dado en llamar los crímenes de la Revolución.

Es cierto que el acusador público en el tribunal revolucionario fué un personaje repulsivo y culpable de ciertas cosas; fué una clase de Bruto burocrático, según la enérgica expresión del profesor Aulard, pero se le calumnia al imputársele los actos de que hemos hablado, y acusándole de venalidad en el ejercicio de sus funciones y de cobardía cuando la fortuna le fué contraria. Los documentos que tengo entre manos van á demostrar cuan posible ha sido el infamar aun al mismo Fouquier-Tinville.

Algunos días después del 9 termidor, Fréron, el ex procónsul, denunció á la Convención nacional las perversidades del «monstruo Fouquier.» Necesario es, exclamó aquél en un movimiento de indignación, «que él vaya á cocer en los infiernos toda la sangre que ha hecho derramar.» El decreto de arresto, exigido por Fréron, fué conocido desde el 14 termidor; Fouquier no esperó á que viniesen á intimarle la orden de prisión: él mismo se entregó voluntariamente en la conserjería.

Al día siguiente de su llegada á la cárcel, Fouquier escribió á su mujer anunciándole que no esperaba salir vivo de las manos de sus enemigos políticos. «Mi perdición es cierta, decíale. Estoy dispuesto á todo». Luego añade: «Precisado á darte esta mala noticia y por no poder comunicarte mis pensamientos, sino mientras viva, te declaro que, según marchan las cosas, se procesa y se procesará á todos los patriotas

enérgicos que han desempeñado algún destino en la Revolución. Lo que hace seis meses era virtud, hoy es juzgado como crimen imperdonable. No abrigo la menor esperanza de que triunfe mi inocencia, antes miraría como un milagro semejante suceso. Es por tanto necesario resolverse á una separación eterna. Esta te costará á ti tanto como á mí me ha costado el manifestártela. Hubiera yo guardado silencio si no supiera que necesitas tomar ciertas precauciones antes del suceso, para que á lo menos por algún tiempo no te mueras de hambre».

Pero si *Fouquier-Tinville* estaba resignado á morir, quiso antes defender «la probidad de sus actos» y confundir así á los que llama él sus viles calumniadores. Empleó sus horas de prisión en redactar memorias y notas que no han sido todas impresas. El primer cargo que él observó hacérsele, fué el de haber provocado el juicio y la condenación de más de dos mil personas. «Esto es verdad, replica él, pero haciéndolo como yo lo he hecho, he cumplido mi deber. No hay súplicas que hayan podido detenerme; el cumplimiento de las leyes emanadas de la Convención y de las disposiciones de esos comités de salud pública y de seguridad general, tal ha sido mi regla de conducta. ¿Cómo se me puede condenar razonablemente de haber hecho cumplir decretos positivos? ¿No estaba yo obligado á ello por mis propias funciones? Hubiera sido yo un criminal de lesa nación retardando el cumplimiento de la ley. ¿Por qué pues, miserable Fréron, me persigues tú con tan-

to encarnizamiento, á mí que no he hecho más que obedecer las órdenes de los comités del gobierno, á mí que no he hecho más que acusar, que no he juzgado nunca, y mucho menos he mandado á nadie sin juicio á la guillotina, como tú lo has hecho?

»Pero se pretende, prosigue Fouquier-Tinville, que yo he hecho aplicar leyes desastrosas, imaginadas por Robespierre, para mantener y perpetuar su tiranía. ¿Y desde cuando un funcionario público tiene derecho de examinar si la ley, de cuyo cumplimiento está encargado, es efecto del despotismo y de la influencia de tales ó cuales diputados? ¿Puede acaso, según su particular opinión, estudiar, interpretar ó modificar la ley? ¿En qué vendría á parar el orden público, si los funcionarios se arrogasen ese derecho?

»¡Ah! si se hubiese probado que el ex acusador público ha obrado por interés personal, por espíritu de venganza, que ha obedecido á móviles ambiciosos y rastreros, que se ha mostrado ligero en el cumplimiento de sus funciones, Fouquier-Tinville no vacilaría en invocar sobre él la severidad de sus jueces. Pero sucede todo lo contrario. Yo no he malgastado nada, exclama él, he vivido como el más modesto ciudadano, y al presente no poseo ni fortuna ni riquezas; no tengo absolutamente nada. Sin embargo, poseí un patrimonio de más de 50,000 francos; antes de la Revolución, hallábame en estado de poder aumentar aquel capital; y en este momento no tengo más que deudas, ni más patrimonio que una mujer

y cinco hijos de los cuales hay dos gemelos de veintiún mes, que tienen necesidad de socorro. He aquí unas grandes verdades que la malquerencia no puede poner en duda.» Fouquier-Tinville insiste luego sobre la corrección escrupulosa con que cumplió su cargo de acusador público. Ni siquiera sospechaba del carácter odioso del destino que él mismo había escogido y que le obligó á pronunciar sus requisitorios contra todos los partidos vencidos, contra los girondinos, Carlota Corday, María Antonieta, Dantón, Desmoulins, Hébert, Chaumette, Anachorsis Cloots, Custine, el duque de Orleáns, madame Roland, Bailly, y el mismo Robespierre. El 10 termidor del año II, en efecto, Fouquier se presentaba ante el tribunal de la Convención para felicitar á la asamblea de su victoria; algunas horas más tarde, después de haber probado la identidad de los *conjurados* puestos fuera de la ley, los dos Robespierre, Saint-Just, Couthón y Lebas, pidió en justicia su ejecución. La Convención era para él una especie de tribunal infalible que debía ser siempre obedecido. Colocábase enfrente de ella como un inquisidor ante el tribunal del Santo Oficio.

Lo que le preocupa en su defensa, según las notas inéditas, y según las catorce cartas que componen la correspondencia con su mujer, es la sola cuestión de saber si en efecto fué dócil á las órdenes de la Convención, si las ejecutó á la letra y con inteligencia evitando errores y equivocaciones. Dedica su honor profesional á refutar las acusaciones de los que

pretenden que él se engañó sobre la identidad de las personas señaladas en sus requisitorias. Estableció con certeza, que la viuda Maille (esta víctima que le acusan á él el haberla hecho matar por ligereza y equivocación), no fué jamás condenada sino que vivía «y que moraba en la calle Le Peletier, núm. 9». Sobre este punto es imposible contradecirle. Igualmente prueba que, en efecto, era Laizerolle padre y no Laizerolle hijo, quien fué buscado por crimen de conspiración. «La identidad de su persona ha sido reconocida, afirma él mismo, y probada en la audiencia: y habiéndose descubierto que la edad, los nombres y las cualidades enunciadas en el acto de la acusación, no eran las suyas, inscribiéronse entonces su edad, sus nombres y sus cualidades. No hubo, pues, sacrificio alguno de Laizerolle padre por su hijo, el cual jamás fué denunciado. En resumen, concluye Fouquier, yo he sido hombre del gobierno, el órgano de la ley y la atrocidad de ésta no es crimen mío. A costa de mi salud, he dedicado mis cuidados y mis vigilias á cumplir la tarea llena de amarguras y de peligros, que el pueblo me había encargado por el voto de sus representantes, y he arrastrado el carro revolucionario bajo la garantía de las leyes, sin imaginarme que un día el cumplimiento de éstas se me imputaría como un crimen capital».

Fouquier-Tinville fué condenado á la pena de muerte. Nosotros hemos visto por una de sus primeras cartas á su mujer, que él no esperaba otro desenlace. El insiste sobre este tristísimo suceso en

otra carta—la última que escribió,—y por cierto saturada de valor y de elocuencia:

»Desde la casa de la prevención *Plessis*, llamada la Igualdad, el día 22 brumario del año III de la República una é indivisible.

»Por más que no he sido preguntado, debo prepararme, mi buena amiga, para ser presentado á juicio; en otro tiempo diferente, armado de mi inocencia, de ningún modo hubiera temido la proximidad de ese juicio; pero en las odiosas circunstancias en que nos hallamos, y después de las horribles diatribas, calumnias y vociferaciones de todo género que se han acumulado sobre mi cabeza desde mi detención, inútil es vivir de ilusiones. Todas esas espantosas vociferaciones, y abominables calificativos de execrable, de conspirador, y de tigre sanguinario, destituídas en absoluto del menor fundamento, son el preludio de mi sentencia. Es la táctica de esa facción liberticida para perderme con mayor seguridad...

»Por lo tanto, no aguardo sino ser sacrificado por la opinión pública sublevada y excitada contra mí por toda clase de medios; no creo que se me atienda en juicio: es una sentencia ya resuelta que tiempo hace yo presentía y que no he querido nunca descubrirte para que no recibieses prematuramente el terrible golpe que tal suceso te deberá causar. Voy á morir por haber servido á mi país con excesivo celo y actividad y por haberme conformado al voto del gobierno con manos y corazón puros.

»Pero mi buena amiga, ¿qué será de ti y de mis pobres hijos? Vosotros vais á caer en brazos de la más espantosa miseria; esto será á lo menos la prueba más elocuente de que yo he servido á mi patria con el desinterés de un verdadero republicano; mas ¿cuál es vuestro porvenir? ¡He aquí los siniestros pensamientos que me abaten y atormentan día y noche!

»¿Es decir que yo nací para la desgracia? ¡Qué idea tan espantosa! ¡Morir como un conspirador, yo que no he cesado de hacerles guerra á los conspiradores! Aquí tienes la recompensa de mi celo patriótico. En medio de todos estos funestos acontecimientos, todavía me queda un rayo de satisfacción, ó mejor de consuelo, es el saber que tú tienes la convicción de mi inocencia, y esta convicción sola, me da la esperanza de que no cesarás de repetir siempre á mis hijos, que su padre murió desgraciado, pero inocente, y que mereció tu confianza y tu estimación. Mucho te recomiendo que no te dejes abatir por la tristeza, antes procures conservar tu salud en bien tuyo y de nuestros pobres hijos. Olvida las pequeñas diferencias que antes hayamos podido tener, que no han sido sino efectos de mi vivacidad, y en las cuales jamás tomó parte mi corazón que nunca ha dejado de amarte. Permanece bien persuadida de esto, así como yo no he dudado jamás de tu amor hacia mí. ¡Ay, mi buena amiga! ¿Quién hubiera dicho que yo había de tener un fin semejante, yo que no conocí la

intriga ni experimenté el menor atractivo de las riquezas?

»Muy duro es, mi buena amiga, el abrigar tan siniestros pensamientos. He vacilado mucho, pero considerando que una vez juzgado, me será imposible escribirte, he resuelto enviarte la expresión de mis últimos sentimientos para ti y de mi gratitud por todas las penas y cuidados que has sufrido desde mi detención. Te repito que no te dejes vencer de la tristeza, y que no rechaces las ocasiones que te se presenten para mejorar tu suerte. Con los ojos bañados de lágrimas y el corazón atravesado, te doy mi último adiós; á ti, á tu tía y á mis pobres hijos, yo os abrazo mil veces. ¡Oh! ¡Qué dulce satisfacción sería para mí si pudiese volver á verte y estrecharte en mis brazos! Adiós, mil veces adiós, y también á los pocos amigos que nos quedan y á nuestra excelente muchacha; abraza muy fuerte á nuestros hijos y á tu tía por mí; sigue siendo una buena madre para mis niños á quienes amonesto que sean buenos y que te atiendan. Adiós, adiós.

»Tu fiel amigo,
»*A.-L. Fouquier*

»La única prenda de mi amistad que tengo en mi poder, es un poco de cabello, que te ruego conserves».

El fin de esta mujer desgraciada á quien esta carta fué dirigida, no pudo ser más triste. Ella fué perdiendo de uno en uno todos sus hijos, y vino á pa

rar en la más espantosa miseria, viviendo de socorros y de limosnas hasta el año 1827. Murió el 17 de Noviembre de aquel año, dejando por única herencia algunos miserables muebles, un relicario y las cartas de su marido. Walferdin los compró en la venta pública que se hizo el 29 de Marzo de 1828. Esta venta produjo trescientos veintidós francos y veinte céntimos.

No se presentó pariente alguno para recoger tal herencia. Fouquier-Tinville tenía, sin embargo, en San Quintín un sobrino llamado Fouquier de Héronel, quien más tarde, en 1849 fué elegido miembro de la Asamblea legislativa, se adhirió al golpe de Estado del 2 de Diciembre y murió en 1852, senador del Imperio.

VIII

LITERATOS Y PENSADORES DURANTE LA REVOLUCIÓN

La Revolución francesa, comenzada en 4 de Mayo de 1789, terminó en 18 brumario, año VIII. En conjunto duró diez años. Se olvida demasiado esta aparición rápida, este relámpago de existencia de la Revolución, cuando se la echa en cara el no haber establecido, en la esfera literaria, imponentes y grandiosas construcciones. Ante todo se olvida que, desde sus primeros días, la revolución estuvo en lucha con la Europa coaligada, que tuvo que atravesar por la guerra civil, y vencer incesantes insurrecciones, y que tales circunstancias son muy poco favorables al culto de *las humanidades*.

Cuando un escritor realista pone en parangón los diez años de la literatura revolucionaria con los esplendores del siglo de Luis XIV, desde 1638 á 1715, cuando para realzar aún al «gran siglo» y dar á la Revolución una actitud cada vez más humillada, hace honor á la influencia del rey-sol, por la oposición del *Cid* (representado bajo Luis XIII), y pone en su cuenta y en su elogio el *Telémaco*, esa episcopal y

pesada sátira del marido de madame Maintenon, se expone á provocar una sonrisa.

Conformándose con este extraño procedimiento, atribuyendo á la influencia de la Revolución los libros que la preparan y las obras que la combaten, se llegaría, sin esfuerzo, á demostrar que aquélla es la manifestación más maravillosa del espíritu humano de que se haya ocupado la historia. Como prólogo inmediato tendría *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu, *El ensayo sobre las costumbres de las naciones*, de Voltaire, *La Enciclopedia* de D'Alembert y de Diderot, el *Emilio* y el *Contrato social*, de Juan Jacobo, y sobre la escena, la comedia trascendental, brillante y atrevida entre todas las de Beaumarchais *El matrimonio de Fígaro*.

La Revolución podría reivindicar, como penetrada de su espíritu humanitario, la obra entera de Bernardino de Saint-Pierre, desde *Pablo y Virginia* á *Los votos de un solitario;* tendrá el derecho de pretender que los versos de Andrés Chenier, las publicaciones de madame de Staël, las obras de José de Maistre, la *Atala* y el *René* de Chateaubriand, el *Obermann* de Senancour, han sido inspirados por sus actos, han nacido bajo su influencia, y no existirían sin ella. El romanticismo entero, se encontraría de esta manera, colocado bajo su dependencia, con su magia brillante de palabras, y la cadencia variada y graciosa de sus ritmos.

Una conclusión de esta manera parecería excesiva; sin embargo, sería menos exagerada, menos falsa y

menos injusta que la tesis, con tanta frecuencia reproducida, según la cual la Revolución francesa fué literariamente estéril.

Sin duda si se aplican á este incomparable período de la historia política de Francia, las reglas de la retórica, según Boileau; si sólo se quiere ver la literatura en ciertos géneros poco numerosos (el «legislador del Parnaso» no habla en su *Arte poética*, de las fábulas de La Fontaine, lo cual permite suponer que no diría nada de las fábulas de Florián), ciertamente, entonces, la literatura, durante la Revolución, es de escasa importancia. En obras teatrales la Revolución nada tiene que oponer á *Cinna* á *Andrómaca* ni al *Misántropo*. Las tragedias de Nepomuceno Lemercier, de Ducis, de Legouvé, de Laya, de Marie-Joseph Chenier—este satírico extraviado en el drama,—tienen más de impulsos que de llamas, más de empujes que de fuerza. Esas obras se extravían en discusiones abstractas, se entretienen en predicaciones filosóficas, se pierden en la vulgaridad de las declamaciones. Sus autores piensan demasiado en los periódicos que leyeron por la mañana, y en los discursos que oyeron por la noche en el club, ó en la Asamblea nacional. Comparados con Corneille ó con Racine, estos hombres de buena voluntad, en el trabajo de la versificación, hacen recordar á las buenas aves domésticas que trabajosamente intentan llegar á las alturas á las cuales llegan con vuelo rápido las grandes voladoras.

Llegando á los creadores y á los maestros del gé-

nero, llegando hasta Crebellón y Voltaire, no pueden éstos ofrecer á sus contemporáneos más que la copia borrosa de un dibujo que era ya, él mismo, una imitación de lo que habían hecho los griegos y los romanos.

Sin embargo, sería injusto olvidar los atrevimientos relativos de Duin, y no dedicar una mención honorífica á los perseverantes esfuerzos de Marie-Joseph Chenier. También este hermano de un gran poeta ha encontrado, en su obra sobre Carlos IX, una situación interesante y grandiosa; la escena del acto cuarto, en la cual se ve á los sacerdotes que bendicen las armas de los conjurados, la noche de San Bartolomé.

Esta escena, que Scribe tomó de Chenier, y tan magníficamente realizada por el talento de Meyerbeer, ha llegado á ser una de las grandes bellezas del arte musical.

El delicado moralista Joubert, que no quería á Marie-Joseph, ha hablado casi favorablemente de sus tragedias. Chenier, según él, poseía «combinaciones trágicas, y una cabeza bien ancha. Se podía encontrar en él la armonía y la elegancia. Lo que le faltaba era la gracia; no poseía el soplo divino.» Legouvé, Laya y Nepomuceno Lemercier, tampoco la poseían. Sin embargo, en sus tragedias hay más de algunos bellos versos.

Pero durante la Revolución, ¿vale más la comedia que la tragedia?

El *Filinto* de Fabre d'Englantine es una obra sen-

tida y fuerte que había aplaudido Rousseau y que no ha disgustado á M. Nisard. *La intriga epistolar* del mismo Fabre es una pieza acabada con una habilidad rara y una ingeniosidad agradable. Las fantasías rimadas de Collin d'Harleville tienen verbosidad y gracia. En los ensayos dramáticos de Andréux y de Picard se ve aparecer el espíritu burgués que más tarde ha de inspirar el teatro de Scribe, de Bayard y de Emilio Augier. Pero, é importa citarlo, son las obras de circunstancias, los apropósitos patrióticos, tan numerosos desde 1789 á 1800, verdadera creación de la pasión revolucionaria, los que demuestran más brío y más talento.

Con la poesía lírica la Revolución toma la revancha de esta debilidad tan explicable para el teatro. Entonces el drama estaba en la plaza pública, en la Asamblea y en las fronteras.

Las *Odas republicanas al pueblo francés*, del ciudadano Lebrún, el *Himno al Ser Supremo*, de Desongues, el *Canto de partida*, de Marie-Joseph, el *Idilio*, de Andrés Chenier, sobre *la Libertad*, y su oda sobre el *Juramento del juego de pelota*, superan en mucho, en *verbo* poético, en poder y en entusiasmo, á todo lo que el siglo XVIII había escrito (1). ¿Qué

(1) Los himnos que Marie-Joseph Chenier hizo para las fiestas de la Revolución, dice excelentemente Charles Labitte en sus *Estudios literarios*, los cantos patrióticos que la victoria le inspiró están llenos de sentimientos elevados y puros. En el *Himno al Ser supremo*, que el hermano de Andrés escribía en lo más fuerte del Terror, resuenan acentos precursores, y un rincón de ese cielo etéreo, en

es la oda sobre la toma de Namur, esta oda tan débil, al lado de la oda *Al vengador*? ¿Qué es la trabajosa perfección de las composiciones de Jean Baptista Rousseau al lado de *La Marsellesa*? La poesía popular, el lirismo que toca á las muchedumbres, que las arrastra, y las envuelve en un huracán de patriotismo, data de la Revolución francesa:

Vamos, hijos de la patria
El día de gloria ha llegado;

«Un canto sale de todos los labios, dice admirablemente Edgard Quinet, á propósito de *La Marsellesa*. Se ha podido creer que la nación entera lo había compuesto; porque al mismo tiempo apareció en Alsacia, en Provenza, en las ciudades, y en las más miserables aldeas. Desde luego era esto un esfuerzo de magnánima confianza, un movimiento sereno; la tranquila severidad del héroe que coge sus armas y se adelanta. El horizonte luminoso de gloria se abre delante de él. Seguidamente el corazón se llena de cólera con el pensamiento de la tiranía. Un primer grito de alarma, repetido dos veces, señala de lejos al enemigo. Todo calla; se escucha; de lejos parece oirse, se oye en confuso ruido, el paso de los invasores en la sombra. Ellos vienen por caminos ocultos, sordos. El chasquido de las armas les denuncia en plena noche, y sobre este ruido subterráneo os enteráis del llanto, del gemido de las ciudades prisioneras. El

---

el cual Lamartine planeó después, se descubre desde luego, y maravilla el ojo habituado al empíreo transparente de la oda mitológica.

incendio enrojece las tinieblas. Sucede un gran silencio, durante el cual resuenan los pasos confusos de un pueblo que se levanta; después ese grito inesperado, gigantesco, que atraviesa las nubes: ¡A las armas! Este grito de la Francia, prolongado de ecos en ecos, inmenso, sobrehumano, llena la tierra. Y todavía una vez más; ¡el vasto silencio de la tierra es del cielo! ¡y como un mandato militar á un pueblo de soldados! Entonces la marcha cadenciosa, la danza guerrera de una nación, de la cual todos los pasos son contados. A lo último, como el estallido de un trueno, todo se precipita. La victoria ha aparecido al mismo tiempo que la batalla».

Hablemos en seguida de los fabulistas. Se cuentan por docenas desde la muerte del poeta de los *Dos Pichones*. Lamotte y Dorat, y el duque de Nivernais y otros treinta. El único en el cual hay que detenerse, y que se cita después de La Fontaine, es el autor de la interesante colección de fábulas aparecida en 1792: Florián. «He compuesto en honor de los republicanos, escribía el amable poeta á Bosy d'Anglas, el XI libro de Numa Pompilio, y el de mis fábulas, que lleva por título, *El mono y el leopardo*. He sido como la pantera que cantaba cerca de las riberas del Lerneo cuando la hidra fué aniquilada por el libertador Hércules.

Entre las novelas que menos valen la pena de ser citadas, tenemos á *Pablo y Virginia*, de 1788 y *Atala*, de 1801. Pero he aquí el *Café de Surata*, exquisito cuento de Bernardino de Saint-Pierre, y esta otra

obra maestra, tan delicada y pura: *La Chaumière indienne*. En ninguno de sus otros libros Bernardino de Saint-Pierre se ha manifestado escritor más perfecto, moralista más interesante que en el rápido relato que ha consagrado á los infortunios de un paria. Ni Fenelón en sus mejores páginas, ni Rousseau en sus más elocuentes *Reveries*, han hablado del dolor con un sentimiento más elevado, con una emoción más simpática, que el escritor de la Revolución en estas líneas, con las cuales termina la *Cabaña indiana*: «La desgracia se parece á la montaña negra de Bombez, en el confín del abrasado reino de Lahore. En tanto que se sube no se ve por delante más que rocas estériles; pero cuando os encontráis en la cima veis el cielo sobre vuestras cabezas y á vuestros pies el reino de Cachemira».

Como contraste á este libro tan puro, de una gracia tan evangélica, conviene citar las novelas donde no falta el talento, con seguridad; pero en las que se encuentra más aún el cinismo de las ideas— por lo menos lo que se tenía por tal en ese tiempo, porque después...! —Quiero hablar de los *Amores del caballero de Faublas*, de Louvet, publicación comenzada en 1789, y de las *Liaisons dangereuses*, de Chordelos de Laclos. En este orden de empresas literarias habría que nombrar también las *Noches de París*, de Restif de la Bretonne, y muchas otras elucubraciones más ó menos sádicas.

¿Por qué en tiempos tan trágicos se publicaban tales libros? ¿Es que el hombre, después de haber

tomado parte en movimientos heroicos, siente la necesidad de degradarse y envilecerse, descendiendo á lo más bajo de los vicios? ¿Es que, más ó menos, se encuentra atormentado por el deseo de leer tales descripciones?

No es ésta la explicación que madame Staël da de este fenómeno psicológico. Después de haber afirmado que la Revolución es «una era nueva para el mundo intelectual», añade finalmente: «La República, desarrollando necesariamente pasiones más fuertes, hace necesario que al mismo tiempo crezca el arte de pintar, á la vez que los objetos se agrandan; pero por un inexplicable contraste es, principalmente en el género licencioso y frívolo donde se ha utilizado la libertad que se creía haber adquirido en literatura. La vulgaridad en el lenguaje, en las maneras y en la opinión de las masas de hombres que toda revolución lleva á la escena política, tiene por resultado retrogradar, en varios sentidos, en cuanto á la razón y al buen gusto».

Esto significa que las democracias, siendo ignorantes y groseras al principio de su dominación, no tendrán, desde luego, sino una literatura licenciosa y brutal. Es posible; pero es necesario recordar que el libertinaje, á la manera de Parny y de la Sade, es un refinamiento perverso antes que una vulgaridad. Esta literatura libertina, curiosa de placeres, que ella misma hacía del sufrimiento un estimulante para el placer, es un legado del final del reino de Luis XIV y de la regencia, una tradición del parque de los

ciervos y de la Dubany. Es esto un resultado de la aristocracia que se descomponía y no de la democracia que comenzaba. La Revolución se equivocó solamente en conceder á los libreros demasiada libertad para poner en venta y en anunciar libros cuya propaganda se hacía antes furtivamente. La vigilancia faltó, principalmente bajo el Directorio; el pueblo pudo adquirir libremente los libros que hubieran hecho las delicias de las gentes licenciosas.

Por lo demás, este mal de la vulgaridad, señalado por madame Staël, es una gran verdad al principio de las revoluciones populares. Provocando en ciertos espíritus delicados un movimiento de reacción y de disgusto, los rechaza del lado de lo precioso y exquisito. Los Andrés Chenier, los de Pange, los Jouvert, se constituyeron en sociedad de refinados intelectuales. La Revolución tuvo su hotel de Rambouillet, infinitamente superior á aquel que Molière había censurado. Madame de Beaumont llegó á ser más tarde el alma de aquel cenáculo donde se reunían los delicados y los desdeñosos. A su lado Joubert continuó á Diderot, depurándolo, despojándolo de sus «locuras de estilo», y dando á sus felices ideas la sutileza y la gracia. No lejos de aquélla, casi bajo sus miradas, el caballero de Pange escribía contra Brissot, Robespierre y los hombres del Terror, aquellos elocuentes artículos que, por el pensamiento, son dignos de Tácito, y recuerdan, por la expresión, las páginas más incisivas y las más fuertes del diálogo de *Sylla y de Eucrates*. «Entre los cómplices de Ro

bespierre, los unos no viven ya, otros respiran todavía, y hasta muchos están libres. Este recuerdo entristece. No estamos acostumbrados á la idea de compartir la existencia con ellos; no se conoce intervalo sobre la tierra que pueda apartarlos bastante. Frecuentemente se quería, respecto á ellos, aceptar la ilusión que el Dante se había formado sobre los enemigos menos crueles. El se persuadió que al verlos *obrar*, no veía más que sus apariencias; él escribió que aquéllos estaban ya en el infierno y que allí los había encontrado»

Fué al caballero de Pange, y por él á madame de Beaumont, á quien fueron confiados los manuscritos de este Andrés Chenier que encontró para el siglo XIX la fuente de Juvencio de la poesía.

Fuera de los círculos literarios, entre los orgullosos y los solitarios del pensamiento, hay que nombrar á Senancourt. Entre sus *Reveries*, publicadas en Germinal, año VI, Senancourt descubrió mucho antes que Chateaubriand, el mundo de las tristezas, de dudas y melancolías, donde algunos años después René vino á establecer su altivo desencanto, su elocuente y poético aburrimiento.

Inferior por la retórica al autor del *Genio del Cristianismo*, Senancourt se eleva mucho sobre él por la fuerza de la meditación y la seriedad del pensamiento. No es, como Chateaubriand, un desilusionado de nacimiento, indiferente á todo lo que no sea él mismo, á todo lo que no realce su misión de retórico soberbio, que va «demostrando su vida», y to-

mando aptitudes delante de sus contemporáneos y de la posteridad. El aburrimiento en el pintor de René, procede del egoísmo. En Senancourt—el Senancourt de la Revolución,—el desencanto procede de orígenes más nobles. Viene, principalmente, de la impotencia en que se encuentra este pensador, cansado de la vida, pero cuyo corazón permanece sensible, de curar su propia miseria y de ir en socorro del malestar de los demás. Este sentimiento es una cualidad de un alma generosa, que vive después del 89. Se habían tenido ambiciones de una ternura infinita para el mundo, para la humanidad, para el hombre en sí, el de todos los tiempos, que había redactado la declaración de los derechos del hombre. Se había querido hacer marchar al género humano protegido por una «bandera fraternal». ¡Y en lugar de la soñada paz, de la fraternidad que por un momento aparecía en el horizonte, había venido el odio, la guerra con sus consecuencias de fuego y de sangre, el cadalso que se había mantenido permanentemente!

Ante esta ruina de las esperanzas, ante esta inmensidad de la obra que se había de realizar, ¿qué podía la pobre personalidad de cada uno, el yo cautivo y miserable? ¿Y cómo defenderse de melancolía ó de decaimiento, cuando en sí mismo se encontraban, por medio de un análisis leal, y una atenta observación, las contradicciones, las cobardías, las violencias que se habían ya encontrado en los sucesos exteriores? «Que no se me acuse, dijo Senancourt, de

ser juguete de las vanidades de la vida al despreciar sus prestigios. La esperanza de servir al género humano, no había sido para mí más que una ilusión; pero la ilusión es necesaria en la vida, y ésta solamente es la que resta en la mía.» Este es el grito de la fraternidad humana, que sobrevive á la caída de las ilusiones y á la ruina de la esperanza; ésta es la ternura hasta el mismo decaimiento de las cosas, hasta el pensamiento de la nada de los hombres, ¡hasta en el sentimiento de la muerte universal!

¿Me atreveré á decir que el pensamiento compasivo de Senancourt, no es más que un eco del pensamiento de Voltaire—una traducción romántica de la conclusión de Cándido? Voltaire antes que Schopenhauer, y mucho después que el *Eclesiástico*, él también, ha echado una mirada sobre la vida humana, una mirada cruelmente observadora, ó tristemente desilusionada.

Ha puesto el dedo sobre todas nuestras heridas, para demostrar el ridículo horror, el velo que cubre nuestras pequeñeces, nuestras cobardías, nuestras miserias.

Pero (en esto es donde aparece el genio francés) Voltaire no ha concluído por el desaliento, por la desesperación, por la deserción de la vida. El ha dicho: si este mundo es una prisión, es preciso hacerla habitable, y si es un jardín, hay que cultivarlo. No debemos reposar más que cuando estemos muertos, ¡y todavía...!

Esta actividad consoladora, mezclada de invenci-

bles esperanzas, ¿no es la filosofía de los hombres de la Revolución? Hasta en la sombra del patíbulo, Condorcet, el amigo y el discípulo de Voltaire, el servidor apasionado de la nueva Francia, afirma el progreso del espíritu humano. Si Dantón desconocido, insultado, presa de las acusaciones que hacían «ultraje á toda su existencia», amenazado de ver hundirse todo su renombre bajo la marea impura de las calumnias, se abandona, hasta decir: «La humanidad me molesta», al menos, en presencia de la muerte, se rehace completamente, y dice: «Vamos, Dantón, nada de debilidad.» Y su última palabra es un grito de amistad, una tenue protesta contra la brutalidad del verdugo que le impedía abrazar á Camilo Desmoulins.

Los romanos que hacían consistir la literatura en la elocuencia, habrían mirado la Revolución como un período literario incomparable. Hay que repetirlo, puesto que hay obstinación en negarlo: los oradores de la Constituyente, de la Asamblea legislativa y de la Convención nacional son, á su manera, verdaderos clásicos.

Ellos no solamente crearon, sino que ilustraron la elocuencia parlamentaria en Francia. Hay tales discursos de Mirabeau, de Vergniaud, de Dantón, de Guadet, de Rabaut-Saint-Etienne, de Robespierre, de Gensonné, de Cazalés, y del mismo Isnard, que merecerían figurar en nuestros manuales de trozos escogidos, y ser aprendidos por los niños de nuestras escuelas.

Ni Flechier, ni Massillón ofrecían en sus panegíricos, ó sus sermones, imágenes más bellas que las que empleaba la dulce y seductora imaginación de Vergniaud. «Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del sol, para llamarle padre de la naturaleza, ¿pensáis que entonces se vió velado por las nubes destructoras que traen tempestades? No, sin duda. Brillante de glorias, avanzaba entonces en la inmensidad del espacio, y extendía sobre el universo la fecundidad y la luz».

La gracia del lenguaje, la poesía de la expresión, fueron más que lo que se ha dicho, compañeras de los hombres de la Revolución. Aun ante los peligros de muerte, aun en presencia del patíbulo, supieron conservar el valor de la actitud y la nobleza de la palabra. Insultado por el antiguo capuchino Chabot, amenazado con la prisión, Lanjuinais respondía á su agresor: «Yo digo al cura Chabot: en la antigüedad el sacerdote, antes de inmolar la víctima, la cubría de cintas y la coronaba de flores, pero no la insultaba».

El mismo Dantón, ese Dantón á quien madame Roland acusa de grosería, encontró alguna vez en sus ardientes improvisaciones la expresión elevada y pura, la frase escogida, grandiosa y pintoresca. «Cuanto á mí, yo no he sido hecho para vengar pasiones personales; yo no tengo más que la de morir por mi país.» «Una nación en revolución es como el metal que bulle y se regenera en el crisol.» «No es propio de un hombre público el temer la calum-

nia.» «Que Francia sea libre y que sea vilipendiado mi nombre.» «Sed como la naturaleza; ella quiere la conservación de la especie; no os fijéis en los individuos.» «¡Cómo! ¡Tenéis una nación entera como palanca, la razón como punto de apoyo, y aun no habéis revuelto al mundo!»

La elocuencia nacional no tiene acentos más valientes que los de esta proclama del Comité de Salud Pública sobre la patria en peligro:

«La libertad ha llegado á ser acreedora de todos los ciudadanos. Los unos le deben su industria, otros sus consejos, otros su fortuna, estos sus brazos; todos le deben su sangre. Así, pues, todos los franceses, todos los sexos, todas las edades son llamados por la patria á defender su libertad. Todas las facultades físicas ó morales, todos los medios políticos ó industriales los ha adquirido; todos los metales, todos los elementos le son tributarios. Que cada cual ocupe su puesto en el movimiento nacional y militar que se prepara. Los jóvenes combatirán, los casados forjarán las armas, transportarán los bagajes y la artillería, prepararán las subsistencias. Las mujeres trabajarán en los trajes de los soldados, harán las tiendas, y llevarán sus cuidados hospitalarios á los asilos de los heridos.

»Los niños harán servir su ropa blanca y los viejos, volviendo á la misión que antiguamente tenían, se harán llevar á las plazas públicas, encenderán el entusiasmo en los jóvenes guerreros, y propagarán el odio á los reyes y la unidad de la República. Los

edificios nacionales serán convertidos en cuarteles; las plazas públicas en talleres; el suelo de los sótanos servirá para preparar el salitre; todos los caballos de silla serán requisados para la caballería; todos los de tiro, para la artillería. Las escopetas de caza, de lujo, las armas blancas y las picas, servirán para el servicio del interior. La República no es más que una gran ciudad sitiada; es preciso que Francia no sea más que un vasto campamento.»

Este tono heroico, que parece declamatorio en las épocas de calma, en los pueblos muelles, era entonces común á todo el mundo. Los generales de la República lo tomaban para hablar á sus soldados, intercalando la anécdota familiar, la palabra festiva, el refrán de moda. «Recordad, decía el general Dagobert á los voluntarios que acababan de batirse bajo sus órdenes en la frontera española, recordad que conviene marchar al paso ordinario cuando se vuelve la espalda al enemigo, y al paso de carga, cuando se le presenta el pecho».

Este mismo general, tomando alegremente su resolución en presencia de las dificultades que presentaba una expedición que se le había ordenado, escribía al final de un informe al ministro de la Guerra:

«Los generales están enfermos ó ausentes; los cañones dan faltas. Pero esto marchará».

Se ha exagerado mucho la elocuencia de las proclamas militares de Bonaparte. Sería fácil citar muchas de otros generales que no son inferiores ni por su vigor ni por su brillo á las del vencedor del ejér-

cito de Italia, las cuales han sido redactadas por generales republicanos, cuyos nombres apenas son conocidos.

La superioridad intelectual de la Revolución aparece igualmente en la literatura política, desde el folleto político, al estilo de Sieyes, hasta la disertación sabia, grave y ligeramente solemne, en la que sobresalían Condorcet, Daunon y Lakanal. Nada hay en la lengua *francesa* más preciso, más limpio ni más *rápido* que el principio del célebre folleto sobre el tercer Estado: «¿Qué es el tercer Estado? Nada. ¿Qué quiere ser? Algo.» Sieyes tenía el don de las afirmaciones fuertes, decisivas, que resuelven las cuestiones, cortándolas. «Si los aristócratas intentan retener al pueblo en la opresión, este preguntará: ¿con qué título? Si se le contesta: A título de conquista, él recordará el año que ha precedido á la conquista. En verdad, si se trata de distinguir nacimiento, ¿no podremos revelar á nuestros pobres conciudadanos que la que parte de los galos y de los romanos, vale por lo menos tanto como la que procedía de los sicambros y otros salvajes, salidos de los bosques de la Germania? Sí, se dirá, pero la conquista ha cambiado todas las relaciones, y la nobleza ha pasado á la parte de los conquistadores. Pues bien; es preciso hacerla pasar á la otra parte. El tercer Estado pasará á ser noble pasando, á su vez, á ser conquistador».

Esto es seco y brutal; pero esto destruye toda ob-

jeción y deshace el sofisma; esto es elocuencia al estilo de Foción.

Completamente distinto, y más notable aun, es el folleto enérgico, gracioso, incisivo, tal como sabían escribirlo Camilo Desmoulins, Rivarol y Chamfort. La Revolución dejó muy atrás de ella, en los juegos del epigrama, en las escaramuzas de la ironía, en las batallas de la invectiva, á los escritores de la Liga (á excepción de la Sátira Menipea), y los autores de las Mazarinadas. Las buenas palabras de Chamfort, los rasgos de ingenio de Rivarol (esas fragilidades que tan pronto caen hechas polvo) han conservado su frescura y su agudeza.

¿A quién se puede comparar en el pasado Camilo Desmoulins? Poseyó el arte de ser original en la sátira, después de Voltaire y Beaumarchais. Mezcló en un estilo pasmoso de *verbo* las más delicadas reminiscencias de la antigüedad clásica, con las chocarrerías del parisién de los bulevares populares. Este estudiante alegre, ligero (á veces con una ligereza bastante exagerada), tuvo sus horas de entusiasmo, de valentía y de heroísmo. En los momentos del ataque de la Bastilla, él dió la señal de la rebelión y del combate. Al día siguiente de la Victoria escribía, y tuvo el derecho de escribirlo: «¡Sublime efecto de la filosofía, de la libertad y del patriotismo! Hemos llegado á ser invencibles. Yo mismo, lo confieso con franqueza, yo que era tímido, entonces me sentí otro hombre. A la manera de aquel lacedemonio, Otyrrhades, que habiendo quedado solo sobre

el campo de batalla, y herido de muerte, se levanta, con sus manos temblorosas levanta un trofeo, y escribe con su sangre: *Esparta ha vencido*, yo sentía que moría alegremente por una causa tan hermosa, y, herido por los golpes, yo hubiera escrito también con mi sangre: *La Francia es libre*».

Esto es elocuencia, y de la mejor, de aquella que procede de un sentimiento sincero y profundo. La misma se encontrará no menos valiente, y más calurosa, en los últimos números de *Vieux Cordelier*, en aquel sublime llamamiento á la clemencia, al cual Robespierre y Saint-Just respondieron con la cuchilla de la guillotina.

Estas nobles páginas, que tocan en lo grandioso y llegan á lo patético, no son ordinariamente la nota característica del talento de Camilo Desmoulins. Él se encuentra mejor en el estilo familiar, donde se expresa con una gentileza cariñosa, con un exuberante empeño, con una brillante ironía en la aventura de la polémica. ¡Cuántas citas podrían tomarse en el *Discours de la Lanterne aux parisiens*, en *Les Révolutions de France et de Brabant*, en *Jean Pierre Brissot demasqué*, esta mortífera difamación, este libelo, rebosante de ingenio y de tan terrible malicia!

Entre todos los escritos de este acabado literato, el más vivo, acaso el más importante, es el que consagró á la noche del 4 de Agosto. Hay que subir hasta la Sátira Menipea, hasta el mismo Rabelais, para

encontrar un pasaje tan elevado, de un verbo tan abundante y tan fogoso.

«Franceses, siempre sois el mismo pueblo, alegre, amable y burlón. Vuestras quejas las expresáis en vaudevilles, y en los distritos presentáis el escrutinio en el tono de Malbroux. Pero este pueblo burlón, en la noche del 4 de Agosto se eleva sobre todas las naciones. Se ha visto en los demás pueblos al patriotismo hacer sacrificios, y á las mujeres en las calamidades públicas, llevando sus alhajas al Tesoro. Las damas romanas se despojaban de su oro; pero necesitaban distinciones, literas, carros, adornos exclusivos, la púrpura; «de otro modo, decían, si no se revoca la ley *Appia*, nosotras no tendremos más hijos». Pero estaba reservado á las mujeres francesas el renunciar hasta á los honores, y no querer otras distinciones que aquellas que no podía rechazar la virtud: las bendiciones del pueblo.

»Franceses, ¿no estableceréis una fiesta en conmemoración de esa noche, en la cual se han realizado tan grandes cosas, sin la pesadez del escrutinio, y como por inspiración? *Esta es la noche*. Es esta noche, debéis decir, mucho mejor que la del Sábado Santo, en la cual hemos salido de la miserable servidumbre de Egipto. Esta es la noche que ha exterminado á los jabalíes, á los conejos, á toda la caza que devoraba nuestras cosechas; esta es la noche que ha abolido el diezmo y el *casual;* esta es la noche que ha abolido las annatas y las dispensas, que ha quitado las llaves del cielo á un Alejandro VI, para

darlas á la recta conciencia. Esta es la noche que desde el gran magistrado Segnier, hasta el último procurador fiscal de aldea, ha destruído la tiranía de la toga. Esta es la noche que, suprimiendo la venalidad de la magistratura, ha procurado á Francia el inestimable bien de la destrucción de los parlamentos. Esta es la noche que ha suprimido las justicias señoriales y los ducados privilegiados, que ha abolido la *mano muerta*, la *Corvea*, el terrazgo, y borrado de la tierra francesa todos los vestigios de la servidumbre. Esta noche es la que ha reintegrado á los franceses en *los derechos del hombre*, que ha declarado iguales á todos los ciudadanos, admisibles igualmente á todas las dignidades, puestos, empleos públicos; que ha arrebatado todos los oficios civiles, eclesiásticos y militares al dinero, al nacimiento y á la nobleza, para darlos á la Nación, al mérito. Esta noche es la que ha suprimido la pluralidad de beneficios, que ha quitado al cardenal de Lorena sus veinticinco ó treinta obispados, á un príncipe de Soubiza sus millones de libras de pensión; á un barón de Besenval sus siete ú ocho gobiernos de provincia, y que ha prohibido la reunión de tantas piezas como se veían acumuladas sobre una sola cabeza en las cartas dedicatorias y en los epitafios. Esta noche es la que ha hecho al cura Gregoire, obispo, al cura Thibaut, obispo, al cura Vieux-Pouruyes, obispo, al abate Sieyes, obispo. Esta noche es la que ha quitado á sus Excelencias, á sus Grandezas, á sus Señorías, á sus Altezas, la cinta azul, roja ó verde,

Que la insultante grandeza
Llevaba desde la espalda al costado;
Esta cinta que la vanidad
Había tejido con brillante mano.

»En lugar de esta condecoración de favor, había otra del mérito, de la Orden nacional en lugar de la Orden real. Esta noche es la que ha suprimido los amos y los privilegios exclusivos. Todo el que quiera irá á comerciar á las Indias; todo el que pueda tenerla, tendrá una tienda. El maestro sastre, el maestro zapatero, el maestro peluquero, llorarán, pero sus dependientes reirán, y habrá iluminación en las buhardillas. Esta noche, por último, es aquella en la cual la justicia ha arrojado de su templo á todos los vendedores, para escuchar gratuitamente al pobre, al inocente, al perseguido, al oprimido. Esta noche ha destruído *el tablero*, la *diputación* y el *orden* de los abogados, este orden acaparador de todas las causas, que ejercía el monopolio de la palabra, que pretendía explotar exclusivamente todas las querellas del reino. En adelante todo hombre que tenga conciencia de sus fuerzas, y la confianza de sus clientes, podrá actuar en los tribunales como abogado. M. Eracius será inscrito sobre el nuevo *tablero*, aunque sea bastardo y M. Jean Baptista Rousseau, aun cuando sea hijo de un zapatero, y M. Demosthene, por más que en su sótano no haya regular antesala. ¡Oh noche desastrosa para la gran Cámara, para los porteros, ujieres y procuradores, para los secretarios, subsecretarios, bellos pretendientes, ayudas de

cámara, abogados, agentes del rey, para todas las gentes de rapiña! Noche desastrosa para todas las sanguijuelas del Estado, para los financieros, los cortesanos, los cardenales, arzobispos, abades, canónigos, abadesas, priores y subpriores! Pero, ¡oh noche deliciosa, *oh verdaderamente dichosa noche* para mil jóvenes reclusas, bernardinas, benedictinas, carmelitas y capuchinas! ¡Oh, noche venturosa para el negociante, para quien la libertad de comercio está asegurada! Venturosa para el artesano cuya industria es libre, y cuyo entusiasmo se alienta, el cual ya no trabajará para un amo, y recibirá el salario de sí mismo. Venturosa para el cultivador, cuya propiedad ha crecido casi una décima parte por la supresión del diezmo y de los derechos feudales. Venturosa, por último, para todos, puesto que las barreras que cerraban casi todos los caminos de los honores y de los empleos, han sido forzadas y arrancadas para siempre, y no existen entre los franceses otras distinciones que las de las virtudes y los talentos».

Camilo Desmoulins es el más brillante periodista de la Revolución francesa, de aquella época en la cual los publicistas se llamaban Lamtalot, Andrés Chenier, de Pange, La Harpe, Mallet de Pau, Richer de Serisy, Chamfort, Brissot, Garat, Fontanes, Condorcet; en la cual la prensa realista estaba representada por *Los Actos de los Apóstoles*, *El Apocalipsis* y la *Crónica escandalosa*, con Mirabeau-Tonneau, Champcener, Bergasce, Rivarol como redactores, á

la *Feuille Villageoise*, modelo de las publicaciones populares, que se publicaba bajo el patronato de Cerutti, Giugumé, Rabaut-Saint-Etienne, y con su colaboración. Entonces cualquiera que sabía escribir, ó se creía capaz de escribir, ya era periodista, como en tiempo de la Reforma cualquiera que tenía ideas, ó pensaba tenerlas, ya era controversista y teólogo. El periodismo, en tiempo de la Revolución, era principalmente una tribuna; entonces se era publicista y no empresario de publicidad ó de periódicos. Los periódicos de esta época han conservado una viveza de interés, que los coloca muy por encima de las publicaciones del mismo género, aparecidas después. Se lee, se leerá con más gusto las *Revolutions de France et de Brabant*, que los folletos del mismo Paul Louis Courier; los artículos de Andrés Chenier valen más, literalmente considerados, que los de Armand Carral, y la polémica del caballero de Pange, es más elocuente que la de Chateaubriand.

Con objeto de probar que la Revolución francesa ha sido hostil á las letras y á las ciencias, hay interés en recordar la muerte del gran poeta periodista, cuyo nombre hemos citado. En apoyo de la misma tesis se cita la palabra (de dudosa autenticidad) que un miembro del jurado revolucionario había dirigido á Lavoisier: «La República no tiene necesidad de químicos».

Conviene, por tanto, no dejarse sorprender, y no tratar de engañar á los demás. Todo el que conoce lo que pasó durante el Terror, sabe que no fué al

sabio Lavoisier lo que en él se quiso castigar, ni á Andrés Chenier como poeta. Seguramente la muerte de ellos es deplorable, pero ésta en nada legitima las declamaciones de M. de Latouche y de Alfredo de Vigny. Para los hombres de 1793 el poeta, en la familia de los Chenier, era Marie-Joseph, el autor de *Charles IX*, y del *Chant du Depart*. De éste la Revolución hizo un representante del pueblo. En cuanto á Andrés, solamente se sabía de él que había colaborado en el *Journal de Paris*; que se había manifestado como polemista duro y violento y que estaba en relaciones con los emigrados y los realistas. Este fué el único motivo de su condenación. Su mérito de poeta sólo fué conocido mucho tiempo después de su muerte, bajo la Restauración. Los únicos versos suyos que fueron impresos y que fueron conocidos por sus jueces (y acaso sea esto decir demasiado), glorificaban la Revolución francesa, y censuraban el «fanatismo y la tiranía».

«Parricidas, temblad, temblad reyes indignos,
La libertad legisladora,
La santa libertad, hija del suelo francés,
Para vengar al hombre y castigar las maldades
Va á recorrer la tierra, como árbitro supremo.
»Temblad; sus ojos lanzan el relámpago.
Será preciso comparecer y responder personalmente,
Desnudos, sin aduladores, sin corte, sin diadema,
Sin guardias erizados de hierro.
... ...
... ...
La necesidad arrastra, inflexible y poderosa,
A este tribunal soberano,

A vuestra vacilante majestad.
Allí serán recogidos los llantos del género humano,
Allí, como juez incorruptible, y puesta su mano sobre
[el rayo,
Ella oirá al pueblo—y los cetros de estaño
Desaparecerán reducidos á polvo (1).

La leyenda de la Revolución persiguiendo á la ciencia, no es más fundada que la leyenda de la Revolución persiguiendo á la poesía. Lavoisier no fué inquietado, ni aprisionado, ni condenado como químico, sino como consejero general, como miembro de una corporación hecha odiosa, y que estaba acusada de haber llevado el hambre al país. No fué aprisionado; él mismo fué á constituirse prisionero, después que conoció la prisión de los consejeros generales, perseguido por haber dilapidado los fondos públicos bajo el reinado de Luis XVI. Nada más generoso que el acta por la cual Lavoisier quiso hacerse solidario con el destino de aquellos sus antiguos compañeros en administración; nada más inicuo que la aplicación de la pena de muerte á delitos cometidos bajo la acción del antiguo régimen. Pero ¿dónde están los indicios de estas iniquidades judiciales y políticas, del odio de la Revolución hacia las letras y las ciencias?

No solamente la Revolución no tuvo odio á las artes y las ciencias, sino que aun les concedió más benevolencia, les prodigó más simpatías y favores, que la monarquía en sus mejores días de munificencia. Se encontrará la prueba de esta verdad en los

(1) *Le jeu de Paume*, á Luis David, pintor. Publicado en 1791.

libros tan precisos y documentados de M. Eugène Dupuis sobre *Le Vandalisme revolutionnaire, Les Lettres et la Liberté au temps de Périclès, d'Auguste, de Frederic II et de Napoleon.*

¿Se quieren cifras? He aquí algunas: El año en el cual las liberalidades de Luis XIV, con respecto á las letras y á las ciencias, llegaron á la suma más elevada, se dieron 112,000 libras á los escritores y sabios tanto franceses como extranjeros. La Revolución, al contrario, en el período de sus mayores apuros (desde el 17 Vendimiario al 18 Fructidor del mismo año), dedicó 605,500 libras á los literatos y sabios.

La misma Revolución, por boca de Daunou, les dirigía las más nobles exhortaciones y las mayores alabanzas. «¿Quién mejor que la libertad, decía Daunou, el 15 Germinal, año IV, en la sesión de inauguración á que dió lugar la fundación del Instituto, quién mejor que la libertad para que todo se engrandezca y se regenere, puede reabrir el templo del Gusto, y comenzar un siglo de gloria? Ese pueblo que ya brilló en Grecia con el inmortal destello de las artes, era un pueblo republicano, y entre nosotros, bajo el mismo imperio de la monarquía, eran aún las lecciones y los ejemplos de las naciones libres, sus monumentos y su historia, las ideas y los sentimientos, el genio de la República, los que fecundaban los talentos y les inspiraban obras monumentales. ¡Qué augusta recompensa y reconocimiento se prometió á estas sublimes artes cuando Francia

llegó á ser, más que nunca, su patria, y cuando rodeadas de instituciones republicanas, como ellas, se encontraron en su antiguo y natural elemento!

»Es verdad que alguna vez se ha dudado de la utilidad política de las bellas artes. Algunos hombres, que las idolatraban, han fingido rechazar su influencia. Pero la experiencia que han dado grandes sucesos, y el progreso que debe resultar en el estudio del corazón humano; pero la institución de fiestas públicas, y principalmente esta solemne alianza que contraen en el Instituto el gusto y la razón, la literatura y las ciencias, todo esto anuncia que en adelante, más ilustrada y menos ingrata, la filosofía no desconocerá en las bellas artes sus órganos más elocuentes, y los intérpretes que necesita entre los pueblos. Ella sentirá todo el valor del entusiasmo que aquéllas propagan, y sin el cual nada útil y grande se ha obrado sobre la tierra. Si aun en las ciencias más severas no ha salido verdad alguna del genio de los Arquímedes y de los Newton, sin una emoción poética, y hasta cierta conmoción de la naturaleza inteligente, ¿cómo sin el beneficio del entusiasmo las verdades morales interesarían el corazón de los hombres? ¿Cómo circularían privadas de este vehículo; cómo desnudas de este calor animador, podrían, en el seno de un gran pueblo, transformarse en sentimientos, en hábitos, en costumbres, en carácter? ¿Qué serían tantas máximas sociales, tantas generalidades abstractas, si las bellas artes no se apoderaran de ellas, para implantarlas en la naturale-

za insensible, relacionarlas con las sensaciones de las cuales se derivan, devolviéndoles así los colores y la potencia?

»He aquí, ciudadanos, cuáles han sido, hasta hoy y entre nosotros, y cuáles pueden ser, bajo los auspicios de la libertad, los destinos de las ciencias, de la filosofía y de las artes, cuyo progreso está llamado á secundar el Instituto llamado nacional».

Y todo esto no eran vanas palabras; jamás en Francia, ni acaso en país alguno, se han preocupado de la enseñanza, de la literatura, de las ciencias y del arte tanto como se hizo durante los días de la Revolución. La Constituyente, la Asamblea legislativa, la Convención, el Directorio, rivalizaron en celo, á este propósito.

¿Quién no conoce los proyectos de educación primaria, y de instrucción integral, de Mirabeau, de Talleyrand, de Condorcet y de Lakanal? Poseída de una solicitud inquieta y hermosa, la Revolución trató de crear, de organizar fiestas de niños, de elevar la educación nacional por medio de regocijos públicos. Merlín de Thiouville presentó en este sentido unos grandiosos proyectos, y Rabaut-Saint-Etienne ideas sencillas, alegres é interesantes, «capaces de disipar el sombrío terror que nos rodea».

En el dominio de la enseñanza superior ¿qué escuela ha presentado un conjunto de hombres de genio comparable al que ofreció, en el año III, la Escuela normal, creada por un decreto de la Convención? Lagrange, Laplace y Monge, enseñaban allí

las matemáticas; Bernardino de Saint-Pierre, la moral; Berthollet, la química; Daubentón, la historia natural; Hany, la física; Volney, la historia; Laharpe, la literatura; Garat, la filosofía.

Deísmo, sensualismo, ateísmo, se encontraban allí, se expresaban con independencia completa. Divididos en cuanto á las doctrinas, en lucha en cuanto á las ideas, todos estos hombres, matemáticos, historiadores, químicos, literatos, coincidían en un punto; ¡creían en la renovación del mundo por la Revolución francesa! Laplace proclamaba esta creencia en el primer discurso que hizo en la Escuela normal; Lagrange le hacía eco, y el viejo Daubentón aún iba más lejos.

La enseñanza científica se revela y se caracteriza, en esta época, por un rasgo de una interesante originalidad. Se hace nacional, interviene para ayudar á la liberación del territorio, y hacer más fáciles y más decisivas las victorias de los soldados franceses. ¿Se han agotado los recursos naturales? La ciencia llega, como en los antiguos poemas la divinidad protectora, y pone en su lugar sus prodigiosas creaciones. Estas son: los aerostatos del Heuras, el telégrafo de Chappe sobre las colinas francesas (Chappe de la Victoire ha centuplicado las alas, decía el poeta); la química transformando la tierra en pólvora de cañón. ¡Maravilloso espectáculo, que ha inspirado á un adversario de la Revolución, el sabio monsieur Biot, esta página, en la cual la verdad toma acentos de panegírico!

«Francia llegaba á perderse; Landrecies, Quesnay, Condé, Valenciennes estaban en poder del enemigo. Tolón se había entregado á los ingleses; numerosas escuadras poseían el mar, y hacían desembarcos. En el interior el hambre y el terror; La Vendée, Lyón, Marsella, en estado de sublevación. Sin armas, ni pólvora, sin aliado alguno que pudiera ó quisiera facilitar aquello, y por todo recurso, un gobierno anárquico, sin plan, sin medios de defensa, hábil solamente para perseguir. Todo anunciaba que la República iba á perecer, antes de contar un año de existencia.

»En este extremo se llamó al Comité de Salud Pública á dos nuevos miembros, á los cuales se encargó la parte militar. Estos organizaron los ejércitos, concibieron planes de campaña, prepararon los aprovisionamientos.

»Había que armar novecientos mil hombres, y, lo que era más difícil, había que demostrar la posibilidad de este prodigio á un pueblo desconfiado, y siempre dispuesto á creer en la traición. Para esto de nada servían las antiguas manufacturas. Muchas de ellas, establecidas en las fronteras, habían sido cogidas por los enemigos. Se las reconstruyó por todas partes, con una actividad desconocida hasta entonces. Los sabios fueron encargados de describir y de simplificar sus procedimientos; la fundición de las campanas dió todo el cobre necesario. Faltaba el acero; no se pudo sacar de alrededor; y se ignoraba el arte de hacerlo. Se pidió á los sabios que lo inven-

taran, y llegaron á conseguirlo, y esta parte de la defensa pública fué independiente del extranjero...

»La pólvora era lo que más apremiaba; iba á faltarle al soldado. Los arsenales estaban vacíos. Se reunieron los de la *Regia* para ver lo que podían hacer. Declararon que sus productos anuales se elevaban á tres millones de libras, y que tenían por base el salitre traído de la India. Que con impulsos extraordinarios podían llegar á cinco millones, pero que nada más se podía esperar. Cuando los miembros del Comité de Salud Pública anunciaron á los administradores que se necesitaban diez y siete millones de libras de pólvora en el espacio de algunos meses, aquéllos quedaron atónitos y dijeron: «Si llegáis á conseguirlos, será porque tendréis medios que nosotros desconocemos».

»Este era el solo camino de salvación. No se podía soñar en el salitre de la India, porque el mar estaba cerrado. Los sabios ofrecieron sacarlo todo del suelo de la República. Un decreto general llamó para este trabajo á todos los ciudadanos. Una instrucción, sencilla y fácil, estudiada con inconcebible actividad hizo de un arte difícil, una práctica vulgar. Todas las moradas de los hombres y de los animales fueron excavadas. Se buscó el salitre hasta en las ruinas de Lyón, y se hubo de recoger la sosa en los bosques incendiados de la Vendée.

»Los resultados de este gran movimiento hubieran sido inútiles, si las ciencias no los hubieran secundado por nuevos esfuerzos. El salitre en bruto no

sirve para hacer la pólvora; está mezclado con sales y con tierra, que lo humedecen y disminuyen su actividad. Los procedimientos empleados para purificarlo pedían mucho tiempo; la sola construcción de molinos de polvo, hubiera exigido algunos meses; y antes de esto Francia habría sucumbido. La química inventó nuevos medios para refinar y secar el salitre en algunos días. Se suplieron los molinos haciendo girar por medio de hombres algunos toneles, donde el carbón, el azufre y el salitre pulverizados estaban mezclados con bolas de cobre. Por este medio, el polvo se hacía en doce horas. Así se realizó esta afirmación atrevida de un miembro del Comité de Salud Pública: «Se mostrará la tierra llena de salitre, y cinco días después se cargará el cañón».

»Más ensanchada en sus aplicaciones, la ciencia fué también más profunda, y más atrevida en sus conclusiones. Ya no tuvo que preocuparse por las prescripciones de la Sorbona, ni por los dogmas sagrados que no podían contradecirse, ó ante los cuales había que inclinarse, al contradecirlos. El decreto del Parlamento, dado en 1769, que daba pena de muerte contra todo autor de escritos *con tendencia á inquietar los espíritus*, no es allí como una amenaza ó una barrera. Las obras de literatura ó de ciencia no tienen por qué temer la suerte de los *Provinciales*, quemados por mano del verdugo, del *Telémaco*, arrojado á las fronteras, de las *Lettres persannes*, prohibidas y puestas en el *Index*, del *Essai sur les mours*, destruído y prohibido, del *Emilio* y del

Contrat social proscritos y entregados al pueblo. Un imbécil censor no se encuentra allí para escribir aprobaciones del género de ésta: «He leído por orden de monseñor el vice canciller la traducción de Lucrecia por M. G.: *y dejando aparte el sistema de Epicuro, demasiado observado para ser peligroso, no tengo nada que notar en la obra para impedir su impresión*».

La libertad de procedimiento concedida á los [illegible]tas no era absoluta sobre todo en los teatros. Por el contrario fué tan lata como era posible en los libros de ciencia y de filosofía. Lamarck, antes que Darwin, pudo exponer libremente la base del sistema evolucionista, del transformismo universal. Partidario de la generación espontánea explica por esta hipótesis el origen primordial de la vida. Explica en seguida como de progreso en progreso, las formas vivientes, al principio groseras y confusas llegan á la animalidad inteligente y suben hasta la humanidad. Un lazo genealógico, compuesto de individuos intermediarios, liga entre sí las formas existentes que se modifican bajo las influencias de los climas, de los medios, de los hábitos, de los medios de vida, de defenderse y de multiplicarse. El gran naturalista inglés Darwin, añadirá á este sistema de Lamarck la teoría de la selección natural, y de la concurrencia vital; pero por importantes que sean estas adiciones, es indudable que á un francés, á un sabio de la Revolución pertenece el honor de la explicación atrevida

y fecunda que domina y dirige la filosofía contemporánea.

Así es como durante la Revolución, en 1789, Laplace dió á la ciencia su libro, tan prodigiosamente ingenioso, tan rigurosamente exacto, del *sistema del mundo*, respondiendo al que le preguntaba por qué no había nombrado á Dios en su obra: «Yo no he tenido necesidad de esta hipótesis».

El *Systeme du monde* contenía los trabajos de Newton, de Hally, de Clairaut, de D'Alembert sobre el principio de la gravitación universal, resumidos, condensados, presentados en un cuerpo de doctrinas homogéneas. Era el cielo dogmático, el cielo ortodoxo, roto, destruído, lanzado decididamente á los cuatro vientos del infinito. Era la destrucción de ese universo de los antiguos que todo lo subordinaba al hombre, hasta el cielo, hasta los dioses; de esa tierra, centro del mundo, según Ptolomeo. Copérnico se había atrevido á decir que la tierra no era el centro de los movimientos celestes; Kepler, y después Galileo, que ella no es más que un planeta, entre otros muchos, en el campo ilimitado de los astros secundarios y de las estrellas. Newton, continuando la obra de aquéllos, había descubierto, y notado con precisión, la ley que preside á los movimientos armoniosos y eternos de los cuerpos celestes.

Pero mientras el respetuoso Copérnico se preocupaba de no contrariar ninguno de los poderes de la Iglesia, y publicaba su libro *De revolutionibus or-*

bium cœlestium, bajo la protección del cardenal de Schomberg; mientras que Kepler, místico por temperamento, proclamaba la existencia de personajes angélicos, ocultos en los astros, y dirigiéndolos á su capricho; mientras que Newton mezclaba con sus claridades científicas sus ensueños, inspirados por la meditación del Apocalipsis... Laplace construía su mecánica celeste con absoluto menosprecio de todas las hipótesis teológicas.

La soberbia frase de Diderot: «Despachad á Dios», la habían aplicado al cielo eclesiástico Laplace y sus precursores. El cielo de la Edad Media, la tienda preciosa con clavos de diamantes, bajo la cual se abrigaba la majestad de Dios creador, y el poder de sus legiones de ángeles, se encontraba irreparablemente rota por el compás brutal del matemático. Desde luego, el cielo, era el infinito verdadero; los millares de mundos se ajustaban á los millares de soles, y todos ellos, en sus evoluciones, obedecen á una ley emanada de cada uno de ellos, superior á todos, sin embargo, y que los envuelve en su inmensidad.

Probad, ante esas perspectivas que la misma imaginación no acierta á comprender, probad á reducir los destinos divinos á un drama, (por interesante y noble que sea), realizado hace diez y ocho siglos, en un rincón de este globo ínfimo, sobre esta tierra que no es más que un átomo, siempre agitado en el inconmensurable espacio, una etapa imperceptible en el

infinito de los mundos celestes, una prisión tan estrecha que se la puede recorrer en algunas semanas y sobre la cual, apenas á nueve mil metros, habita invisible é inevitable la muerte!

El cielo de Laplace era, científicamente, sin restricción, sin atenuación, el cielo de todas las herejías de largas alas. Era el cielo real y, sin embargo, inconcebible, tan prodigioso y tan perturbador que para moderar las inquietudes de lo infinito, hechas nacer por su inmensidad, nuestro siglo ha imaginado levantar ante la inteligencia humana, como un muro de clausura, esa filosofía positiva que nos aconseja no levantar los ojos de la tierra sino para volverlos hacia la humanidad.

El arte no era ni desconocido, ni olvidado por la Revolución. Ella creó el Instituto nacional de música y encargó la enseñanza y vigilancia de este arte á Gretry, Gossec, Mepuls, Lesueur y Cherubini. Se hubiera podido elegir peor. En un solo año (el año III), dedicó á los pintores y escultores una serie de premios y recompensas, cuyo total se eleva á 442,000 libras. A Gerard le daba 20,000 libras, por su obra del *Dix Aount;* y repartía las demás recompensas entre Carle Vernet, Vincent, Suvée, Taneray, Lagrenée, Lethiere, Proudhon, Fregonard, Drolling, Demarne y Swebach. Para encontrar en el arte un movimiento tan vivo, tan lleno de expansión como el que hizo nacer la Revolución, dice M. Renouvier, cuya competencia es indudable, «habría que ascender

hasta el Renacimiento. La desgracia es que este momento fué demasiado corto.

Esta apreciación ha sido confirmada por un escritor especial, y nada sospechoso de entusiasmo revolucionario, M. Frederic Willot, conservador en el Museo del Louvre:

«La Revolución estalla, escribía bajo el segundo imperio. La aristocracia es destruída, la civilización monárquica disuelta; una nueva sociedad ha de elevarse sobre las ruinas de la antigua. Francia, en el interior, lucha contra el desorden; en el exterior combate por la defensa de sus derechos y de su honor. Ella sola sostiene el choque de los ejércitos de Europa, coaligados contra ella, y cada vez que se empeña el combate, ella consigue una victoria. ¡Cosa maravillosa! Unica en la historia de las naciones; se agotaron las riquezas; el enemigo sitía las fronteras, por todas partes los ejércitos están en pie de guerra para defenderlas; la vida y la fortuna de los ciudadanos están en peligro á cada momento... y el culto de las bellas artes, lejos de extinguirse, es más honrado que jamás.

Aquí, los acontecimientos se suceden tan rápidámente, los hechos se amontonan en tal cantidad, que se necesitaría un volumen para registrar solamente los decretos expedidos sobre las ciencias y las artes; para enumerar los discursos de la tribuna, en los cuales se discuten los proyectos de monumentos, de adornos, de organización de museos, de encargos á

los artistas; para analizar los trabajos de numerosas comisiones especiales, encargadas de reunir, conservar, clasificar las obras esparcidas en las residencias reales y en los templos suprimidos.»

Sin duda, ni las artes, ni las letras, ni la misma ciencia, fueron la preocupación dominante de la Revolución. Ante todo eso, y sobre todo eso, ella se preocupó por la política.

¿Y qué habría sucedido de otro modo?

Entonces la política lo era todo, lo dominaba todo. La política era el alma en el salón de madame Roland, como era la inspiradora apasionada de sus *Memoires*, como era el tormento de madame Staël, y la diversión, pueril ó trágica, de una Olympé de Gouges, ó de una Thérvigné de Mericourt. Los pensadores más austeros, y los escritores más ligeros, los hacedores de epigramas y los fabricantes de *Constituciones*, están de acuerdo sobre esta supremacía de la política. Saint-Just, sobre este punto, piensa como Rivarol. Este reconoce que no hay más interés ni pasión sino en la política. Creyéndola, hay que admitir que si un escritor tiene alguna conciencia de su talento, si aspira á levantar ó á dominar su siglo, si quiere coger el cetro del pensamiento, ha de recurrir á la política. «¿Qué misión más noble y más brillante que la de contener y encadenar, por el poder y la autoridad del talento estas ideas invasoras, que han salido como una doctrina armada de los labios de los filósofos, y que uncidas al carro del sol, como

ran elocuentemente ha dicho ese loco de Dantón, amenazan dar la vuelta al mundo?»

Rivarol habla como observador inteligente, y que ha comprendido el tiempo en que vive. El *Almanach des Muses* y la literatura que contiene, fueron desterrados al mismo tiempo que Luis XVI, y cayeron con el antiguo régimen. Las circunstancias eran graves; el autor de los *Derniers banquets à Chloris*, Robespierre, compuso discursos, y redactó los decretos. El cantor de *Organt*, el débil y pretencioso imitador de Voltaire, Saint-Just, llevó las órdenes á los ejércitos que se batían en las fronteras del Este, y tomó parte en las deliberaciones del Comité de Salud Pública. Fouquier-Tinville, que comenzó la carrera con algunas canciones, la continuó con requisitorias; Rivarol pone como conclusión al *Dialogue du Chou et du Navet*, la apología de la ciencia política. Y por todas partes sucede lo mismo. La inquietud universal consiste en saber lo que será la sociedad de mañana en los conflictos de la opinión; los montones de ruinas, el caos de ensueños, los conjuntos de quimeras, de terrores y de esperanzas, en medio de todo lo cual avanza la Revolución francesa. En París, ó en provincias, aparecían, casi cada día, proyectos de renovación social.

En un solo año, de 1796 á 1797, el extranjero envió á Francia la *Consideration sur la Revolution française*, de Joseph de Maistre, impresas en Neufchatel; la *Theorie du pouvoir politique et religieux dans*

la societé civile par de Bonald, gentilhomme française, impresa en Constanza; el *Essai sur les Revolutions* por Chateaubriand, editada en Londres. Para Joseph de Maistre (el más paradojal y más fuerte de los escritores reaccionarios), la Revolución tiene su utilidad en la Historia, lo mismo que el verdugo tiene su puesto providencial en la sociedad. Cuando la Revolución habrá realizado las destrucciones necesarias, cuando Francia habrá sido purificada por el viento de la tempestad, los pueblos se apresurarán á volver al régimen de derecho divino, de honor real, de sumisión filial, fuera del cual no hay más que sangrientas aventuras, y principios sin fin en las catástrofes sin límite. Bonald, más reaccionario, más asustadizo y más pesimista todavía, sueña en un régimen de opresión y de oposición, inspirado por la Iglesia y sostenido por el poder real. «¿Gobiernos, exclama, queréis acrecentar la fuerza del hombre? Oprimid su corazón, contrariad sus sentidos». El hombre que representa la autoridad debe esforzarse en parecerse á Dios. Ahora bien: ¿Qué es Dios? Es la expresión suprema de la intolerancia. «El hombre más ilustrado será el hombre menos indiferente ó menos tolerante; y el ser soberanamente inteligente debe ser, por necesidad de su naturaleza soberanamente intolerante de las opiniones».

El derecho divino dirigiéndose á la Inquisición: he aquí lo que los hombres de genio de la realeza y de la Iglesia daban como remedio, en 1797, á los

males de la Revolución. Desde luego no es de extrañar que Francia haya preferido la prolongación del mal al remedio que se le ofrecía, y que, separada de la Revolución por la calumnia y por la violencia, haya querido el 18 Brumario mejor que el derecho divino.

IX

EL 18 BRUMARIO

La leyenda tiene la vida mezquina; pero la última palabra pertenece á la verdad. La publicación de las *Memorias* de madame de Remusat y de las *Memorias* del príncipe de Metternich ha acabado de destruir los errores ó las mentiras puestas en circulación por cuenta de Napoleón I. El hombre egoísta, cruel, implacable de la historia verdadera, al que, en su hermoso libro *La Guerra y la Paz*, el gran escritor ruso Tolstoi llama «verdugo de las naciones», ha aparecido en lugar del héroe de la leyenda imperial.

Un punto, sin embargo, permanece aún dudoso: se encuentran aún en nuestros días publicistas que sostienen que Francia estaba en plena decadencia cuando se realizó el golpe de Estado de 18 Brumario. Aquel día, dicen, Bonaparte fué el hombre necesario, porque se produjo en toda Francia inmediatamente después del éxito del golpe de Estado, un incomparable movimiento de prosperidad y de entusiasmo. Felíx Racquain ha intentado defender esta tesis haciendo imprimir las relaciones de los consejeros de Es-

tado encargados de una información sobre la situación de la República en el año VIII.

Es una verdad que los consejeros, en sus relaciones oficiales y confidenciales, manifiestan la más extrema alegría y se abandonan á la admiración más exuberante en honor del general Bonaparte y de su golpe de Estado victorioso. Proclaman que «la anarquía está vencida», que los ciudadanos franceses «bendicen» el nuevo orden de cosas; reclaman la creación de tribunales de excepción para destruir lo que queda de los «comunistas y septiembristas»; anuncian que la República ha dejado los caminos, los hospitales en el abandono y la confusión; afirman que la industria se muere; insisten particularmente en el abandono de las ideas religiosas. «En Marsella, en Tolón, escriben, ya no hay ninguna predicación, ni culto de ninguna clase.» Por todas partes, si hay que creerles, se oyen blasfemias y la irreligión pasea en triunfo. En una palabra, el restablecimiento de los altares es necesario, es también preciso que un impulso enérgico devuelva al país el orden que ya no existe y la prosperidad nacional á punto de desaparecer.

Evidentemente, antes del 18 Brumario, año VIII, no se estaba en el mejor de los mundos. Los consejeros de Estado, encargados por Bonaparte de informar sobre la situación de Francia, encontraban fácilmente el papel de acusadores, comparando lo que había sido con lo que hubiera debido ser, oponiendo la realidad, que desacreditaba al ideal que profeti-

saban. Los consejeros de Estado de Bonaparte, procedían, en esta circunstancia, como obran las oposiciones que buscan preparar y legitimar su vuelta al poder. No les faltaban los pretextos: ¿en qué época han faltado? Desde 1795 el espíritu público en Francia estaba amodorrado ó asustado. Los realistas del interior, conspiradores permanentes bajo la máscara de la legalidad, habían con sus intrigas, paralizado el juego con la Constitución del año III. El régimen militar, el personal gubernamental, la administración de la justicia y de la hacienda presentaban imperfecciones graves y dejaban al descubierto importantes lagunas; la prolongación de la guerra hacía difícil la organización de las escuelas primarias y mantenía los negocios en un estado de estancamiento y de peligro.

Pero, y ello es muy importante, á pesar de los obstáculos de una situación con frecuencia penosa, Francia no estaba en peligro, y la República anterior al Brumario se mostraba más favorable á los progresos materiales, intelectuales y morales de la nación que el gobierno establecido por Bonaparte, con desprecio de las leyes y violando la Constitución. Desde el punto de vista militar, el Directorio es el régimen más calumniado que se conoce, pues había dado á Francia algunos de sus más hermosos días de gloria, que han inspirado á Thiers la página más maravillosa que haya escrito, página delirante de entusiasmo patriótico, radiante de juventud y de ardores de ánimo;

«¡Días por siempre célebres, exclama, hablando de los primeros años del Directorio, y por siempre más sentidos por nosotros! Parecían calmadas las borrascas de la Revolución; los murmullos de los partidos resonaban como el último rugido de la tempestad: se consideraban esos restos de agitación como la vida misma de un Estado libre. El comercio y la hacienda salían de una crisis espantosa; el suelo entero restituído á manos industriosas, iba á ser fecundado. Un gobierno compuesto de burgueses, iguales nuestros, regía la República con moderación; los mejores eran llamados á sucederles, todas las voces eran libres. La *Francia*, en el colmo del poder, era dueña de todo el suelo que se extiende desde el Rhin hasta los Pirineos, desde el mar hasta los Alpes. Holanda y España iban á unir sus buques á los suyos, y aterrar de común acuerdo el despotismo marítimo. Estaba resplandeciente de gloria inmortal. Admirables ejércitos hacían flotar sus tres colores á la vista de los reyes que habían querido aniquilarla. Veinte héroes, diversos de carácter y de talento, únicamente parecidos por la edad y el valor, conducían sus soldados á la victoria. Hoche, Kléber, Desaid, Moreau, Soubert, Masseine, Bonaparte y muchos otros aún, avanzaban juntos. Se pesaban sus diversos méritos, pero ninguna mirada, por penetrante que fuera, no veía en esta generación de héroes á los desgraciados ó á los culpables; ninguna mirada veía al que iba á expirar en la flor de la edad, atacado de un mal desconocido, al que moría bajo el cuchillo musulmán ó bajo

el fuego enemigo, al que oprimiría la libertad y traicionaría á su patria: todos parecían grandes, puros, dichosos, llenos de perfección. Este no fué más que un momento; pero no hay más que momentos en la vida de los pueblos, como en la de los individuos. Ibamos á encontrar la impotencia con el reposo; en cuanto á la libertad y á la gloria ya las teníamos... «Es preciso, ha dicho un antiguo, que la patria sea no sólo dichosa, sino suficientemente gloriosa.» Este deseo estaba realizado. ¡Franceses, que hemos visto después nuestra libertad ahogada, nuestra patria invadida, nuestros héroes fusilados ó infieles á su gloria, no olvidemos nunca aquellos días inmortales de libertad, de grandeza y de esperanza!»

Ni el Consulado, ni el Imperio, nada nos han ofrecido semejante. A través de la gloria de los ejércitos imperiales se veía á un hombre: Bonaparte; á través de la gloria de los ejércitos republicanos se veía una nación: Francia.

Además, el Directorio tuvo una idea muy clara y una muy fina inteligencia de lo que debe ser la política nacional. Las victorias no le sacaban de su centro, el gusto por las anchuras lejanas le era extraño. Comprendía perfectamente que nuestra ambición debía ser continental y supo rechazar los ofrecimientos de colonias nuevas ó antiguas que, para obtener la paz, Inglaterra le hacía como una tentación ó como un espejuelo. El ministro de Negocios Extranjeros, Delacroix, respondiendo, en nombre del Directorio, á lord Malmesbury que ofrecía firmar la paz sobre

la base de la restitución de las provincias belgas al Austria y devolución á Francia de todo lo que Inglaterra nos había tomado en las Indias, más las islas de San Pedro y Miquelón, hizo la siguiente declaración:

«Inglaterra y Francia tienen dos objetivos diferentes y muy claros. Vuestro imperio, es el comercio; su base está en las Indias y en las colonias; en cuanto á Francia, prefiero para ella cuatro ciudades más en las fronteras de la República, que la isla más rica de las Antillas; y me disgustaría ver Pondukery y Chandernagor pertenecer de nuevo á Francia.»

La obra de la Revolución en materias religiosas y administrativas, los resultados que había obtenido, antes de Brumario, son igualmente muy poco conocidos. Es conveniente hacerlo público para poder juzgar del retroceso producido por el establecimiento del Consulado, y permitir el apreciar equitativamente las aserciones de los consejeros de Estado de Bonaparte.

De todo lo que ha hecho la Revolución en la cuestión religiosa, casi nada ha quedado en la memoria de nuestros contemporáneos como no sea el recuerdo de la constitución civil del clero y las extravagancias del culto de la Razón inaugurado el 10 de Noviembre de 1792 por la Commune, gracias á los esfuerzos de Hebert y de Chaumette. La crítica de esos dos actos ha sido hecha con justicia muchas veces. Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución*, ha relatado, insistiendo en ello, y con alguna exage-

ración las desvergüenzas y las locuras á las cuales se entregaron los discípulos del Padre Duchêne. Iglesias transformadas en tabernas, procesiones escandalosas, actos de vandalismo: tal es el cuadro que se nos ha presentado veinte veces. Por repugnantes y vituperables que sean los hechos de los compañeros de Hebert y de Chaumette, hay que reconocer, pues es lo cierto, que no tuvieron por consecuencia, como se ha pretendido, aterrorizar los espíritus é impedir la celebración del culto católico en las iglesias de París. Según testimonio del muy devoto Gautier, organista de Saint-Denis, la misa fué celebrada en San Eustaquio el viernes 15 de Noviembre de 1793, es decir, en el momento en que, según los historiadores más hostiles del culto de la Razón, el movimiento antirreligioso estaba en todo su furor.

La constitución civil del clero fué un error cometido de buena fe por la mayoría de los constituyentes, aceptado y fomentado con un pensamiento oculto culpable por otros. Mirabeau, en su correspondencia con Lamarck, consideraba la constitución civil y la resistencia que debía provocar como el principal instrumento de la contrarrevolución que meditaban. La ilusión de los hombres de 1789 sobre la posibilidad de crear una Iglesia universal independiente, era de las más grandes y de las más temibles. Levantaron contra sí la resistencia de los obispos, la voluntad del papa y todas las pasiones del fanatismo religioso. En Abril de 1791, Pío VI, desde lo alto de la sede apostólica dejó oir esas palabras de

condenación: «Con ayuda de Dios, dijo, hemos acabado nuestra obra; de modo que todos los artículos de la nueva constitución habiendo sido sometidos á examen, fué claro para todo el mundo que (según nuestro juicio y el de la sede apostólica, juicio que nos ha sido pedido por los obispos de Francia y ardientemente deseado por los católicos del reino) la nueva constitución del clero es un compuesto de principios sacados de la herejía y en varios decretos es herética y opuesta al dogma católico; en otros es sacrílega, cismática, destructora de los derechos del Primado, de los de la Iglesia, contraria á la disciplina así antigua como nueva, y, en fin, no ha sido fabricada con otro objeto que el de abolir por completo la religión católica».

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION, ADQUISICION Y CONTROL
23 AGO. 1999
FONDO GENERAL

Este libro fue donado a
la Biblioteca Nacional de Chile
por el parlamentario y escritor
ALEJANDRO CHELÉN ROJAS